SERIE MISTERIO

UN PUEBLO TRANQUILO



MARTA CATALÁ VILA

Un pueblo tranquilo

Marta Catalá Vila



Derechos de autor © 2021 Marta Catalá Vila

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Edición publicada en agosto de 2021

El hombre más bueno no podrá vivir en paz, si no es del agrado de su vecino.

Friedrich Schiller

Uno

—El hombre al que usted ha matado era muy querido en el pueblo.

El inspector de policía Andrés Bierzo siempre recordaría que la historia había comenzado con esa frase. Un enunciado inverosímil en un pueblo como Benimarte y, no obstante, indudablemente real a la vista de las evidencias.

—¿Cómo que «al que usted ha matado»? —protestó Irene Valverde.

Bierzo miró la punta de sus zapatos oxford. Era un hombre espigado y delicado, de cuarenta y cinco años, ojos dulces pero inteligentes y semblante soñador. A menudo, su costumbre de evitar la mirada de los demás exasperaba a la gente y en ocasiones empleaba ese recurso a propósito. Pero no era esa su intención esta vez. No estaba acostumbrado a ver estrellas de la escena tan de cerca. La visita de Irene Valverde era un acontecimiento en el municipio. Era innegable que, en la madurez y aunque ahora se dedicara a las variedades, el magnetismo de aquella mujer seguía intacto. ¡Qué penoso encontrarse ante ella, en la roulotte que le servía de camerino, en semejantes circunstancias!

—Técnicamente —recordó el inspector—, usted lanzó el cuchillo que acabó con su vida.

—No hable como si yo fuera por ahí acuchillando a la gente. Ya le he dicho que he hecho ese truco miles de veces. Pido un voluntario, creo expectación y tiro los cuchillos deprisa. Es muy emocionante para el público.

Bierzo asintió con convencimiento. Aunque no había asistido a la función, estaba seguro de ello.

—En eso consiste mi trabajo, en crear la emoción adecuada —continuó Valverde—. Soy una actriz, no una lanzadora de cuchillos. Entiende la diferencia, ¿verdad?

—¡Por supuesto! Admiro mucho su obra dramática.

En realidad, el inspector no se explicaba por qué una mujer de su descomunal talento se dedicaba a los trucos de feria. Había sido una de las actrices más prometedoras de su generación y se tenía que contener para no pedirle un autógrafo o iniciar una conversación sobre sus obras favoritas. Sin embargo, Irene Valverde no parecía interesada en recibir sus halagos. Era una mujer sensual pero distante, como si invitara a la gente a acercarse y alejarse al mismo tiempo.

—No soy ninguna temeraria —dijo la actriz—. Como usted comprenderá, lanzo un cuchillo con hoja roma y retráctil, totalmente inofensivo. ¿Cómo podía imaginar que… —Miró fugazmente a la mujer que estaba de pie, detrás de ella y que Bierzo tomó por su asistente— alguien había cambiado el cuchillo? Está claro que esto ha sido un horrible accidente y nada más.

«Nada más». Desde luego, los habitantes de Benimarte no opinaban lo mismo y le costaba valorar cuál sería el calibre final del trauma para sus vecinos. La visita de la gran actriz había resultado en la primera muerte violenta del pueblo. Óliver Mas, uno de los ciudadanos más influyentes, había sido víctima inesperada del espectáculo. Y la actriz pretendía que aquello no tuviera repercusión.

La ayudante de Irene Valverde permanecía de pie, inmóvil en un rincón de la caravana. Inesperadamente, dio un paso al frente y emitió unos sonidos que Bierzo fue incapaz de entender y que le hicieron desear que la mujer hubiera continuado paralizada.

—Evelina, calla, por Dios —ordenó la actriz.

El inspector centró toda su atención en aquella criatura que le hablaba desde la esquina. Era el ser más insignificante que había visto en su vida, pero no por pequeña una visión agradable de

soportar. Encorvada, greñuda y muy desastrada, su mirada acuosa parecía desalentar cualquier conversación, a pesar de sus balbuceos insistentes. El inspector se dirigió de nuevo a la señora Valverde.

—¿Es… muda? —no sabía con qué adjetivo describir lo que veía.

—Tiene un defecto en el habla, pero es buena ayudante.

En ese momento, Evelina cogió uno de los famosos cuchillos de la señora Valverde, dispuestos sobre la mesa, y lo agitó delante del inspector. La mujer se señalaba a sí misma y gritaba. La actriz corrió hacia ella, la sujetó por las muñecas y le arrebató el cuchillo. Después la reprendió hasta que Evelina cesó de gimotear.

—Está muy nerviosa por lo ocurrido —dijo Irene Valverde—. No pretendía hacerle daño, a veces tiene comportamientos inexplicables, pero no es peligrosa. Y ya le he dicho que los cuchillos…

—Son inofensivos, sí —dijo Bierzo recuperándose de su sorpresa inicial. Observó los cinco cuchillos trucados. El arma fatídica que faltaba estaba requisada entre las pruebas—. Pero hay uno de ellos que ha sido bastante ofensivo para Óliver Mas y, según la primera inspección, ni es retráctil ni de hoja roma. Mire, no creo que esta señorita quisiera atacarme, pero es evidente que trata de decir algo y exijo saber qué. Usted la conoce mejor que nadie, así que dígamelo.

Valverde dudó un instante. Bierzo hubiera pagado por el don de penetrar en la mente de sus interlocutores en cada uno de esos momentos en los que parecían esconder una intención. Por fin la actriz dijo:

—Ha dicho que lo que ha pasado es culpa suya.

—¿Está usted segura de que eso es lo que ha dicho?

Hacía un calor insoportable en aquel camerino. Bierzo se secó el sudor del bigote con su pañuelo de bolsillo, cien por cien algodón.

—Ella puso el cuchillo que causó la muerte de ese hombre en mi set.

El inspector se acercó a Evelina y le habló alto:

—¿Por qué lo hizo?, ¿cuál era su intención?

—No es preciso que grite, no es sorda —aclaró la señora Valverde interponiéndose entre ellos. Luego hizo un gesto a la mujer—. Evelina, contesta al inspector.

Evelina se dirigió a la actriz con su registro de limitados sonidos, palabras incomprensibles y gestos que Bierzo no sabía interpretar.

—¿Es lenguaje para sordos?

—Le he dicho que no es sorda. Es nuestro lenguaje. Solo lo entendemos ella y yo.

—Pues haga el favor de traducirme lo que dice, por favor.

Valverde centró su atención en Evelina, que emitió sus confusos gorjeos durante un largo minuto. La actriz escuchó y después, se llevó las manos a la cabeza.

—Oh, qué estúpida eres, Evelina.

—¿Qué ha dicho?

—Dice que había perdido uno de los cuchillos y que por eso remplazó el que faltaba, para completar el set. Dice que yo nunca fallo y que no tenía por qué pasar nada.

—¿Y usted no notó la diferencia? Los cuchillos que usted emplea son especiales. Supongo que son más ligeros, no sé… marcados de alguna manera. Me parece inconcebible que esto haya sucedido.

—Lanzo deprisa, es parte del efecto. Cuando me di cuenta de que algo era distinto, ya lo había soltado. Estuve ensayando en el teatro unas horas antes y todo estaba bien. Nunca pude imaginar que pasaría algo así.

Bierzo recapituló. Así que una mujer de dudosa capacidad mental había provocado un accidente mortal. La cosa era trágica, pero parecía bastante clara. En cierto modo eso era un alivio.

—Ha sido una noche muy intensa.

Esas palabras, aunque pronunciadas por la actriz, parecían proceder de su propia mente. Estaba cansado y preocupado. Aquello había sido un golpe para el pueblo y todos los recursos de los que disponían estaban invertidos en apaciguar el impacto emocional y lidiar con la situación. A esas horas, la doctora Giménez estaría analizando el cuerpo de la víctima y ya tenia bastante con eso. En cuanto a él, su única ayudante, la señora Díaz, no era una mujer a la que se le pudieran pedir esfuerzos a deshoras. Todo aquel desagradable asunto tendría que resolverse al día siguiente.

—Me gustaría cambiarme de ropa, inspector —dijo Irene Valverde situándose frente a él. Lucía un ceñido vestido de lentejuelas rojas con una abertura en la pierna que llegaba hasta casi la cintura—. Supongo que ya ha visto todo lo que necesitaba.

Bierzo se puso colorado hasta la raíz del cuero cabelludo. Odiaba cuando le sucedía eso. Aquello era justo lo que la actriz pretendía.

—Claro, señora Valverde, por supuesto. Continuaremos mañana. —Se acercó torpemente hasta la puerta, aún azorado y muy incómodo. Antes de salir, se volvió hacia la estrella—. Pero, hasta que se esclarezcan por completo las circunstancias de la muerte de Óliver Mas, ustedes no podrán abandonar el pueblo. Espero que lo entienda y que perdone las molestias.

Tuvo tiempo para ver cómo la sonrisa de la gran Irene Valverde se petrificaba en su todavía hermoso rostro.

Dos

—Se dice que toda la fortuna de Óliver Mas va a ir a parar al párroco. Su anciana madre dispondrá del resto, claro que eso siempre será mejor que lo que hubiera recibido de haberse casado Óliver, tal como era su intención. En ese caso ella no hubiera visto ni un céntimo y habría otra viuda rica en el pueblo.

Felicia dejó la gaceta semanal sobre la mesa y bebió de su taza de té. El local de Wendy era el mejor sitio de Benimarte para hacer el receso de su trabajo en la farmacia. También le gustaba impresionar a su ayudante, Alma, una mujer temerosa y leal que siempre la acompañaba.

—Pero eso es totalmente increíble —dijo Alma, cuya lealtad a veces ofrecía resistencias pasajeras que no hacían más que reforzar la dependencia de ambas—. Óliver no era tan desprendido con la Iglesia. De hecho, era bastante tacaño. Por otra parte, es bien sabido que adoraba a su madre.

—No es eso lo que se dice —replicó Felicia—. Al parecer, estaba deseando casarse y dejar la casona familiar para desesperación de su anciana madre.

Alma ojeó toda la gaceta con sus ojos estrábicos. De no ser por este defecto ocular, se hubiera considerado muy satisfecha con su apariencia física. Aunque ambas pasaban de los sesenta, Alma seguía siendo un tanto ingenua, predisposición natural a la que además sumaba su afabilidad y dulzura, consciente de que se trataba de lo único en lo que podía sacar ventaja a su empleadora. En realidad las dos formaban un tándem bastante equilibrado y, en términos generales, Alma consideraba que el carácter fuerte de Felicia le beneficiaba.

Esa mañana, como había sospechado por pura experiencia, en la gaceta no había noticias del impactante deceso de Óliver. Los anuncios oficiales iban despacio en el pueblo. Hasta dentro de una semana no se publicaría la esquela.

—Pero aquí en la prensa no sale nada, así que, ¿a qué te refieres? —quiso saber Alma—. ¿Quién dice todas esas cosas?

—Esta —dijo Felicia señalando su prominente nariz aquilina. No era de extrañar que sus vecinos tuvieran la sensación de estar ante un águila malévola y astuta en su presencia.

Alma, que ya había comenzado a ver aves rapaces en su mente, no pudo reprimir un chillidito.

—Odio cuando haces eso, Felicia.

—¿Cuando hago qué? —preguntó la farmacéutica con malicia y pellizcando un trozo de rosquilla.

—Cuando te inventas las noticias y haces como que son verdad. Esto no es un asunto de broma. A mí me da escalofríos.

—No me invento noticias —corrigió Felicia—. Solo hablo desde mi instinto infalible.

—Puede que para la farmacia eso sea útil, pero lo que acabas de decir es todo un disparate. Óliver apenas hablaba con don Carmelo. Huía de él como si fuera el diablo.

—Eso es lo que tú te crees —rezongó Felicia. No toleraba que pusieran en duda su superioridad intelectual, ni siquiera alguien a quien consideraba tan tonta como Alma—. Además, ¿por qué habría de huir nadie de un hombre tan adorable? Don Carmelo es amable, guapo y bastante moderno.

—Solo tiene treinta años, no puede ser antiguo.

—Ya me entiendes.

—Pues no, Felicia, no te entiendo. En todo caso, debemos dejar este asunto en manos de Andrés Bierzo, que es el policía y nosotras dedicarnos a lo nuestro, la farmacia.

—Alma tiene razón —dijo Wendy dejando un platito con la cuenta sobre la mesa y dando un paso atrás. El de retroceder era un hábito que le costaba corregir, tanto como al parecer costaba a las mujeres no mirarla de un modo encubiertamente hostil. Y es que la belleza y simpatía de la dueña del local siempre resultaban ofensivas para el resto de clientela femenina—. Además —añadió Wendy una vez se aseguró de que estaba a la distancia correcta—, el padre Carmelo es la mejor persona de este pueblo. Nadie debería inventar chismes sobre él.

Tres

La doctora Carmen Giménez descolgó el teléfono por quinta vez. Tenía que hablar urgentemente con Bierzo. Las noticias de la autopsia del cuerpo de Óliver Mas eran absolutamente sorprendentes.

Los tonos sonaron hasta el infinito. Nada. Aquel hombre era inalcanzable. La doctora blasfemó y se quejó en voz alta sobre el uso arcaico de los teléfonos con cable en el municipio. Puede que a los más ancianos del lugar aquello les gustara, pero para una mujer de su edad y su pasión, aquello era injustificable y exasperante. Tan solo se reprimió de dar un furioso tirón porque anticipó las consecuencias. Respiró hondo y se asomó al balconcito de su despacho.En la ventana de la oficina del inspector las persianas estaban echadas, lo cual significaba que el inspector no estaba para nadie, ni siquiera para ella.

«Un pueblo tan pequeño y no hay manera de verse», se dijo con cabreo. Y la señora Díaz, la ayudante de Bierzo, estaría de nuevo viendo la telenovela, sin atender las llamadas. Después se sorprendían de que pasaran cosas. Carmen sonrió para sus adentros: ella también se asombraba muchísimo de lo que había ocurrido la tarde anterior. Benimarte: el pueblo muermo, en el que nunca pasaba nada, sacudido por una muerte en directo. Pero, si no habían tenido bastante con esa conmoción, aquella autopsia lo iba a sacudir todo. Aunque se compadecía de la angustia que su noticia iba a provocar en el inspector, en el fondo, la bomba que tenía entre manos, le divertía. Se preguntó si aquella era su manera inconsciente de castigar a Bierzo: disfrutar cuando la fachada modélica del pueblo de sus amores se resquebrajaba. Claro que aquello era mucho más que una grieta. Era una explosión. ¡Bum!

Por lo menos aquel suceso le había permitido ejercer por unas horas su verdadera profesión: forense. Y eso que Benimarte no ofrecía muchas posibilidades a ese respecto. Qué hacía una mujer como ella ejerciendo de médico de familia en un pueblucho provinciano era algo que se preguntaba muchas noches y que ninguno de sus amigos o colegas urbanitas se explicaba. Por suerte, salvo en esos momentos de desesperación, a Carmen sus propias razones le bastaban y -eso quería pensar al menos- le compensaban.

Mientras aguardaba la ocasión de hablar con Bierzo, se ajustó la bata blanca y se acercó a la puerta, dispuesta a atender al primer paciente del día. No era habitual que una médico de su categoría no contara con una enfermera, pero lo cierto es que se las apañaba a la perfección. Se divirtió imaginando por un momento que contrataba a la desocupada y nada eficiente señora Díaz para que le echara una mano. Seguramente le daría más quebraderos de cabeza que otra cosa.

Como para confirmar que no necesitaba personal constató que en la sala de espera solo había una persona: un niño de once años. Tomás, el pelirrojo hijo de Pepa Camacho, estaba sentado en el banco con las rodillas raspadas, en carne viva.

—Pasa —dijo Carmen. El único consultorio del pueblo, vacío. La telenovela debía de ser realmente interesante.

—Mi madre dice que me tendrán que amputar las dos piernas —dijo Tomás con una expresión entre curiosa y atemorizada.

—Tu madre tiene mucha imaginación y un poco de mala uva.

«Y por lo visto poco tiempo para dedicarte», pensó.

El pequeño entró en la consulta y se abalanzó sobre el esqueleto de plástico y tamaño natural

que montaba guardia en una esquina del gabinete.

—¿Qué opina el señor Huesos del asesinato del señor Más? —preguntó— ¿No es verdad que tiene poderes y lo sabe todo?

Carmen se acercó a una vitrina y sacó algodón, agua oxigenada y Betadine. Un trabajo que podría hacer perfectamente la señora Díaz.

—Solo tiene poderes para detectar las mentiras de los niños. Lo demás, no lo sabe. Ya me gustaría a mí.

—Entonces, ¿no tiene ni idea de quién es el asesino?

La doctora suspiró.

—¿Quién te ha dicho que hay un asesino? Óliver Mas murió por un accidente.

—¿Acuchillado? Mi madre dice que nadie muere acuchillado por accidente, que es imposible.

—Tu madre no debería comentar con un niño estas cosas. Tendrás pesadillas.

Contrariamente a lo que pretendía, aquella idea pareció estimular más al chico. Carmen limpió las rodillas maltrechas del chaval y le aplicó antiséptico. Lo miró con severidad y él sonrió con una mueca. Estaba acostumbrado a que la gente le pidiera explicaciones por la negligencia de su madre de manera indirecta.

—Es que no tiene con quién hablar... está muy sola.

—Pues que se apunte a bailes de salón, ¿no te parece?

A Carmen no le gustaban las madres posesivas, ni las pasotas. Modelar el carácter de alguien por exceso o defecto de atención era detestable. Pero sobre todo no le gustaba Pepa Camacho.

Tomás se rio enseñando sus blancas muelas. Por fortuna era un niño muy saludable.

—El señor Mas la llevó una vez a bailar. —El chico se lanzó en brazos del esqueleto y le hizo dar vueltas en un imaginario vals.

—¿Ah sí? —Carmen estaba redactando una nota para Pepa en la que le prescribía limpieza para las heridas de su hijo y algo de atención—. ¿Y qué pasó?

—No sé. Sólo fueron una vez.

La doctora se quedó absorta mirando a Tomás, que volvía a colocar al señor Huesos en su base. El chaval tenía los mismos ojos que Pepa: juguetones y algo salvajes. Ojos incontrolables.

—Creo que al señor Mas no le gustó cómo baila mi madre.

Cuatro

«Esto es como mover una montaña», pensó. «No seré capaz».

Bierzo hizo pasar al siguiente candidato a su despacho. Llevaba ya dos horas de entrevistas y empezaba a desesperar. No le costaba admitir que carecía de experiencia en homicidios y que era bien recibida la ayuda de la capital, pero no podía soportar la idea de convivir con un agente pegado a su nuca todo el día. Y todos esos listillos capitalinos le enervaban. No eran más que arribistas que venían al pueblo para pasear por él su arrogancia y hacer méritos de cara a sus jefes. Él necesitaba una ayuda sincera, solo eso.

La señora Díaz abrió la puerta y le hizo una seña al candidato, al que Bierzo aún no podía distinguir desde su silla. Una sombra se proyectó en el umbral y dio paso a una mujer grande y de presencia inmensa. Aquello le hizo erguirse de modo instintivo. Nunca había conocido a una mujer más alta que él. Le calculó cerca de metro noventa y menos de treinta años. Era morena, de ojos oscuros. Llevaba el pelo muy corto y peinado con fijador. Una semisonrisa pacífica dulcificaba su aspecto. Y aún así había que tomarse un tiempo para acostumbrarse a sus dimensiones. Se fijó en sus manos, tan grandes como la cara de la señora Díaz, a la que de seguro hubiera podido transportar en su regazo como a una muñeca. Bierzo no pudo evitar una expresión de sorpresa que se resistió a abandonarlo durante toda la entrevista. Con la esperanza de controlarse, le hizo una señal a la mujer para que se sentara.

—Prefiero seguir de pie, señor —dijo ella casi cuadrándose. En realidad, superado el impacto inicial, el inspector se daba cuenta de que el peso de la agente estaba acorde con su altura y se le veía en forma. Lucía el uniforme de la nacional, con rango de oficial. Había esperado que al menos le enviaran a un subinspector, pero no era el caso. Además, seguro que aquel uniforme alarmaba a los vecinos. O tal vez y con suerte lograría que se tomaran en serio su labor. En Benimarte, la policía, es decir, él, no iba uniformada. Aquel era un pueblo tranquilo donde nunca pasaba nada y Bierzo era un burócrata de la antigua escuela, tan intrépido como un funcionario de Hacienda, aunque, eso esperaba él, mejor vestido. Su uniforme personal consistía en trajes de chaqueta de Emidio Tucci, camisas de Adolfo Domínguez y zapatos con cordones Dustin.

El inspector rebuscó entre sus papeles.

—Disculpe, ahora no encuentro sus credenciales. ¿Quién la enviaba a usted? ¿El comisario Álvarez?

—Nadie me envía, señor. Me presenté voluntaria.

Bierzo asintió, como si aquella respuesta fuera lógica. Pero no lo era.

—Ya veo. No sé si puedo entonces considerar su ingreso aquí conmigo. —Miró el ventilador de aspas del techo, como si, en un fortuito choque contra aquella torre de mujer, temiera por la integridad más del aparato que de la oficial.

—Nadie más en la jefatura quería venir —dijo ella con calma—. Seré su hombre de refuerzo y regresaré en unos días, cuando el caso esté resuelto, señor.

—Querrá decir que será mi mujer de refuerzo… —A Bierzo las distinciones de género le parecían siempre muy pertinentes.

—Eso es irrelevante. Somos policías.

—¿Y qué le hace estar tan segura de que lo resolveremos, oficial…?

—Tap, señor. Violeta Tap

—¿Qué le hace estar tan segura, Tap?

—Los ciclos vitales.

Bierzo se recostó sobre su silla.

—¿Puede ser más concreta?

Ella lo miró como si todo aquello fuera una gran evidencia y el inspector estuviera solo demorando lo inevitable.

—El asesinato siempre mueve las cosas. Nada vuelve a ser igual. Y, de un modo u otro, siempre se cierra el círculo.

Bierzo esperó unos segundos analizando aquella enigmática réplica.

—Bonitas palabras para un libro o una película, pero, por suerte, esto es un homicidio involuntario por imprudencia. No crea que eso lo vuelve menos importante. Este pueblo nunca ha tenido un historial violento y este suceso, aunque fortuito, puede socavar sus pacíficos cimientos. ¿Qué experiencia tiene usted en el manejo de situaciones críticas?

—Todos los días pasa algo en la capital, señor.

—¿Quiere decir que en la jungla se desarrolla el instinto?

—Solo obedezco órdenes. Nada más. No sé si tengo el mejor instinto, pero siempre estaré a su lado. Soy de fiar.

Aquello le confortó. Parecía que esa mujer podía contener el dolor del mundo en su imponente cuerpo, pero aún así, no era lo que buscaba. Entre otras cosas porque formarían una pareja cómica y las apariencias en Benimarte importaban. Hacía un minuto que el inspector jugaba con uno de los gemelos de su camisa. Solo hablar de muerte no natural lo conmocionaba. El gemelo se escurrió de sus dedos mientras la agente Tap daba cuenta de su hoja de servicios con parquedad. Bierzo no pudo alcanzar la pieza, que cayó debajo de la pesada mesa de caoba que le servía de escritorio y se encajó justo bajo una las robustas patas. Suspiró, resignado, pensando en cómo podría explicarle a la doctora Giménez que había perdido su exquisito regalo de Navidad.

Bierzo captó la mirada atenta y resuelta de Tap.

—No se esfuerce —le dijo—. Es una trampa mortal. Nadie ha movido esta mesa ni un centímetro en setenta años. Creo que construyeron la casa alrededor de ella.

Tap no pestañeó ni reaccionó ante la ironía. En vez de eso, se agacho y tiró de la mesa hacia arriba. Su cara enrojeció, pero la mujer alzó aquel mamotreto y dejo al inspector boquiabierto.

—¿Y por qué no? —dijo ofreciéndole el delicado gemelo azul, que por fortuna, seguía intacto —. ¿Qué impedía hacerlo?

La expresión de Bierzo se iluminó como si hubiera recibido una gran revelación milagrosa. «Mover una montaña».

—La señora Díaz le enseñará su habitación —dijo—. Me temo que no es muy cómoda. Empezamos mañana a trabajar.

—¿Y por qué no hoy? —preguntó ella.

La disposición de la chica le gustaba, pero demostraba su ingenuidad.

—Todo a su tiempo. Esto es Benimarte. Tiene su propio ritmo. Además, como le he dicho, el caso está bastante claro.

La joven asintió dispuesta a marcharse.

—Tap, hay algo que no le he preguntado y me intriga.

Ella esperó.

—¿Por qué decidió venir a Benimarte?, ¿por qué se presentó voluntaria?

Los ojos de la agente Tap brillaron con un refulgir muy superior al del gemelo recuperado.

—Aquí vive mi escritora favorita, señor. Tenía que venir.

Cinco

La señora Díaz llevaba una chaqueta de lana fina de color rosa pálido sobre un vestido que le cubría hasta los tobillos. Un toque distinguido de no ser porque estaban en junio y el calor empezaba a ser sofocante. Violeta captó el gesto de Bierzo, que le dio a entender sin palabras que era mejor acatar sin más la pequeña excentricidad de la mujer y ponerse en su manos.

—Nos visita poca gente, pocos policías —dijo la señora Díaz, que se empeñó en acarrear con el petate de Violeta. Supo que tampoco serviría de nada insistir en llevarlo ella misma—, pero tenemos alojamiento siempre dispuesto. Yo misma lo limpio cada semana para que esté preparado.

Violeta siguió a la ayudante del inspector a través de la comisaría. Trató en vano de recuperar el petate cada vez que la mujer reflejaba el esfuerzo en su rostro, pero la señora Díaz era terca.

—¿Qué lleva aquí, oficial, piedras?

—Libros —aclaró Tap.

—Por suerte estamos cerca. Es justo enfrente.

Salieron de la comisaría y cruzaron la calle, poco transitada a esas horas del mediodía. La mañana avanzaba despacio. En la esquina se distinguía el acogedor letrero que anunciaba una tetería. Benimarte parecía un apacible lugar, casi un decorado de televisión. Un sitio en el que nada malo podía pasar.

La señora Díaz aceleró el paso, serpenteó entre dos coches que brillaban bajo el sol y entró en un espacioso portal enmarcado por un arco de piedra.

—Es por aquí. —La alentó a seguir en dirección a las escaleras—. Es muy bonito, ¿verdad?

Iba a decir que sí, pero la señora Díaz no esperó su respuesta y avanzó escaleras arriba.

Aunque, en efecto, el portalón era de corte aristocrático, el interior era sobrio. Líneas rectas y toda la paleta de los grises como color predominante.

Ya en el segundo rellano, la señora Díaz pasó delante de una puerta de cristal esmerilado y señaló el letrero bruñido a un lado de la pared.

—Es la consulta de la doctora Giménez. Una gran especialista, famosísima en la capital. Qué suerte tener tan cerca a una médico de su categoría, ¿verdad?

Violeta no quiso contradecirla, pero no recordaba la última vez que había ido al médico, salvo por los rutinarios controles del trabajo. Era una mujer fuerte y resistente y estaba convencida de que lo mejor para mantener la salud era alejarse de los matasanos.

Avanzaron unos metros más y la señora Díaz se detuvo frente a una puerta marrón de chapa barata, que nada tenía que ver con los manierismos de la puerta de la doctora Giménez.

—Perdí la llave el verano pasado. Nadie más tenía copia, y hubo que tirarla abajo. La puerta no aguantó y al final el inspector decidió que esta era más práctica. Ahora siempre llevo la llave a mano. —Señaló su cinturón, del que colgaba una anilla de color bronce con un manojo de llaves—. Mi cabeza ya no es lo que era. Pero pase, no se quede ahí.

La señora Díaz se hizo a un lado para que Violeta entrara. La habitación era espaciosa. Un grotesco peluche con la forma de perro la miraba desde el centro de la pequeña cama. Seguramente había vivido media vida en una feria. Captó la mirada de la señora Díaz que parecía especular si la oficial cabría en ese camastro.

Frente a la cama había un robusto armario y un escritorio de nogal. El aire estaba un poco viciado y la ayudante del inspector abrió la ventana para ventilar. Un hervidor de agua eléctrico

reposaba sobre una mesa auxiliar. Violeta posó sus ojos en una cortina de flores que cerraba el acceso a otro espacio.

—Es un pequeño aseo —dijo la señora Díaz—. Tiene ducha y agua caliente. Para ir al retrete tiene que utilizar los servicios comunes, en esta misma planta.

—¿Alguien más vive en este bloque? —preguntó Violeta, que había reparado en la inusual calma del edificio.

—Solo usted y la doctora Giménez. Benimarte es un pueblo muy espacioso. Hubo una epidemia de gripe hace cien años y la población quedó diezmada. A la gente ya no le interesan los pueblos. Supongo que los que quedamos somos una gran familia.

La señora Díaz se acercó al armario y lo abrió aspirando el perfume a naftalina.

—Y aquí puede guardar su ropa. Es muy amplio. —La diminuta mujer miró la puerta del armario con cierta nostalgia—. No tiene espejo, aunque usted no parece muy presumida querida, seguro que se las apaña.

—Seguro —confirmó Violeta—. Es todo lo que necesito.

La señora Díaz pareció alegrarse sinceramente ante la aprobación de la oficial.

—Puede usted cenar con el inspector Bierzo. Yo siempre le preparo la comida y se la dejo lista. Puedo hacer para una más.

—Eso sería muy amable, gracias.

La señora Díaz se retorció las manos y miró alrededor con un brillo nervioso en sus ojos claros. Se despidió con una especie de reverencia que mostraba su felicidad por haber cumplido la misión sin contratiempos.

Ya a solas, Violeta se asomó a la ventana. Podía ver la comisaría al otro lado de la calle Olmo, sin duda una de las vías más céntricas del pueblo. Al fondo, el pueblo iba dando paso a una zona residencial con viviendas exentas y amplios jardines. Y, en la elevación más notoria del territorio, destacándose por encima del resto, se alzaba la residencia de Aurora Mist. La silueta recortada de su propiedad, Evergreen, parecía guiarla como un faro. Violeta siguió con sus ojos el dibujo que el contorno de la casa marcaba contra el cielo anaranjado de Benimarte. Aunque no pudiera verla, Aurora Mist estaba allí, de algún modo presente, accesible a su mirada desde aquel cuarto. Más cercana que la luna y tan real como las nubes. Mucho más próxima de lo que nunca antes la había sentido. Le dio las buenas noches mentalmente y comenzó a desvestirse. Se moría por una ducha y un trago de agua fresca.

Seis

Bierzo estaba sentado junto a la oficial Tap. Frente a ellos, Evelina Montini se miraba las uñas de las manos, descuidadas y mordidas. La señora Valverde había salido a fumar a sugerencia de Bierzo a quien le resultaba muy ventajoso la clientela con adicciones a sustancias tóxicas. La roulotte era minúscula y el calor, sofocante. Por suerte aquel era el último paso antes de confirmar lo que todos sabían.

Bierzo observó a la mujer que tenía enfrente y después posó sus ojos en Violeta Tap. La diferencia entre ambas era abismal. Si Tap era grande y monumental, la viva imagen de la salud, como si hubiera sido criada por leones, Evelina Montini era raquítica y fea, y parecía que su nacimiento hubiera sido una maldición. Era una criatura peluda y encorvada. Los ojos eran pedazos de carbón, de una intensidad salvaje. Su pelo, ensortijado, pero escaso. Su voz, que únicamente se expresaba con sonidos inarticulados, provocaba al inspector el deseo de alejarse a kilómetros de distancia. A Bierzo le pareció que ambas mujeres podían protagonizar un número de circo, aunque no era capaz de imaginar el contenido del espectáculo. Observó a la oficial de nuevo. Permanecía con la mirada fija en Montini, sin evidenciar ningún signo de desagrado.

—Déjeme a mí —le dijo Bierzo. Después se dirigió a Evelina y le tendió una hoja en blanco y un lápiz, dispuesto a formalizar la toma de declaración—. ¿Sabe usted escribir?

El inspector tuvo que repetir la pregunta un par de veces. Evelina negó con la cabeza y Bierzo suspiró, exasperado. Se levantó, abrió la puerta de la roulotte y llamó a a la señora Valverde.

—No sabe escribir —se quejó.

—¿Le ve usted pinta de intelectual? —ironizó la señora Valverde—, su inteligencia no le permite aprender. Hace años lo intenté en vano. Es mejor no tener expectativas con ella.

—No estamos aquí para examinarla —recordó Tap.

—La necesitaré de intérprete —dijo Bierzo a la actriz—, podía habérmelo dicho y nos hubiéramos ahorrado los preámbulos.

Irene Valverde ignoró al inspector y se situó junto a Evelina. Bierzo tomó asiento de nuevo y miró a la ayudante de la actriz dispuesto a llevar a cabo aquel trámite.

—Así que usted confiesa que, habiendo perdido uno de los cuchillos trucados de su empleadora, lo reemplazó por un cuchillo común de hoja afilada, a causa del cual Óliver Mas encontró la muerte.

—Es usted un poco complejo lingüísticamente, querido inspector —dijo Irene Valverde dando a sus palabras una cadencia aristocrática y burlona—. Será mejor que traduzca eso también o no acabaremos nunca. —Después se dirigió a Evelina—. El inspector dice que cambiaste el cuchillo y por eso murió aquel hombre.

Evelina asintió y se golpeó el pecho con un grito.

—Dice que fue ella —confirmó Irene Valverde.

—Eso quedó claro anoche —dijo Bierzo, quien no obstante necesitaba dejar constancia por escrito de todo aquello. —¿Por qué cambió el cuchillo?

Evelina miró al inspector sin pestañear y balbució algo. Bierzo esperó a que Valverde tradujera.

—Dice que en el estuche faltaba uno.

—¿Y le pareció conveniente substituirlo por otro punzante y afilado? –no pudo contener un deje de reproche.

Evelina profirió unas palabras mirando esta vez a Tap. Era imposible encontrar un significado en aquellos sonidos.

—Dice que yo nunca fallo.

—Al parecer sí que falla —constató Bierzo—. De hecho, su falta de puntería es lo que nos trae aquí.

Evelina volvió a comunicarse.

—Dice que el caballero no se movió.

—¿Qué quiere decir con eso, no estaba atado?

—A esa distancia, si se hubiera movido un poco, no le habría dado con el cuchillo. Digamos que estuvo un poco lento de reflejos.

—¿No insinuará que tuvo la culpa? —La paciencia de Bierzo se agotaba. Volvió a dirigirse a Evelina—. ¿Informó a la señora Valverde de que había cambiado los cuchillos y del peligro que eso representaba?

Evelina pareció no entender. Buscó ayuda en la actriz.

—Quiere saber si me contaste que habías puesto otro cuchillo.

Evelina negó.

—Pero, ¿por qué?, insensata —Bierzo la frenó antes de que contestara—. Ya lo sé, no me lo diga, porque la señora Valverde nunca falla.

Era exasperante. Hasta el momento no hacían más que repetir las mismas evidencias. El hecho de que el inspector no se explicara el suceso contribuía a ello. Por lo menos, por muy absurdo que fuera todo, tenía una confesión clara. Eso tranquilizaría al alcalde.

—¿De dónde sacó el cuchillo? —preguntó Tap.

Evelina habló y la señora Valverde tradujo.

—Del cajón de la cocina de la roulotte. ¿De dónde lo iba a sacar?

—¿Tienen cuchillos aquí? –inquirió Bierzo.

—¿Acaso cree que comemos con las manos? También tenemos agua caliente, si se lo pregunta.

—¿Conocía usted al señor Óliver Mas? —preguntó Tap.

Evelina miró a Irene otra vez.

—¿Conocías de algo al hombre del número de los cuchillos?

Bierzo suspiró y miró al techo. Tap seguía con la mirada fija en Evelina, que demoraba su respuesta.

—Al muerto, ¿lo conocía de algo? —insistió Bierzo con desesperación, aunque suponía la respuesta.

Evelina negó con más fuerza y pataleó. Irene Valverde le pasó un brazo por el hombro. Era la primera vez que la tocaba.

—La está poniendo nerviosa con su impaciencia, inspector. No conocemos a nadie en este pueblo. Aunque a usted le parezca lo contrario, esto no es el centro del mundo.

—De acuerdo. Pues ya está. Hemos acabado. —Bierzo se puso de pie ignorando el comentario de la actriz—. Volveremos a hablar en unas horas. No puede usted marcharse de Benimarte todavía.

Tap continuaba sentada. Bierzo le hizo un gesto para que se levantara. Evelina fue quien se incorporó, como si no soportara no obedecer.

—¿Quiere preguntar usted algo más, oficial?

Incluso sentada, Violeta era más alta que Evelina.

—¿Cuánto tiempo lleva con la señora Valverde? —preguntó Tap.

—Toda la vida —contestó la actriz con una sonrisa franca que después mudó en acritud.

—¿Qué quiere decir con toda la vida?

—Ya sabe, es una forma de hablar. Evelina me ha acompañado y asistido desde que era muy joven.

—¿Y su familia?

—Solo me tiene a mí. Si le interesa la historia, me la encontré un día vagando por el Retiro. Se me pegó a las faldas y así ha seguido hasta hoy. ¿Tengo que darles cuentas de eso?

Violeta Tap escudriñó a Evelina una vez más. Era incapaz de calcularle una edad.

—¿Cuántos años tiene usted, señorita Montini?

—Parece mayor que yo, ¿verdad? —dijo Irene Valverde—. Aparenta unos cuarenta, aunque supongo que siempre será infantil.

—¿Puede precisar cuánto hace que trabaja para usted?

—Llevamos quince años juntas.

—Es mucho tiempo —observó Bierzo.

—Pero no toda una vida —sentenció la oficial Tap.

Minutos después, cuando ya estaban fuera, la señora Valverde alcanzó a los policías. Corría sin perder ni un ápice de su dignidad de diva.

—Inspector Berza, ¿qué pasará con Evelina?

—Es Bierzo —corrigió el inspector—. Obviamente, estamos ante un hecho muy grave. Probablemente, homicidio involuntario. Es posible que ingrese en prisión, pero eso es cosa de los jueces.

Irene Valverde palideció. Su cara se tensó pero recuperó la sonrisa en un acto reflejo.

—Pero, ¿puede haber... cómo lo llaman... atenuantes por confesar?

—Tal vez los haya por minusvalía psíquica —dijo Bierzo.

—¿Qué quiere decir?

—Es evidente que la chica no está muy allá de la cabeza. Sufre algún retraso y eso podría ayudar. Yo enfocaría por ahí la defensa.

—Evelina no sufre ningún retraso —dijo Irene Valverde con voz de hielo—. Su vida ha sido difícil. Eso es todo.

—No creo que esto lo haga más fácil.

—El cuchillo lo lancé yo, no ella.

—En efecto. Volverá a tener noticias nuestras, señora Valverde. Mientras, busque asesoramiento legal.

Siete

Bierzo y Tap montaron en el coche. Bierzo se abrochó el cinturón de seguridad, comprobó los espejos y ajustó el asiento. En realidad, no había sido más concreto con la actriz porque desconocía cómo interpretaría un juez los hechos. Claro que por fortuna ese no era su problema. No se quitaba de la cabeza una muerte tan absurda, pero la vida a veces era así: un mal chiste.

—¿Por qué no se movería? —preguntó la oficial.

—¿Qué dice?

—La víctima.

—Pues no sé, tendría miedo. No todos los días le lanzan cuchillos a uno delante de todo el pueblo.

—Eso será.

—Lamento que su estancia en Benimarte vaya a ser tan corta, Tap. Este es un caso bastante obvio de negligencia.

Violeta echó atrás el asiento del copiloto. Le faltaba automóvil para estirar las piernas.

—En cierto modo me consuela —continuó Bierzo.

—¿Que me vaya le consuela?

—No, por Dios. Que haya sido un accidente. Este pueblo no es un lugar de asesinatos. Nunca lo ha sido. En fin, vamos de vuelta a la oficina. Si nos damos prisa y terminamos el papeleo, puede regresar esta misma mañana a la capital.

Condujeron unos minutos en silencio. Bierzo no podía dejar de pensar en lo ocurrido y la actitud silenciosa y tranquila de la oficial no le ayudaba a distraerse.

—Pobre criatura —dijo—, nacer a este mundo para llevar una vida tan miserable, una terrible desgracia, ¿no cree?

Violeta fijó en el inspector sus oscuros ojos.

—¿Se refiere usted a Evelina Montini, señor?

—Por supuesto, ¿a quién si no me iba a referir?

Violeta miraba a través de la ventana las vistas que le ofrecía aquel trayecto en coche. Pasaban en ese momento por la calle principal de Benimarte. Y, ¿en cuánto tiempo?, tal vez una hora, su breve aventura sería historia. De vuelta a la capital. Adiós, Aurora Mist.

El encuentro con Evelina Montini la había impresionado. Sentía profunda empatía hacia las personas indefensas, pero le gustaba otorgarles dignidad no compadeciéndose en exceso de ellas. El inspector no dejó de hablar en todo el camino. Para ser reservado, en sus propias palabras, Tap lo encontraba muy locuaz. Se sentía satisfecho, eso era evidente, pero también había algo de melancolía en su mirada, en la que siempre parecía brillar una mezcla de humor y desesperanza.

—Una vez gané un viaje a Kenia para dos —dijo Bierzo. Violeta abandonó la contemplación de las hermosas calles para centrarse en su acompañante. ¿Se suponía que eso era bueno o malo? Bierzo continuaba mirando al frente. —Un safari con todos los gastos pagados. Imagínese, ¡Kenia! Al principio me sentí muy emocionado. Nunca había ganado nada en mi vida, a excepción de una batidora y un microondas en las rifas locales... Ah, y una licuadora.

Violeta se imaginó al inspector rodeado de todos aquellos electrodomésticos.

—El caso es que —prosiguió—, tras la emoción inicial, compartida con mi pareja de viaje,

me di cuenta de que aquello, la idea de ir a Kenia, me producía más bien ansiedad. —Miró a Violeta como si necesitara su aprobación—. No me apasiona viajar, ¿sabe? Volar es algo antinatural, ¿no cree?

—No más que utilizar una batidora eléctrica.

—El caso es que, cuando, finalmente me comunicaron que había habido un error en el sorteo y que yo no era el ganador del safari, ¿sabe qué paso?

—Que sintió usted alivio.

—¡Exactamente! Me alegro de que lo entienda. En el fondo estamos muy apegados a nuestras comodidades y hábitos. Viajar es un acto de desposesión violento, ¿no cree?

—No entiendo muy bien qué quiere decir con lo de acto de desposesión.

—Me refiero a que uno siempre pierde algo al viajar, de algún modo, al dejar su casa.

Violeta meditó un segundo sobre aquel razonamiento. Le gustaba considerar a fondo las opiniones de los demás antes de ofrecer las suyas.

—Yo creo que viajar da libertad. Me fui de casa a los dieciséis y nunca me he arrepentido.

Bierzo cambió de expresión, cual si hubiera escuchado una espantosa revelación. Para él no había nada más terrible que carecer de hogar y raíces.

—En cualquier caso —dijo el inspector—, después del alivio inicial, sentí algo de pena por haberme perdido la experiencia. ¿Qué hubiera pasado si hubiera viajado a Kenia? Y a la vez, no lamenté quedarme en absoluto. ¿Me entiende?

—Supongo que su acompañante lo lamentaría más que usted.

Bierzo no dijo nada. Aferró las manos al volante. Otra aventura que se esfumaba ante sus ojos dejando una sensación agridulce. Adiós al caso Óliver Mas.

Aparcó con una maniobra suave frente a la pequeña comisaría de Benimarte. No le dio tiempo a abrirle la puerta a Violeta, pues ella ya caminaba hacia la entrada, pensando en que todavía tenía que recoger sus cosas y revisar sus notas para el informe. No sabía si Bierzo esperaba que se marchara ese misma día, tal y como había sugerido.

Tap estaba a punto de alcanzar la puerta cuando un gran danés arlequín le dio un cabezazo en el muslo. Un animal precioso, blanco y negro, tan grande como ella. Y tan hermoso. Le pareció que había chocado con un alma afín.

—Lo siento —se disculpó una mujer de unos cuarenta años que corría tras el animal—. A veces no es consciente de su tamaño y cree que todo el mundo debe apartarse a su paso.

—No es nada. A mí también me pasa —dijo Violeta acariciando la cabeza del perro.

—Carmen —saludó el inspector Bierzo acercándose a las mujeres—, ¿qué te trae por aquí?

—Estoy paseando a Holmes. ¿No has oído mis mensajes? Te he llamado mil veces y no exagero.

—Hemos estado fuera tomando declaración —se justificó Bierzo—. De todos modos, no hubiera podido acompañarte de paseo. No hoy. Andamos bastante liados, la oficial Tap y yo.

—¿Liados? —Carmen alzó una ceja.

—Ocupados, quiero decir.

—Ya lo he entendido, Andrés. —Carmen tensó la correa de Holmes—. No te llamaba para pasear al perro. Es por el caso de Óliver Mas. Soy la forense, ¿recuerdas?

Violeta miró a Carmen con un nuevo interés. Bierzo, con un gesto neutro.

—Verá, Tap, Carmen es nuestra médico, además de forense. Tenemos suerte en Benimarte de contar con alguien tan preparada. Todo un lujo. —Después se dirigió a la doctora, que mostraba una sonrisa de diversión ante tanto cumplido—. En realidad, ya no va hacer falta mucha más precisión en la autopsia.

—Siento contradecirte en eso último —dijo ella—, pero las autopsias no son más o menos precisas a voluntad, son objetivas.

Bierzo miró a la médico tratando de contener su amable hostilidad.

—Lo que yo quería decir es que resulta que Evelina Montini, la ayudante de Irene Valverde, ha confesado a la primera. Esa criatura sin luces cambió el cuchillo y provocó el fatal accidente con el resultado que todos sabemos. Y ya no hay más que rascar.

—Pues yo creo que sí, Andy. Sí hay mucho que rascar.

Holmes levantó una oreja. También Violeta aguzó sus sentidos. Aquella Carmen tenía una mirada inteligente.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Bierzo.

—Óliver Mas estaba sentenciado, más allá del acierto o no de aquel cuchillo.

—¿A qué te refieres?

—A que la víctima había ingerido una gran cantidad de veneno.

—¿Estás segura?

—Completamente. Únicamente espero la confirmación de la sustancia.

—Eso solo significa una cosa —dijo Bierzo tras unos segundos en los que fue incapaz de articular palabra.

—Que no me vuelvo a la capital de momento —completó Violeta.

Aunque no era lo que estaba pensado, el inspector no pudo por menos que estar de acuerdo.

—Precisamente. Todo empieza de nuevo.

Ocho

Helena Rico entró en la farmacia dando un pequeño rodeo al geranio que había junto a la puerta de acceso: quería entrar con el pie derecho y aquella maniobra se lo iba a permitir.

Tenía la esperanza de que estuviera la ayudante de Felicia, esa mujer de mirada estrábica y cuya bizquera le resultaba tan inquietante. A Helena no le importaba que la miraran, ni las mujeres ni los hombres. Estaba acostumbrada a despertar curiosidad y admiración. Siempre estaba en boca de todos. Había sido así desde que unos agentes de publicidad la descubrieron, yendo de la mano de su madre, de camino al supermercado, de eso hacía ya dieciséis años. En aquella primera ocasión, su madre ahuyentó a los agentes, pero era cuestión de tiempo que la belleza de Helena llamara la atención de nuevo. Otros agentes aparecieron y volvieron a insistir y su madre tuvo que ceder a la evidencia.

La carrera de modelo de Helena fue meteórica y, aunque nunca se había sentido cómoda en aquel mundillo de posados y zancadillas, el dinero le había venido muy bien. Después, tras años de mundanalidad y vacío, había llegado Juan, con su romanticismo algo trasnochado y su ingenuidad deliciosa. La manera negligente de atarse el nudo de la corbata, ajeno a cualquier moda o tendencia; su tartamudeo y timidez… Su sencillez, en definitiva, la había conquistado por completo. No le importó abandonar una prometedora carrera que ella nunca eligió y trasladarse a Benimarte. Junto a él era feliz. Todo lo feliz que se pudiera ser. Y Juan le había pagado la renuncia a su vida anterior muriéndose de un infarto agudo y fulminante de miocardio con solo treinta años, cuando ella acababa de dar a luz al hijo de ambos. Cuatro años después, Helena y el pequeño Juanito todavía trataban de encontrar su lugar en Benimarte. No lamentaba sus elecciones. Cuando abría una revista de moda y veía a alguna de esas chicas hermosísimas y ricas, se decía que estaba donde tenía que estar.

Pero Helena no tuvo suerte esa mañana. Alma no estaba. En su lugar, y era lo que ella quería evitar, era Felicia quien esperaba tras el mostrador, sonriendo con esa expresión suya tan apremiante, como de halcón esperando a su presa.

Helena le tendió la receta que le habían prescrito. Estaba dispuesta a no iniciar ninguna conversación:

—¿Zigoflash?, ¿han vuelto las jaquecas?

—Necesito un poco de alivio —dijo Helena

—¿Es que acaso nuestro alcalde te da mucho trabajo? Todos sabemos que puede ser agotador, con esa energía suya. Toma vitaminas por un tubo –Felicia rio.

—Sí, el alcalde es incansable, pero lo hace todo por Benimarte.

—Vamos, Helena, no te molestes, no hace falta que le hagas campaña. Todos conocemos a Ros, desde hace muchos años —arrastró las palabras—. Él y yo crecimos juntos, ¿lo sabías?

—Me lo has contado varias veces.

—De todos modos, hace bien en entregarse a su cargo. Benimarte necesita su liderazgo, y más después de lo que ha pasado.

Helena miró a Felicia sin hablar, estaba perdida en las patas de gallo de la farmacéutica.

—Creo que la policía no se traga lo de que fuera un accidente.

—¿Accidente? –Helena notaba la sangre latir en sus sienes. Quería coger las pastillas y salir corriendo, pero aquella bruja de Felicia las tenía aferradas y jugaba con ellas distraídamente.

—La muerte de Óliver Mas, ese accidente, mujer. No se habla de otra cosa.

—Oh, Óliver, sí. Una desgracia. —Helena sacó un billete de su monedero.

—¿Tú lo conocías bien, no?

—Conozco a casi todo el mundo. Llevo ya cuatro años aquí.

—Claro, ya casi eres una de las nuestras.

El dolor de cabeza empezaba a extenderse por la nuca, tanto como la distancia entre aquel «casi» que decía Felicia y la realidad. Sin duda, la conversación con la farmacéutica era el peor tratamiento posible. No pudo contenerse. Estiró del paquete y se lo arrebató a Felicia.

—Perdona, voy fatal de tiempo. La cabeza me va a estallar si no tomo una ahora mismo.

—Espera a que te traiga un vaso de agua, mujer.

—No hace falta —dijo sacando una pastilla—, van debajo de la lengua. Bueno, me voy.

Helena se alejó del mostrador. La farmacéutica la observó marcharse: seguía teniendo un tipazo de modelo. Aunque el vestido ese empezaba a estar anticuado después de varios veranos. Felicia no la podía dejar escapar sin un lanzar un último dardo.

—Dicen que fue contigo al teatro. Óliver

Helena se detuvo.

—La noche que murió —precisó Felicia, por si hacía falta.

—Sí —dijo Helena—, me invitó a salir. Había visto ya la función varias veces, tenía un par de entradas y pensó que me gustaría ir.

—Claro, no tienes que darme explicaciones. Yo no soy policía. Aunque debió de ser horrible quedarse sin acompañante tan de repente —dijo Felicia con voz maliciosa.

—Juan murió hace cuatro años. Lo voy superando.

No era verdad, pensó Helena. El infarto inesperado de Juan se había llevado también su corazón y su fe en la vida.

Acomodó su paso para salir con el pie derecho y no se giró para despedirse de Felicia con una última sonrisa cortés, tal como en Benimarte era costumbre.

Nueve

Bierzo pidió los informes de la autopsia a Carmen, pero había que esperar a que ella se comunicara con toxicología y eso llevaría un rato. No tenía ayuda, se quejaba. Tampoco muchas autopsias. Lo admitiera o no, le faltaba práctica en las cuestiones burocráticas que excedieran su labor habitual de médico de familia.

El jefe de policía esperaba en el despacho como quien espera el nacimiento de un hijo. Andaba de un lado a otro por la sala con grandes zancadas y las manos enlazadas a la espalda. Mientras, Violeta elaboraba una lista de sospechosos. No era una tarea fácil, porque, de momento, tenía que hacerlo todo a mano, ya que nadie le había facilitado un equipo informático.

—Perdone, inspector, pero ¿no podría usar su ordenador? Así nos ahorraremos papel y para mí es mucho más sencillo.

El inspector estaba perdido en sus pensamientos. Por un momento pareció que ella le hubiera planteado el más oscuro de los enigmas.

—Lo siento, oficial, pero yo no tengo ordenador —dijo, reaccionando.

Aunque la mesa del inspector estaba muy despejada, Violeta había dado por hecho que disponía de un portátil en algún sitio.

—¿Y no podría facilitarme alguno para ir elaborando mis notas? Mientras esperamos podría googlear.

—¿Guglequé?

—Buscar en Google, Internet, ya sabe.

—¿Cree que el supuesto asesino de Óliver Mas se anuncia en Internet?

—No, claro que no, pero siempre ayuda. Internet es una ventana al mundo.

—Pues no cuente con esa ventana.

Violeta parpadeó. Ya había advertido, para su asombro, que el inspector no tenía teléfono móvil. Por si no había quedado claro, el inspector confirmó:

—No disponemos de Internet.

—¿La oficina sufre problemas de cobertura?

—El pueblo es el que tiene problemas. Quiero decir, el pueblo no tiene problemas de nada, simplemente no hay Internet en Benimarte.

Violeta había mirado instintivamente por la ventana, como si fuera a encontrar una respuesta o pudiera verificar aquella información tan sorprendente que acababa de recibir. Bierzo adivinó su desconcierto.

—No busque los repetidores porque no los va a encontrar —dijo—. Puede ser difícil de entender, pero está usted ante una de las más genuinas esencias de Benimarte. La iniciativa fue del alcalde Ros. Está convencido de que, sin Internet, los lazos de la comunidad se refuerzan y se evita el aislamiento. Este es un pueblo unido a la antigua, con una visión tradicional y más pura de la vida. Y, lo crea o no, un aliciente para cierto tipo de turismo. —El inspector desplegó los brazos para subrayar el lema—: «Benimarte, conexión entre humanos».

Eso explicaba que no hubiera mucha población joven por allí. Violeta se fijó de nuevo en la mesa del inspector, limpia de máquinas, pero con un considerable volumen de papeleo.

—¿No es antirreglamentario permanecer al margen de la red policial y su sistema informático? —Desde luego a ella no le parecía que eso evitara el aislamiento. Al contrario.

—Nadie puede obligar a Benimarte a sumarse a la tecnología, eso es algo que yo mismo

consulté con expertos. No le escondo que esto tiene sus inconvenientes y que puede llegar a ser un engorro, pero este pueblo nunca ha generado gran cantidad de burocracia. Por otra parte, la señora Díaz posee una Olivetti magnífica y se encarga de pasar todos los informes a máquina puntualmente, a su ritmo, claro. Después, los envía a la capital y allí los integran en el sistema. Hasta cuándo nos lo permitirán, no lo sé. El alcalde se ocupa de eso con subvenciones y demás. De momento, el interés turístico nos salva de caer en las garras de la técnica.

—¿Y todo el mundo está de acuerdo con permanecer de espaldas a Internet?

—Algunos se escapan a los pueblos vecinos —dijo con una sonrisa exculpatoria—, pero, en general, nadie discute las ideas de Vicente Ros. Es una pérdida de tiempo y energía.

Violeta pensó en su admirada Aurora Mist. Así que la inaccesible escritora, que vivía en el anonimato y al margen de las redes sociales, solo era el epítome de un fenómeno generalizado.

Abrió la libreta en la que solía tomar apuntes y que hasta hacía solo unos minutos había considerado un elemento auxiliar. Ahora era la herramienta de trabajo central. Escribió «Óliver Mas» en el centro y subrayó el nombre.

—¿Quién cree que sería el más beneficiado de la muerte de Mas?

—No tengo ni idea, Tap, pero lo averiguaremos. No se impaciente.

Violeta trazó un inmenso interrogante junto al nombre del difunto. Benimarte era un pueblo con su propio ritmo.

Al cabo de una hora, Carmen entró en el despacho. Su característico pelo ensortijado lucía más revuelto de lo normal y sus ojos reflejaban un estado de alerta que aún parecía en su pico alto.

Violeta estaba sacando punta a unos lápices con metódica paciencia. Bierzo miraba por la ventana. Parecía que hacía siglos que esperaban.

—Aquí tienes, Andy —Carmen miró a Violeta mientras tendía unos folios mecanografiados a Bierzo. Fue una mirada rápida, pero la hizo sentirse analizada al milímetro.

El inspector pasó las hojas con avidez y la médico se centró en él con similar expectación.

—Entonces, ¿estás segura de que la causa de la muerte no fue la herida del cuchillo? —seguía aferrándose a la opción que prefería.

—La herida era fea y muy aparatosa, pero no fue mortal. De haberse movido un poco, no le habría dado. Sus muñecas no tienen marcas y demuestran que no forcejeó para soltarse.

—Debió de asustarse y eso le impidió reaccionar.

—O probablemente ya se encontraba muy indispuesto y aturdido.

Eso le recordó lo que más le preocupaba.

—¿Qué puedes contarnos del veneno?

—Fluoracetato de sodio.

El inspector mostró su desconocimiento en sustancias tóxicas con un gesto evidente que animó a Carmen a aclararle más.

—Matarratas. Incoloro, insípido y letal.

—Tal vez fue un accidente —valoró Bierzo.

—Si ese hombre consumió dosis masivas de matarratas por accidente tendrás que determinarlo tú. Solo puedo decirte que la sustancia fue ingerida entre una hora y dos horas antes de la muerte. Cuando recibió esa cuchillada accidental estaba ya a punto de caramelo

Bierzo enarcó las cejas.

—¿Estás segura de ello? Porque es muy importante.

—Sí, la intoxicación le causó una arritmia y un paro cardiaco. Con la confusión del momento,

fue inapreciable para los asistentes que el hombre, mientras se ahogaba y retorcía, estaba sufriendo en realidad las consecuencias del veneno y no del cuchillo. Incluso yo me confundí al atenderle en el teatro. Fue una asociación muy fácil entre el cuchillo y la muerte fulminante, pero fue errónea.

—Y dices que lo tomó una o dos horas antes. Eso querría decir que lo envenenaron durante la función o justo antes de comenzar.

—Eso es lo que yo creo.

—¿Qué comió, qué había en su estómago?

—Alimento triturado sin digerir.

—¿No podrías ser más precisa?

—¿Y qué sugieres, que lo pruebe para saberlo? Se tendrá que analizar también. Esto no es CSI, es un pueblo sin Internet. Hago lo que puedo.

Bierzo pasó más hojas del informe tratando de reprimir la angustia que le había causado el comentario de Carmen. Le exasperaba cuando ella se ponía mordaz. Reparó en las fotos adjuntas al informe con una mueca de desagrado. Sacó un pañuelo y se secó el sudor de la frente. A veces odiaba su trabajo y lamentaba no haber estudiado derecho o algo así.

—Maldito verano —dijo, agradeciendo no obstante que la climatología le permitiera esconder el verdadero origen de su malestar—. En todo caso, es un buen trabajo, Carmen. Muchas gracias.

La sonrisa complacida de la doctora se tornó en una mueca de decepción casi al instante.

—¿Entonces ya está?, ¿se lo harás llegar tú a la señora Díaz para que lo tramite?

—Sí, yo me encargo de todo, pierde cuidado. Ahora empieza nuestro trabajo.

Carmen sonrió a Violeta de un modo algo mecánico.

—Está bien, os dejo trabajar —dijo finalmente—. Llámame si tienes alguna duda, ¿vale? A cualquier hora. Sé que esto es importante y estoy aquí para ayudar.

Bierzo asintió, concentrado de nuevo en las primeras páginas del informe y la doctora salió del despacho sin un ápice del vigor con el que había entrado minutos antes.

—Cualquiera pudo comprar matarratas —dijo Violeta—. Por desgracia es un producto muy común. Lo venden hasta en Amazon.

La mirada interrogativa del inspector le recordó que allí no había Internet.

—Quiero que vaya usted inmediatamente al teatro y averigüe qué sirven en el bar. Haga una lista exhaustiva y llámeme inmediatamente.

Violeta asintió, cogiendo las llaves del coche. Era un trabajo fácil y podía seguir la lógica del inspector.

La oficial llamó al inspector más tarde, desde el propio teatro. El gerente había tenido la amabilidad de abrirle y enseñarle las instalaciones.

—Inspector, el puesto de comida del teatro estaba cerrado, ya que, con toda esta historia, se han suspendido las funciones. Aun así, me lo han enseñado todo. Es una barra con unas cuantas opciones. Al teatro no se puede entrar con comida o bebida externa.

—Dígame el menú, si es tan amable.

—Agua y chicles de regaliz sin azúcar.

—¿Eso es todo?, ¿nada de comer?

—Según el gerente, el alcalde Ros ha subido los impuestos al azúcar y ha prohibido los perritos y las palomitas de maíz. Quiere un pueblo en forma física.

Aquello era típico de Ros, pero ese día el inspector Bierzo agradeció esa medida porque simplificaba las opciones.

—Eso quiere decir que Óliver Mas no tomó el veneno en el teatro.

Diez

Irene Valverde no soportaba la roulotte en la que se alojaba durante las giras, pero incluso ese cuchitril con ruedas era preferible a mezclarse con la gente del pueblo. Ansiaba largarse de allí, pero aún debía esperar. No tardó en comprobar que el vestido de dos piezas de seda que llevaba era poco apropiado para pasear por el bosque. Todas aquellas ramas y el entorno salvaje le disgustaban. Sus zapatos se obstinaban en clavarse en la tierra y avanzaba con torpeza, maldiciendo al mundo. Solo le faltaba un esguince de tobillo.

Su reloj de pulsera marcaba las doce y diez de la mañana, hora en la que había quedado con su agente. Ernesto tenía la manía de ser puntual, un hábito que, lejos de admirar, en realidad detestaba porque siempre le obligaba a apresurarse. Aquel día, sin embargo, cuando llegó al claro del bosque junto a un pequeño lago donde Ernesto la había citado, le reconfortó comprobar que su agente ya la esperaba apoyado en su coche, una reliquia que ella había costeado con su trabajo.

—Es una de las joyas del pueblo —dijo el hombre—. El lago Mayor goza de fauna y flora protegidas e incluidas en el catálogo nacional.

—¿Te refieres a esta charca?

Sandoval se rio y encendió un pitillo. Ofreció uno a Irene, que declinó.

—¿No sería magnífico montar un espectáculo aquí? —dijo él— Con una carpa, unas sillas y una barra detrás. Una obra ligera o algo de cine, tal vez…

—¿Cine?, ¿es esa tu idea de espectáculo ahora?, ¿poner un Blu-ray a una pandilla de paletos?

Ernesto la cogió de las manos:

—Estás de mal humor…

—¿Y cómo quieres que esté? —se soltó Irene—, dime. Estoy atrapada en este apestoso pueblo. Ese finolis del inspector cree que Evelina es culpable de asesinato y que solo su estupidez podrá salvarla de una condena.

—Evelina no debió cambiar los cuchillos.

—Ya sabes que es una inútil con dos dedos de frente, ¿qué esperabas?

—Esta vez nos ha metido en un lío.

Irene se dio la vuelta y contempló el lago. Un espejo liso que reflejaba un cielo gris y opresor. Así había sido su vida durante mucho tiempo.

—La culpa es tuya. No debí dejarme convencer de hacer ese estúpido número de los cuchillos, como si yo fuera una vulgar… cabaretera. —Se volvió hacia él—. Tengo cuatro premios Max, Ernesto.

—Sí, y cuarenta y nueve años. —Sandoval no pretendía ser cruel, pero sus palabras impactaron en Irene con la fuerza de una piedra—. Además, te recuerdo que esto fue tu idea. Fuiste tú quien sugirió que probáramos algo nuevo en provincias. De todos modos, es solo temporal, mientras buscamos algo que convenga, un buen papel. Mira. —Se acercó a ella con una sonrisa reconfortante y sincera—. Hazte un favor y no te preocupes tanto, te perjudica la piel. Hoy he estado almorzando en la capital con un joven autor. Ha escrito una obra muy prometedora, con un personaje a tu medida y te admira muchísimo.

Irene irguió la espalda. Buscó en su bolso un paquete de cigarros, alumbró uno y después lo pisó sin haber dado una sola calada. Aquello también perjudicaba la piel.

—¿Podemos conseguirlo?

—Bueno —vaciló Ernesto—, no hay duda de que el chico es un genio, aunque muy joven. Habría que pedir financiación, pero podría hacerse. Desde luego, estos escándalos, no me facilitan la labor. Y no es el primero. Estamos en una etapa de tu carrera en la que necesitamos el respaldo de la buena opinión pública. Tal vez deberías contemplar la idea de…

Irene detuvo su argumentación con un gesto.

—No empieces con eso. Evelina, esa desgraciada, es una pequeña calamidad, sí, pero al menos ella es una ignorante y no va a pagar los platos rotos de nadie. Mejor céntrate en ti, con todo tu mundo y tus aires de agente teatral. Dime, ¿qué otros clientes te esperan si yo te doy la espalda? ¿Quién va a pagar la gasolina de esa cafetera en la que te paseas?

El hombre se caló el sombrero panamá que llevaba en la mano.

—¿Quién dijo que no sirves para lanzar cuchillos? Te recomiendo que busques otro modo de canalizar tu ira esta vez. No hace justicia a nuestra amistad. Y ahora me marcho, tengo una reunión en la ciudad. Aunque no lo creas, trabajo en tu interés. —Pareció arrepentirse al instante de su reacción, se acercó y besó a la actriz en la mejilla—. Ten paciencia, ¿quieres? Cuando esto pase, volveremos a dar la campanada. Nos reinventaremos y nos reiremos de todo. Siempre lo hemos hecho.

Irene frunció el ceño, desdeñosa. Había cosas de las que una nunca podría reírse. Ernesto se detuvo ante la puerta de su coche.

—¿Quieres algo de la ciudad para hacer tu estancia más llevadera?, ¿revistas, algún libro?

—Valium forte —dijo Irene—. No soporto la idea de tener que ir a la farmacia en esta aldea. La farmacéutica me da escalofríos.

Ernesto se rio de la ocurrencia, aunque, en última instancia, decidió que Irene Valverde no ironizaba.

Once

Al día siguiente, el inspector Andrés Bierzo se levantó de buen humor. Iba a estar fuera del despacho y ser útil.

Había quedado con Violeta Tap a las nueve en la comisaría, en la sala reservada que Bierzo ocupaba para comer y cenar. Sería una reunión breve antes de comenzar el trabajo de campo.

Violeta apareció con su uniforme planchado, impecable. Bierzo asintió con agrado. Era muy partidario de la higiene y los buenos modales y que una mujer como Tap, tan poco femenina o, si se prefería, de una feminidad tan diferente, fuera así de pulcra le hacía sentirse más seguro.

—Veo que se apaña usted a la perfección.

—Siempre viajo con una plancha. Una nunca sabe qué puede deparar el día.

La señora Díaz entró en la sala en ese momento con una bandeja. Ahora vestía una chaqueta amarillo limón de lana gruesa. Desprendía un aroma a flores un poco pasadas. Inútil era cualquier comentario sobre lo improcedente de la lana en verano.

—Les traigo el desayuno, para que cojan fuerzas —dijo, servicial—. No sé si usted toma café, oficial. Imagino que sí. Todo el mundo lo toma.

Violeta asintió y aceptó la taza que la señora Díaz le ofrecía. En el platillo había también dos galletas integrales.

Bierzo sonrió con educación a la señora Díaz y le dio las gracias. Después, esperó a que la mujer se marchara, cogió la taza de café y se alejó por una puerta. Volvió con gesto aliviado y la taza vacía.

—Yo de usted no lo haría —dijo señalando la taza humeante que Violeta sostenía en la mano —. Es un café horroroso. La señora Díaz es voluntariosa, pero, ni los desayunos, ni lo de vestir acorde a la temperatura, son su fuerte.

—¿Por qué no se lo dice a ella?, lo del café. Tal vez pueda mejorar.

—Créame, es mucho mejor para todos dejarlo así —dijo Bierzo, para quien una susceptibilidad herida era mucho más dañina que el peor de lo cafés—. ¿Está lista?

Violeta asintió, pero antes su curiosidad le hizo beber de la taza. Verdaderamente, el café sabía a rayos y Bierzo le dedicó una mirada de compasión.

—Evítese una gastritis y desista. Y ahora vamos a ver a la señora Atienza, viuda de Mas —dijo Bierzo cogiendo el sombrero con el que se protegía del sol estival—. La madre de Óliver nos espera.

Por el camino, el inspector se detuvo en la tetería Peter Pan y encargó dos cafés para llevar. Wendy preparó las bebidas y añadió en la bolsa una rosquilla de un aspecto que logró que Violeta sintiera su estómago despertarse. Wendy debió captar su mirada porque metió otro dulce más en la bolsa.

—A este invita la casa.

—Tienen muy buena pinta.

—Los prepara Pepa Camacho y los vendo yo en exclusiva. Creo que es lo que mejor hace esa mujer. A pesar de su mal genio, esto —señaló la pasta— consigue que vengan de lejos a Benimarte. ¿A que sí, Andrés?

Bierzo asintió, dando un mordisco al dulce.

—Una de las maravillas locales, sin duda.

—Una lástima lo de Óliver —dijo Wendy—. Era un gran devorador de estas delicias.

El inspector se despidió con prisa y no dio opción a Violeta a decir nada más. Ya en la puerta, se explicó:

—Tenemos que evitar hablar del caso.

—Lo entiendo —dijo ella.

—Es un argumento válido en todas partes, pero sobre todo en Benimarte. Este es un pueblo pequeño. La gente se divierte chismorreando. No tenemos televisión local y necesitamos entretenimiento.

—¿El alcalde prohibe también la tele?

Bierzo hizo una mueca.

—Claro que no. Pero el pueblo se ve poco representado en los medios generalistas. Tan solo en la gaceta de don Carmelo, el cura, y solo dos lunes al mes, se cuentan algunas noticias, pero todo un poco beato, ya sabe.

—Imagino. Y eso que tienen ustedes a toda una celebridad en Benimarte.

El inspector alzó las cejas.

—¿Se refiere a Irene Valverde?

—Hablo de Aurora Mist, la famosa escritora.

—Ah, bueno, eso. Creía que hablaba usted en serio, con lo de celebridad. En todo caso, si quiere noticias frescas, solo tiene que acudir a la farmacia de Felicia.

Violeta no dijo nada. Estaba acostumbrada a guardarse sus impresiones.

La vivienda de la señora Atienza era colosal. Cualquier otro adjetivo se quedaba corto. Una edificación robusta, diseñada para presumir e intimidar, rematada con molduras blancas, un poco grisáceas ya y rodeada de matorrales floridos en el jardín, que atraían la atención y evitaban fijarse en los desconchones de la fachada principal. Se diría que la decadencia amenazaba su grandiosidad, pero todavía lograba resistir.

—Parece de otro siglo —dijo Violeta, mientras esperaban ante la puerta principal.

—Es de otro siglo —confirmó Bierzo—, del XIX. Perteneció a un conde.

—¿Quiere usted decir que la madre de Óliver es noble?

—No. Está alquilada, pero al parecer paga una fortuna por aparentarlo.

La puerta se abrió y una mujer gruesa y de baja estatura, vestida de negro de los pies a la cabeza, los miró desde el umbral.

—Andresín –dijo—, has tardado en venir.

—Dora, esta es la oficial Tap. ¿Podemos pasar?

La señora Atienza miró a Violeta como si viera a un gigante.

—¡Jesús! —dijo sin atisbo de discreción y luego les abrió la puerta. Su caminar era lento y perezoso—. La chica no está hoy. Tiene dos días libres entre semana y está todo manga por hombro. Una casa muy grande para mí. No puedo estar todo el día limpiando. La doctora Giménez me dice siempre que repose.

Pasaron a un salón acristalado que olía a violetas asfixiadas. El inspector se desabrochó el primer botón de la camisa. Dora se sentó en un butacón tapizado de terciopelo verde y silenció la televisión. La estancia estaba llena de fotos del difunto. Óliver de bebé: rollizo y sonriente. Óliver el día de la comunión. Óliver, muy joven, haciendo el servicio militar. Óliver de soldado, descendiendo de un buque. Óliver, mucho más gordo y complacido, mostrando una pieza de caza. Óliver, ya maduro, en la fábrica de lámparas de su propiedad. Óliver junto al padre

Carmelo, frente a la Iglesia.

—No he podido colgar la que más deseaba tener: la foto de la boda de mi hijo —lamentó Dora al verlos contemplar las instantáneas—. Dios sabe que era mi máxima ilusión.

—Debe de haber sido muy duro perderlo así de este modo —dijo el inspector—. Todos le apreciábamos.

Dora lanzó un quejidito de irritación.

—No es preciso que me dores la píldora. Conocía bien sus defectos. Sé que mi hijo a veces se hacía poco de querer. En todo caso, no tienes que darme consuelo. Ese solo puede dármelo Dios.

—Y el padre Carmelo —añadió Violeta, que tenía buena memoria para los nombres.

Dora rezongó.

—Solo Dios. Ni siquiera esa horrible mujer, la actriz. ¿Sabes, Andrés, que vino a pedirme perdón por lo ocurrido? Estaba muy afectada, según ella. Entró aquí como un torbellino buscando mi perdón.

—Supongo que es difícil en estos momentos perdonar.

—Puede que no sea culpable directa del accidente, pero sí lo es de tener a esa subnormal con ella que ha causado la muerte de mi hijo. Considero que eso la hace responsable.

Tap protestó con un carraspeo. El inspector la frenó con la mirada.

—¿Emplean matarratas en esta casa? —preguntó Violeta.

El inspector cambió de postura como si hubiera recibido un calambrazo.

—¡En esta casa no hay ratas! —replicó la madre de Óliver, más enrabietada de lo que quería mostrar.

—Dora —el inspector Bierzo no se decidía a sentarse—, hemos venido porque los estudios de la autopsia revelan que, al margen del accidente fatal ocurrido en la función de Irene Valverde, Óliver había ingerido veneno en una dosis letal.

—¡Jesús! —La mujer se agarró el pecho y retorció el precioso encaje negro—. Si es una broma es de pésimo gusto.

—Jamás bromearía con esto.

—¿Qué me estás queriendo decir?

—Lo que he dicho, que Óliver tomó veneno. Matarratas.

—¿Como que tomó? ¿Estás diciendo que mi niño quiso hacerse daño?

—Eso no tendría sentido —intervino Violeta—. Si hubiera sido esa su intención, lo habría de otro modo. Todo apunta a que…

—¿Crees que alguien le dio veneno para ratas a propósito? —la señora Atienza solo miraba a Bierzo.

—Eso es lo que vamos a averiguar —dijo el Inspector—. Y para eso, tenemos que hacerte unas preguntas.

Doce

Bierzo se sentó y retiró un cojín florido de su espalda.

—Voy a ser directo, Dora. ¿Tenía Óliver enemigos?

—Este es un pueblo de envidiosos, Andresín, ya lo sabes. Hay gente que no soportaba el éxito de mi hijo.

—¿Qué gente?, ¿a quién te refieres?

—A Vicente Ros, por ejemplo.

—¿Nuestro alcalde? —la pregunta era más retórica que otra cosa.

—Óliver era más inteligente que él, con más carisma. Era solo cuestión de tiempo que los demás se dieran cuenta.

—¿Pensaba Óliver presentarse a la alcaldía? —Bierzo miró a Violeta y después al cuaderno que ella llevaba en las manos, como instándole a tomar nota. Nadie se había presentado en los últimos doce años. Era una especie de pacto silencioso, asumido por todos.

—Esa era la intención de mi hijo. Presentarse a la próxima elección. Cumplía todos los requisitos.

—¿Y qué opinaba Ros de esas intenciones? —continuó Bierzo.

—Eso tendrás que preguntárselo tú. Estuvo aquí unos días antes de que mataran a mi hijo.— Miró la foto del Óliver soldado—. Hablaron y el alcalde se fue hecho una furia.

—¿Estuviste presente en la conversación? —preguntó el inspector, que dudaba cada vez entre tutear o hablar de usted a Dora.

La señora Atienza se estremeció en un escalofrío, a pesar del calor sofocante.

—Yo no me meto en los asuntos de los hombres. Solo sé que se fue muy enfadado y que no lo quería de rival. Pero, ¿qué se puede esperar del hijo de un tendero?

Bierzo miró su reloj. Quería comprobar cuánto tiempo hacía del último comentario clasista de Dora. Apretó las mandíbulas y se recordó que su trabajo exigía aceptar las palabras de sus vecinos sin reaccionar.

—Óliver era muy popular en el pueblo, sin duda —dijo más tranquilo—. ¿Estaba saliendo con alguien?, me refiero a alguna mujer...

—Ya te he entendido y no hay por qué ponerse mojigato, Andresín. Aunque chismosas como Felicia digan lo contrario, todos saben que tenía la esperanza de casar a mi hijo. Quería que formara una familia propia.

—Que perpetuara el linaje —añadió Violeta, que después miró a otro lado como si hubiera pensado en voz alta. En realidad, para la señora Atienza, los comentarios de la oficial eran como el sonido de la tele que había silenciado: molestos pero irrelevantes.

—Mi hijo tenía mucho éxito con las mujeres. Muchas lo pretendían.

—Claro. —Bierzo se fijó en la foto más reciente de Óliver, la que estaba junto al padre Carmelo. El joven padre era moreno, espigado y atractivo. Sin embargo, Óliver era bajito, con sobrepeso. Tenía los ojos diminutos y el pelo ralo. No era la imagen de un seductor—. ¿Con quién salía?

—Con Pepa Camacho. Al menos, era la que yo prefería.

—¿Y por qué? —preguntó Bierzo. Se lo preguntaba de verdad. La Camacho no era ni simpática, ni agraciada ni interesante.

Dora sonrió con cierta amargura.

—Sé que no es la más popular —dijo—, pero es una mujer sensata y trabajadora.

—Y un poco mayor... —deslizó Bierzo. Inmediatamente se sonrojó. Se estaba adelantado a la línea de pensamiento de Dora y eso no estaba bien.

—La maternidad hoy en día no es lo que era. Está claro que no había que encantarse con ese asunto, iban a ser unos padres maduros. Óliver hubiera cumplido cincuenta y cuatro en septiembre.

—Ya, sin embargo, ¿quién le acompañó a la función de Irene Valverde?

—Fue con esa otra, Helena Rico.

—¿Y a usted no le gusta ella?

—Es demasiado guapa. Está claro cuál era su interés. Además, se dice que es algo más que la secretaria del alcalde Ros. Habladurías, claro.

—¿Qué hizo Óliver la tarde que murió?

—Estuvo aquí hasta casi las seis y media. Merendó a las seis, como de costumbre y salió a recoger a esa mujer.

—¿Qué merendó?

—Lo de siempre. Leche con cacao y rosquillas caseras. Era muy fiel a sus gustos. Le gustaba mirar por el ventanal, admirar Benimarte mientras merendaba. Era su momento especial.

—No trabajaba mucho entonces —dijo Violeta, para quien la estampa de un adulto embelesado con un vaso de Colacao era inusual.

Bierzo temió lo peor. Esa provocación sobraba.

—Mi hijo no era un empleado cualquiera, era empresario y gerente del negocio familiar —dijo fulminando a la oficial con la mirada. Después, pareció querer recordar que esa chica no existía en absoluto.

El inspector echó un vistazo al gran ventanal. En ese momento tenía las cortinas corridas.

—¿Él mismo se preparaba la merienda? —preguntó—, quiero decir, si se la servía alguien.

—Óliver no era muy hacendoso. Se la servía Edna, como siempre. Ella compraba las rosquillas en la cafetería de esa mujer extranjera.

—¿A qué hora merendó esa tarde?

—Justo antes de irse.

—¿Te importa que echemos un vistazo por aquí? —Miró alrededor. Era fácil sentirse asediado por los muebles y objetos en aquella sala llena de figuras, adornos de ganchillo, alfombras y lámparas. Muchas lámparas.

—No veo qué puedes buscar aquí, Andresín —Dora frunció los labios—. ¿No pensarás que fue envenenado en su propia casa?

Eso precisamente pensaba el inspector. Dirigió una mirada a Violeta, que comprendió en el acto y empezó a observar el espacio mientras él entablaba una charla más banal con Dora.Tap se acercó a la mesa camilla situada frente al ventanal, el lugar en que el difunto solía tomar la merienda.

—¿Cuántas rosquillas hay en cada paquete, Dora? —preguntó el inspector.

—Cuatro. Cuatro grandes.

—¿Y Óliver se las comía todas?

—Claro, era un hombre de apetito y yo no puedo tomar azúcar.

Así que ya podían despedirse de encontrar indicios del veneno.

El inspector se estaba impacientando. Tras un intercambio de preguntas irrelevantes, se acercó a Violeta para meterle prisa.

—¿Qué? —dijo en voz baja—, ¿ha encontrado algo?

Violeta se encogió de hombros.

—Limpian a menudo.

—Me lo temía.

—Pero esto estaba en la chimenea —Violeta le enseñó lo que parecía un trozo de envoltorio brillante y dorado.

—Guárdelo y vámonos.

Bierzo se despidió de Dora dándole la mano.

—Vamos a hacer todo lo posible por atrapar al asesino, pierde cuidado y confía en mí.

—Claro —dijo la madre de Óliver con demoledor escepticismo—. Entonces, investiga bien a esa Helena Rico.

Cuando estaban saliendo de la vivienda, escucharon un ruido y a alguien maldiciendo. Violeta miró en dirección a la cocina. Una mujer con delantal de servicio estaba recogiendo una cacerola al suelo.

—Dijo que su empleada no estaba —observó Violeta.

—Manías de anciana. Vámonos.

Aunque el inspector seguía impaciente por marcharse, Violeta se frenó: había que aprovechar la ocasión. Tal vez a su jefe le costara entenderlo, y sin duda era un poco osado para una oficial contradecir a un superior, pero ella no podía respetar los ritmos del pueblo. En la capital actuaban deprisa y, a menudo, en la celeridad estaba la clave de todo.

—He olvidado mi bloc de notas —dijo.

La señora Atienza protestó cuando la vio regresar, pero ella le dijo que solo necesitaba hacerle una pregunta a Edna. Se escurrió hacia la cocina ante la incredulidad de la mujer.

Edna estaba canturreando y sacando brillo a una tetera de plata. Violeta fue directa al grano:

—Soy la oficial Tap y tengo que hacerle una pregunta en relación al caso del asesinato del señor Mas.

La mujer se santiguó y dio un tirón a su delantal para enjugar una lágrima.

—Horrible, no me lo puedo creer. La casa se nos ha quedado vacía sin el señor.

—La tarde de su muerte, ¿quién sirvió la merienda del señor Mas?

—Ese día yo estaba enferma. Un resfriado de verano, de esos que te dejan la garganta fatal. No pude venir.

—Así que se sirvió él solito.

—Bueno, no era complicado —replicó la mujer sin amago de ironía—. Solo tenía que preparase la leche y servirse sus rosquillas de la alacena.

Violeta siguió con la mirada el dedo de la cocinera. Se aproximó a la despensa y echó un vistazo. Todo estaba muy bien ordenado. En la parte izquierda había tres paquetes de rosquillas sin abrir.

—¿Una de estas? —preguntó.

La cocinera asintió.

—¿Dónde las compra?

—En la tetería de Wendy, ¿dónde va a ser? Solo las venden allí. Cada semana voy dos veces. No almaceno más de tres paquetes cada vez, para que estén más frescas.

—Así que no llegó a probar el último lote que usted compró. —La oficial le tendió el envoltorio dorado que había encontrado en la chimenea—. ¿Le suena esto de algo?

La mujer examinó el papel:

—Ah, sí, muy bonito, claro que me acuerdo.

Violeta la animó a continuar. El inspector Bierzo observaba desde la puerta de la cocina. Había entrado tras ella, inquieto por las intenciones de su oficial.

—Es de un regalo que le hicieron al señorito, me lo contó cuando le pregunté. Recibía regalos con frecuencia, por su influencia en el pueblo.

—¿Qué es lo que le regalaron?

—Rosquillas, ¿no es gracioso? Alguien sabía que le encantaba el dulce, aunque él las comía aquí todos los días, así que el regalo era un poco absurdo en realidad. O quizá era una broma.

Bierzo y Tap intercambiaron una mirada.

—¿Y dijo de quién recibió el regalo? —preguntó Violeta.

—No, ni yo pregunté más. No le gustaba discutir sus cosas conmigo, decía que yo no entendía más que de ollas y estofados. Y supongo que tenía razón.

Violeta se dio por satisfecha con aquella explicación. Aquello parecía significativo.

Se despidió de la mujer y salió precedida del inspector, que consideró que no hacía falta preguntarle si había recuperado su bloc de notas.

—Así que las rosquillas envenenadas llegaron de fuera —dijo.

—Eso es, en forma de regalo.

—Creo que es momento de pasarse por la tetería de Wendy.

Trece

Bierzo era consciente de que, su condición de habitante de Benimarte, le limitaba de alguna manera, pero el trabajo de Violeta le había dado impulso. Por cosas así necesitaba ayuda y no por la cantidad de papeleo. Era preciso contar con alguien que no sintiera las tenazas de la pertenencia.

Wendy estaba rellenando los botes de té a granel cuando llegaron, pero no tuvo ningún problema en atenderlos.

—Pepa está siendo una de las salvadoras de mi negocio —dijo mientras anotaba una oferta en una pizarra anunciadora—. Esa mujer tiene algo en las manos, un don. Las rosquillas venden mucho más que el té. Por lo menos, puedo presumir de haberlo descubierto yo, el don de Pepa, digo. Un día me trajo unas rosquillas para agradecerme que le cuidara al niño. Siempre lo tiene suelto por ahí y a mí me da pena el chaval. Las pastas tenían un sabor espectacular y eran un bocado perfecto para mi salón. Le pedí unas cuantas y probé a venderlas aquí. Como sospechaba, fue un éxito y ambas nos beneficiamos. Me temo que es cuestión de tiempo que empiece a vender en otro sitio.

—Tengo entendido que Óliver era uno de los clientes más asiduos.

Wendy asintió.

—Edna se llevaba seis paquetes semanales. Solo descansaba los domingos. La verdad, es irónico que comprara las rosquillas cuando Pepa hubiera estado encantada de dárselas a Óliver personalmente. Claro que, por lo visto, él nunca quería lo que tenía más a mano. —Wendy enrojeció—. Perdón, ya estoy cayendo en el defecto de Benimarte: el chismorreo.

—¿Crees que Óliver no apreciaba a Pepa lo bastante?

Wendy resopló y su bonito flequillo castaño jugueteó en su frente.

—El problema no es que él la apreciara o no —dijo—, porque Óliver era bastante gilipollas con todo el mundo. El problema es que Pepa no se da cuenta de que no necesita a ningún gilipollas que la proteja.

Violeta no pudo contener una sonrisa espontánea.

—¿Quién más compraba las rosquillas? —preguntó Bierzo, quien solía ser mucho menos crítico con sus vecinos.

—Ay, no sé, Andrés, digo… inspector Bierzo, mucha gente. La fama de las rosquillas se había extendido por el pueblo. Mejor pregúntame quién no las compraba.

Bierzo suspiró, aquella búsqueda iba a ser difícil.

—¿Y quién no las compraba? —preguntó Tap— ¿La señora Valverde las compró alguna vez?

—¿La actriz? No, no, nunca ha pisado mi salón, aunque el alcalde sí se llevó unas cajas hace poco y me dijo que le enviaría una de regalo de bienvenida. Le rondaba la cabeza explotarlas como producto local, el alcalde siempre piensa en nuestra promoción.

—¿Y Helena Rico? —preguntó el inspector, alentado por la vía que había abierto su oficial.

—No, tampoco. Imagino que, con esa figura tan estupenda que tiene, se aleja de las tentaciones. Pero a ver… —Wendy fijó la vista en el infinito con gesto reflexivo—. Además de Edna y el alcalde, en las últimas semanas me han comprado el padre Carmelo, la farmacéutica, la doctora Giménez, tu propia asistente, la señora Díaz… Ya te digo: todo el pueblo las compra, incluso Gloria.

—¿También madame Laborde?—Bierzo carraspeó. Gloria, más conocida como madame

Laborde, regentaba un local de mala reputación.

—Claro, yo se las recomendé —dijo Wendy con naturalidad—. ¿Crees que a nosotras no nos gusta lo bueno, igual que a todo el mundo?

—No, no —se excusó—, no quería insinuar…

La risa despreocupada de Wendy demostró que solo había querido provocarle.

—Fue pura lógica. Si al pueblo le gusta, y al menos la mitad del pueblo va a la casa de Gloria, era un éxito seguro, ¿no te parece?

El inspector Bierzo prefirió no dar su opinión al respecto. Le tendió el envoltorio dorado a Wendy.

—¿Vendes algo así?

Wendy examinó el trozo de papel y acurrucó los ojos ante los destellos de luz que reflejaba.

—Caray, es muy vistoso, pero no es mío. ¿De dónde es?

—¿Nunca has hecho rosquillas especiales con papel dorado o algo así para la tienda?

—No, nunca —respondió con seguridad—. Las rosquillas se venden en papel de estraza. Todo muy ecológico y sencillo para dar protagonismo al dulce. El oro está en el interior del paquete, eso es lo que les gusta. Ah, qué buen eslogan, ¿no crees?: «El oro está en el interior».

«Mucho mejor que “El matarratas está en el interior”», pensó Bierzo para sus adentros.

Los policías se despidieron de Wendy. Estaban tan confundidos como al principio, pero sabían que alguien había hecho un regalo envenenado a Óliver Mas.

—Aun así, querré una lista de todos los compradores de rosquillas de Wendy del último mes —solicitó el inspector a su asistente—, aunque eso incluya a todo el maldito pueblo.

Se arrepintió al instante de haber maldecido Benimarte

Catorce

De vuelta a la comisaría, el inspector se mostró callado y taciturno. Llevaba un buen rato con la mirada fija en su mesa, pero no parecía observar nada en concreto, sino estar perdido en su interior. Con la mano derecha sostenía su despejada frente y por la presión de sus dedos las cejas rectas se hallaban forzadas y casi unidas en un gesto de concentración.

Violeta se limitó a respetar su silencio. En la sala contigua, la señora Díaz aporreaba el teclado de la máquina de escribir. A cada rato se oía un lamento y Violeta se imaginaba que la ayudante del inspector había metido un dedo por error entre las teclas.

—Es difícil investigar en el pueblo donde te has criado —dijo Bierzo superando su introspección—, ponerlo bajo la lupa es incómodo.

Violeta le mostró su apoyo con un asentimiento.

—Llevo aquí toda la vida —continuó el jefe de policía entrelazando los dedos de las manos —. Me gusta Benimarte. No me imagino en otro sitio. No quiero estar en otro sitio.

Violeta pensó que no había razón para que el inspector pensara en mudarse. Se estaba poniendo demasiado dramático.

—Y ahora, este caso, puede estropearlo todo.

—¿Y eso por qué? —se decidió a preguntar Tap.

—No finja que no se ha dado cuenta. No me he atrevido a preguntarle a Dora cuál es su situación económica ahora que su hijo ha muerto. Quién hereda su fortuna.

Violeta había notado la omisión y también que el inspector odiaba causar polémica.

—No debe de ser fácil cuando alguien te llama Andresín —dijo.

—La señora Atienza me ha dado de merendar muchas veces, cuando era pequeño quiero decir. No he sido capaz... Puede, puede que esto me sobrepase, Tap. Puede que yo no esté preparado. Puede que sólo sea un burócrata maduro que ni siquiera tiene ordenador. —Por mucho que hablara de madurez, el inspector parecía ahora más bien un chiquillo indefenso. Levantó las manos, justificándose—. ¿Cree que alguien mueve los hilos de nuestro destino solo para atormentarnos?

—De ser así, se lo debe de pasar estupendamente en Benimarte —dijo Violeta, quien no quería alentar los pensamientos trascendentes del inspector.

Bierzo le lanzó una mirada que parecía decir: «Hablo en serio, compadézcase de mi dolor» y ella respondió con firmeza y una sonrisa amable.

—Destapar un crimen siempre tiene sus consecuencias —atacó de nuevo el inspector.

—Dejarlo impune también —replicó Violeta con determinación.

El inspector respiró hondo.

—Está bien, ¿y qué podemos hacer?, ¿qué hace usted cuando se siente perdida?

—Repaso los hechos —dijo Violeta—. Suelen hablar por sí mismos.

La cara de Bierzo se iluminó como si en la sencillez de aquella orden residiera su salvación.

—Tiene usted razón, mucha razón. Vamos a recapitular. —Se levantó, enérgico—. Vamos a centrarnos de una vez. Le voy a contar lo que tenemos, eso nos ayudará a pensar y organizar las ideas. Veamos: Óliver Mas, cincuenta y tres años, soltero de oro y rico heredero, murió al ingerir matarratas procedente, casi con toda seguridad, de un paquete de rosquillas que alguien le regaló. Aún no sabemos quién se va a beneficiar de su fortuna pero lo sabremos. —Dio unos pasos hacia la puerta, abrió y gritó al exterior—. Señora Díaz, deje lo que esté haciendo y llame

inmediatamente a Dora Atienza. Dígale que tengo algo que preguntarle y manténgala a la espera mientras tanto. —Después volvió a situarse en el centro de su despacho—. Sigamos.

»La madre de la víctima asegura haberse sentido muy feliz con la perspectiva de tener una nuera, aun cuando no llegara a tener nietos. Había dos candidatas al puesto: Pepa Camacho, madre de un hijo de once años, viuda, y Helena Rico, también viuda y madre de un niño de cuatro. La tarde que murió, Óliver había quedado con Helena Rico. La invitó a la función de Irene Valverde, que empezaba a las siete en el teatro municipal. Merendó en su domicilio, como de costumbre, sobre las seis. Recogió a Helena a las seis y media y fueron juntos al espectáculo. A las ocho, Óliver Mas fue alcanzado por un cuchillo mientras ejercía de voluntario en el número estelar. Murió, pero nuestros informes nos dicen que, previamente, había sido envenenado y que esta fue la causa real de la muerte. Evelina Montini, ayudante de la Valverde, admitió haber cambiado los cuchillos, pero seguimos sin saber quién lo habría envenenado y sin poder responder a la pregunta de quién quería matarlo.

—Es un buen resumen —convino Tap.

—¿Qué haría usted ahora?

—Supongo que lo mismo que usted, hablar con Helena Rico, averiguar más cosas sobre aquella tarde y buscar a la persona que le regaló a la víctima los dulces envenenados. En correos no saben nada. Seguramente, le entregaron el paquete en mano y Óliver no le contó a nadie quién le hizo el regalo.

—Eso no lo sabemos —dijo Bierzo—. En este pueblo somos muy comunicativos, nadie calla las cosas si las puede contar, especialmente si no le atañen.

La señora Díaz se asomó por la puerta y señaló el teléfono. Se había pintado unas estridentes sombras violáceas en los párpados, como si se hubiese maquillado a oscuras.

—He intentado mantenerla en espera, como me pidió —dijo—, pero Dora dice que, si no se pone usted inmediatamente, cuelga.

El inspector Bierzo corrió al aparato:

—¿Dora? —carraspeó, dubitativo. Violeta miró con detenimiento a su superior. ¿Sería capaz? — Verás, antes he olvidado una cosa que…—Se interrumpió y escuchó—. Sí, mi madre hubiera sufrido con la muerte de Óliver, por supuesto. Sí, era una buena cristiana.

Violeta se dio la vuelta. No era asunto suyo si aquel hombre flaqueaba. Ella nada podía hacer ante la debilidad humana.

—Precisamente —dijo Bierzo—, mi madre, antes de morir, en una de aquellas charlas en las que repasaba la vida de todo Benimarte, me contó que Óliver había heredado todo el dinero de su padre y que era él quien lo administraba. ¿Es cierto? —Hubo un silencio. La voz de Bierzo era más firme ahora—. Perfecto. Y dime, ¿quién heredará ahora el dinero de Óliver? Supongo que prefieres contármelo tú a que tenga que acudir a los abogados de Óliver. —Otra espera—. Está bien. Es todo lo que quería saber. Gracias. No te entretengo más.

Violeta escuchó el sonido del auricular al reposar sobre la base.

—Tap, hay algo que quizás le interese anotar en ese cuaderno suyo.

Violeta se giró y sacó el bloc con una sonrisa de satisfacción. El inspector también parecía contento.

—El padre Carmelo es el heredero del mayor generador de la fortuna de Óliver Mas: su fábrica de lámparas. Así lo dispuso como su voluntad si moría soltero, cosa esta última que, según su madre ha recalcado, hubiera sido imposible si no hubiese muerto envenenado.

—¿Y la señora Atienza?, ¿de verdad cree que, de haberse casado la víctima, hubiera dejado a su madre sin un céntimo?

—En este pueblo, algunas relaciones maternofiliales son complicadas, quién sabe qué hubiera pasado con una nueva mujer en su vida. En todo caso, y a pesar de que la fábrica va a parar a don Carmelo, con lo que su hijo le ha dejado, Dora podrá mantener la casa y también a su asistenta. ¿Qué le parece?

—Son hechos, inspector —dijo Violeta—. No son opinables.

Bierzo se atusó el bigote.

—Exacto. Hablan por sí mismos —dijo.

Quince

Helena Rico era la primera persona de la lista de Bierzo que habían decidido interrogar.

Se acercaron a su domicilio en la calle Minotauro, una bonita vía secundaria de Benimarte. No tenía la grandeza de las avenidas de los grandes propietarios, pero parecía un lugar agradable en el que vivir.

La casa donde residía Helena era, sin embargo, una de las más descuidadas de la calle. Le faltaba una capa de pintura y el jardínestaba lleno de maleza y hierbas que habían elegido crecer allí sin permiso y que, a cambio, no esperaban cuidados de nadie.

A Bierzo le encantaban los jardines. Consideraba que su cuidado elevaba el alma, tanto o más que la lectura o la música, así que pensó que la pobre Helena, quien por otra parte siempre le pareció una criatura atormentada, probablemente tenía demasiadas cosas en las que pensar como para descubrir los beneficios que le podía procurar cuidar de su jardín.

Llamó a la puerta con energía. Aquella entrevista podía ser muy esclarecedora. Eran casi las dos de la tarde, hora en que todo el mundo estaba en casa. El timbre era desagradable como un calambrazo. Esperaron en silencio. Tap se asomó a una de las ventanas que daban al salón principal. La persiana estaba echada y no pudo ver nada.

—Creo que no está en casa —dijo.

Su comentario se solapó con el sonido de una voz fuerte de mujer que les habló desde el otro lado de la calle:

—No te empeñes, Andrés. Se ha largado esta mañana tempranito.

Bierzo se dio la vuelta. Pepa Camacho los observaba desde la puerta de la propiedad vecina. Era evidente que había salido al verlos. La mujer, con el pelo tieso y descuidado y nada de maquillaje, dedicó al inspector una sonrisa áspera. Vestía unos pantalones de tela desgastada y una camiseta de algodón amplia y nada favorecedora. «Parece vestida para desatascar el inodoro», pensó Bierzo, que inmediatamente se censuró por juzgar así.

—¿La señora Rico ha salido a trabajar? —preguntó el inspector, admirando un precioso macizo de gazanias del jardín de Pepa. Volvió a centrar su atención en ella. La figura de la vecina se recortaba sobre una reluciente puerta de madera pintada de rojo brillante. Lo único que desentonaba en aquel bonito escenario era... ella.

—Pues no creo que fuera al trabajo porque llevaba al crío a cuestas y una maleta bien grande. Lo ha cargado todo en el coche y se ha ido. Y sé que era pronto porque me ha despertado con el barullo. Ese niño suyo es bastante escandaloso.

—¿A qué hora dices que se ha marchado?

—Uff —dijo Pepa Camacho exagerando el tono y sacudiendo la muñeca—. Al amanecer.

—¿No ha dejado ningún recado a nadie? Algunos vecinos lo hacen antes de irse.

—No somos esa clase de vecinas —sentenció—. No sé a dónde ha ido, pero, si quieres mi opinión, parecía que huía de algo.

Bierzo miró a Violeta, que empezaba a hacerse una idea de qué clase de vecinas podían ser las dos mujeres.

—Con esto no contaba —dijo Bierzo acercándose a Violeta en tono confidente—. ¿Cree que puede considerarse una fuga o algo así?

—Usted no le pidió que permaneciera en Benimarte, ¿verdad?

—No tuve tiempo de hablar con ella. Ya ha visto cómo están las cosas... —Bierzo captó la

mirada de Pepa sobre ellos y dio unos pasos, haciéndole un gesto a Violeta para que lo siguiera. Rodeó la vivienda de Helena Rico y se colocó de espaldas a la fachada. Cuando volvió a hablar lo hizo en voz baja de nuevo—. Supongo que no es una fuga, pero da mala espina, ¿no?

—Irse del pueblo no es un delito. Deberíamos averiguar sus razones.

—Supongo. ¿Qué le parece? —dijo Bierzo, aún en susurros, señalando con la cabeza al otro lado de la calle—. Las dos pretendientas de Óliver Mas son vecinas. Helena Rico, una mujer preciosa, viuda, con un hijo pequeño y... la señora Camacho.

—Viuda también, con un hijo.

—Pero mucho menos simpática. No me tome por un esnob, pero la desidia de esa mujer me supera.

—Su casa es mucho más bonita que la de Helena.

—Es como un juego de espejos algo grotesco. Y, sin embargo, de las dos, Dora prefería a Pepa Camacho para su hijo, ¿por qué?

—Porque no es una forastera —dijo Violeta.

Bierzo asintió.

—Puede ser.

—O tal vez, porque hace unas rosquillas deliciosas, que le encantaban a su hijo.

Bierzo recobró su entusiasmo y bordeó de nuevo la casa. Pepa fingía estar distraída sacando brillo al pomo de su puerta.

—Ya que estamos aquí —dijo el inspector—, ¿podrías ofrecernos un café? No es muy cortés autoinvitarse, pero la señora Díaz se ha olvidado de nosotros esta mañana y sé que el tuyo es delicioso.

Dieciséis

Pepa estaba encantada de exhibir sus dotes de ama de casa. No es que siempre hubiese sido una mujer sobresaliente en el hogar, nada más lejos que eso, pero cuando descubrió que limpiar calmaba la mente, que ordenar la hacía sentir mejor que cualquier ansiolítico, y que el precio a pagar por servir a los demás convenía, se entregó a ello con toda la pasión y vigor de su robusta constitución. Pronto se acostumbró a la admiración ajena y tener todo en orden se convirtió en una obligación interior, casi una disciplina religiosa. No importaba que eso excluyera a su propio hijo. Con él no tenía nada que ganar. Lo mismo sucedía con su propia persona.

Nada hacía presagiar que se le daría bien guisar. Su madre le decía a menudo que había nacido torpe y brusca y no se había molestado en transmitir las recetas de la familia a aquella niña con rasgos demasiado cuadrados y severos. Y, sin embargo, cuando se casó, Pepa se propuso aprender a cocinar. Se dijo a sí misma que bastaría con la misma dedicación que ponía a las tareas que de verdad le interesaban. Y no sólo lo había logrado, sino que destacaba. Su marido, ese miserable que prefería mantener en el olvido, había disfrutado de sus guisos cada uno de los días que duró su unión y ahora ella seguía tratando de salir adelante a base de méritos.

Pepa condujo al inspector Bierzo y a su acompañante a la salita de la televisión. Observó el gesto complacido del policía ante el orden y perfección que reinaban en aquella pequeña sala de suelos brillantes y aroma a limpiador multiusos.

Bierzo había pedido café y Pepa se esmeró en la preparación. Molió el café, lo aromatizó con unas gotas de esencia de vainilla y batió la leche hasta crear una deliciosa espuma que adornó con un corazón para Bierzo y una cabeza de gato para la oficial. Sacó un plato de sus afamadas rosquillas y dejó la bandeja ante sus invitados.

Aunque aquello había sido solo un pretexto, el inspector no pudo evitar saborear el café y lanzarse sobre la rosquilla. Crujiente y dulce, era, tal y como decía Wendy, un bocado perfecto.

—Deliciosa, ¿de qué es? Tiene unos matices distintos...

—Pistachos —dijo Pepa—. Es lo que tenía a mano en ese momento.

—Pistachos, claro, tienen todo el sabor y ese puntito ligeramente salado.

—Le agradecemos el café, señora —dijo Violeta con la esperanza de que aquella alusión centrara un poco a su jefe.

—No es nada, mujer, quiero decir, inspectora.

—Oficial Tap.

Bierzo parecía totalmente absorto en la degustación de su rosquilla como para aclarar los rangos de ambos.

—¿Así que están investigando a Helena Rico? —preguntó la señora Camacho— Ya era hora. Desde luego es de lo más sospechoso que se haya marchado así, justo cuando se rumorea que…

—¿Por qué habríamos de investigarla? —interrumpió Bierzo.

Pepa enrojeció hasta la punta de las orejas.

—Te voy a ser franca, Andrés. Resulta que Dora le contó a Alma que la habías visitado y, cuando me he pasado por la farmacia, me ha dicho que Óliver en realidad fue envenenado.

Bierzo dejó la rosquilla a un lado y dio un sorbo a su café. De nuevo se quedó extasiado por unos segundos. Después abrió mucho los ojos y dejó el platillo sobre la bandeja.

—Sí. Es verdad —admitió—, pero nuestra investigación es rutinaria. Quiero decir que no sospechamos de momento de Helena Rico, sino que estamos hablando con todas las personas

que estuvieron cerca de Óliver los días previos a su muerte.

—¿Cómo que investigación rutinaria? —protestó ella sorprendiendo con su vehemencia a los dos policías— ¡Habrá que atrapar al culpable! Hay una envenenadora por ahí suelta y estamos todos en peligro.

—Bueno, no hay que alarmarse. No tenemos motivos para pensar que, quien quiera que envenenara a Óliver, y no hay modo de demostrar que fue una mujer, pretenda volver a actuar. Todo apunta a motivos personales.

—Por eso estamos hablando con todas las personas de su círculo —remató Violeta.

—Tú eras amiga de Óliver Mas —señaló Bierzo.

Pepa apartó la bandeja del alcance del inspector. Si odiaba algo, eran las encerronas que se escondían bajo una visita de cortesía.

—Todo el mundo en Benimarte sabe que su madre quería que me casara con él porque no iba a darle problemas, ni nietos, ni permitiría que Óliver la dejara sin herencia.

Bierzo se sorprendió por aquella muestra espontánea de sinceridad.

—No tengo nada que ocultar. No hace falta que nos andemos con rodeos.

—¿Y cómo era tu relación con Óliver?

—Teníamos muchas cosas en común. ¿Te parece tan difícil que un hombre se interese por mí, Andrés?

Bierzo palideció. Violeta mantuvo la mirada firme. Pepa también contuvo el gesto hasta que rompió a reír.

—Siempre tan fácil de escandalizar. —Reía con ganas y sus mejillas se llenaron de hoyuelos que no solían encontrar motivos de mostrarse. Se restableció poco a poco—. La verdad es que, además de las razones que te he dicho, Dora quería una mujer que cuidara de su hogar como solo yo sé hacer.

—¿Querrás decir de su hijo?

—Quiero decir de su casa. Dora está enamorada de su casa y su pasado y, si tenía que renunciar a Óliver por alguna mujer, quería una digna custodia.

El inspector encontró lógico el argumento. La morada de Pepa era un ejemplo perfecto de esa pulcritud y orden. Volvió a centrarse en la mujer.

—¿Estabais comprometidos en firme?

—Aunque el deseo de Dora era que su hijo y yo nos casáramos, Óliver no estaba interesado en mí. O al menos dejó de estarlo cuando... —Pepa miró a través de la ventana.

—Cuando apareció Helena.

—Supongo —dijo entornando los ojos—. Los hombres son débiles.

Hubo en silencio en la sala de estar de Pepa Camacho. Un aroma a lirios frescos llegaba desde el jarrón que descansaba en la mesa. El clima, antes banal, había decaído de golpe. Ahora parecía que estuvieran dándole el pésame.

Una pequeña cabeza pelirroja asomó por la puerta en ese momento. Era Tomás.

—Mamá, ¿puedo ir a jugar?

—Pero, ¿qué haces aquí? —la voz de Pepa se tornó aguda y apremiante— ¿Por qué diantres no estás en las clases de repaso?

El chico mostró los dientes en una sonrisa exculpatoria:

—He perdido el bus.

Pepa se levantó como un resorte y lo zarandeó. Era difícil encontrar parecido entre madre e hijo. Tal vez, pensó Bierzo, en el descuido al vestir, que en el niño era mucho más disculpable. El muchacho debía haber sacado parecido con su padre, un hombre al que nunca conocieron en

Benimarte.

—Ya ven lo que tengo que aguantar. Tengo que ir detrás de él y sentarlo en el maldito autobús para quedarme tranquila. No puede cogerlo él solito. —Pepa había abierto la puerta y miraba a la calle—. ¡Está en la esquina! —Regresó y arrastró a su hijo del brazo—. Me voy a llevarlo o lo tendré toda la mañana revoloteando y encima aún dirán que lo descuido. —Se dirigió al niño, que miraba a los invitados como pidiendo un rescate y le dio un empujón—. ¡Venga!, coge la mochila, pero ya.

Violeta y Bierzo se levantaron, conscientes de que la entrevista había terminado. Pepa rebuscó en su bolso, sacó un spray y se roció las manos. Antes de que la mujer se marchara y, mientras esperaban a que Tomás cogiera sus cosas, la oficial preguntó:

—¿Y usted quería casarse con el señor Mas?

—¿Qué? —Pepa miraba ahora con ceño fruncido la funda tapizada de una de las sillas del salón. Comenzó a frotar lo que parecía una mancha.

—No nos ha dicho si a usted le gustaba él. Ha dicho que era más bien la preferida de su madre.

—Hubiéramos podido ser felices —dijo sin dejar de manipular la tela—. Tomasín necesita un padre.

Cuando se separaron de los Camacho, el inspector, se quedó pensativo con la vista puesta en la fachada de la casa de Helena.

—Supongo que para Pepa la batalla por Óliver estaba perdida.

—Parecía bastante serena, pese a todo —observó Violeta—. No se le veía muy disgustada, creo que aceptaba la derrota.

—Hay algo que tiene que saber. —Bierzo continuó andando mientras Violeta lo seguía—. Pepa es viuda.

—Sí. Ya lo sé.

—Su marido murió en un accidente de coche.

Buscó la reacción de la oficial, pera esta no dijo nada. Aquello no le impresionaba.

—Por lo visto, antes de morir —prosiguió Bierzo con un deje dramático que empleaba cuando quería sugerir algo intrigante—, había abandonado a Pepa por otra.

—Sería un escándalo en un pueblo tan pequeño.

—No ocurrió en Benimarte. El marido era forastero y no vivían aquí, sino en otro pueblo más pequeño.

—¿Y entonces cómo saben lo que ocurrió?, ¿lo contó ella?

—¿Qué pregunta es esa? Pues se sabe y ya está. Las noticias vuelan y se propagan. El caso es que, después de eso, Pepa dejó aquel pueblo y regresó aquí con su hijo, que era muy crío por entonces. Nunca habla de ello, aunque todos saben lo que pasó. Simplemente omite ese periodo de su vida y jamás ha vuelto a salir de Benimarte.

—¿Qué fue de esa otra supuesta mujer?

—Al parecer también murió en el accidente. Se dice que era una mujer despampanante.

—Ya veo, se dice pero, en realidad, nadie la vio nunca.

—Ese no es el punto. Le quiero hacer entender que perder a Óliver no hubiera sido la primera derrota para ella.

—¿Quiere decir que odiaría a los hombres más que a las mujeres por ello?

—Hay que encontrar a Helena Rico —decidió el inspector sin contestar la pregunta que, pese a todo, había quedado resonando en su cabeza—. Intente averiguar algo y después tómese el

resto de la tarde libre. Mañana será un día interesante.

Nada más pudo sonsacarle Violeta. Empezaba a entender que al inspector le gustaban los chismes tanto como las sorpresas.

Diecisiete

Carmen estaba harta. Al parecer, todo el pueblo se había puesto de acuerdo para coger aquel virus en el mismo momento. Claro que un resfriado común era mucho más llevadero que ese otro virus tan popular en Benimarte: el chismorreo ocioso.

Y ahí tenía delante a Alma, la ayudante de la farmacia, agarrada a un pañuelo de papel, fingiendo que su dolencia era más grave de lo que la evidencia mostraba.

—Paracetamol y agua —dijo Carmen dejando que su mirada vagara por el despacho.

—Oh —Alma estaba sin duda decepcionada—. ¿Y si no puedo dormir?

—Pues unos vahos mentolados.

—¿Y algo para descansar, de verdad que no podría darme? —insistió.

La doctora dejó el bolígrafo a un lado. Era la quinta persona que le pedía pastillas para dormir esa tarde.

—Es mejor no caer en esa tentación.

Alma la miró con sus ojillos bizcos. Carmen se vio forzada a dar explicaciones.

—Me refiero a que tú no tienes un historial de insomnio y sabes mejor que nadie que, si te habitúas a las benzodiazepinas, puede que luego te cueste dejarlas.

—¿Insinúa que tengo problemas de hábito y dependencia? —parecía escandalizada por la idea.

—Es mi consejo médico —zanjó Carmen.

Si tenía que hacer caso de los chismes de Benimarte, no era la primera vez que Alma protagonizaba un enfrentamiento con Felicia por su afición a servirse de la botica. De cualquier manera, no tenía ni idea de qué hacía allí cuando podía disponer de lo que quisiera con pedírselo a la farmacéutica. Tal vez solo quería averiguar cosas, como todo el mundo. Desde luego, no parecía dispuesta a irse todavía.

—¿Qué tal si tomo valeriana?

A Carmen le costaba mantener la concentración. Miró a través de la ventana. No había luz en el despacho de Andrés.

—Eh, sí, eso no puede hacerte daño.

—Todos estamos preocupados. Cualquiera duerme con una asesina en el pueblo.

La atención de Carmen se centró de golpe. Por supuesto, no era la primera paciente que le sacaba el tema del crimen aquella tarde, pero Alma hablaba de una mujer, lo que era concretar más.

—¿Asesina?

—Sí, la que se cargó a Óliver, pobre. No es que fuera un encanto, pero no merecía ese final, ¿no?

—No era ningún encanto, en efecto.

La doctora había intentado mejorar su diplomacia, pero le era imposible dominar ese arte de no decir lo que pensaba con sinceridad. Al menos de las cosas que no le importaban. Ese era uno de los mayores privilegios, si no el único, de no haber nacido allí.

—Pues Felicia está convencida de que lo hizo una mujer.

—¿Y eso por qué?

—Dice que todo el mundo sabe que las mujeres envenenan y los hombres emplean violencia.

«¡Como si envenenar a alguien no fuera violencia!», pensó Carmen, pero se abstuvo de

decirlo, no quería darle alas a la mujer. Así que era eso lo que había venido a confirmar después de todo.

—También dice que sabe quién lo hizo —siguió Alma.

La doctora se reclinó sobre el asiento.

—Prácticamente todo el pueblo vimos quién lo hizo —dijo, todavía fiel a la versión oficial—. Fue un triste accidente. Irene Valverde lo mató por negligencia de su ayudante.

—Felicia sabe quién lo envenenó. A eso me refiero.

Aquella pantomima era inútil. Por supuesto, todo el mundo conocía ya los detalles la autopsia. Imposible guardar un secreto en aquel pueblo.

—¿Y quién lo envenenó, si puede saberse? —preguntó sin poder contener por más tiempo su exasperación.

—No me lo ha querido decir. Sólo dice que sabe quién lo hizo.

—¿Y no debería contárselo al inspector?

—Precisamente. No quiere hacerlo. Usted sabe que está enfadada con él desde que la puso en ridículo con aquello del robo de los Talens.

Otra vez aquella vieja historia.

—Él no la puso en ridículo. Simplemente, hizo su trabajo y demostró que Felicia había inventado todo al acusar en falso al hijo de los Talens. —Sintió el enfado subiendo por su cuerpo —. Andrés es un hombre íntegro, el inspector de Benimarte, y Felicia se cree... no sé, la jodida Señora Fletcher, solo que con la mitad de su simpatía. Y ahora si me lo permites, tengo que atender a más pacientes.

Alma se levantó del asiento, ofendida por las palabras de la doctora. Solo había una cosa que encontraba más vulgar en una mujer que decir palabrotas: el que bebiera cerveza. Y por lo que sabía, la doctora Giménez también apreciaba esa bebida.

—En efecto, el inspector Bierzo es muy competente —dijo—. Yo lo aprecio mucho. Y esa joven policía que le acompaña, aunque es un poco rara, parece lista. Creo que se llevan muy bien, ya me entiende.

Si las miradas atravesaran, Carmen hubiera dejado a su paciente como un colador.

—No te dejes la receta —dijo, tendiéndole un papel.

—Paracetamol y agua —recitó Alma acercándose a la puerta. No le preocupaba que la doctora solo le prescribiera valerianas para dormir. Podía contar con Felicia. Tenía mucha suerte de tener una jefa tan inteligente, preparada y bien surtida.

Cuando Alma se marchó, Carmen se levantó y le abrió la puerta al siguiente paciente, el señor Mur: artritis y un ligero moqueo: «Paracetamol y agua», se dijo.

La doctora aprovechó que su siguiente paciente dormitaba en la sala de espera para hacer una visita al cuarto de baño. Para ahorrar tiempo, y como solía hacer cuando estaba pasando consulta, acudió al servicio de la misma planta. Cuando abrió la puerta, se topó con la ayudante de Bierzo, que llevaba una larga toalla rodeando su no menos largo cuerpo. La mujer se sorprendió al verla y dio un paso atrás, adoptando una actitud defensiva y marcial.

—Lo siento —dijo Carmen en tono de disculpa—. No me acordaba de que ahora está alojada aquí. Normalmente no tenemos a nadie.

—Estaba aseándome. El calentador de mi habitación no funciona—. Violeta se giró y observó su imagen en el espejo. Hubo unos instantes en los que ninguna de las dos dijo nada. Carmen miró el neceser de su nueva vecina. Le pareció funcional y un poco escaso.

—No me extraña, lo del calentador. Ya le digo que el piso está algo abandonado. Aunque la

señora Díaz viene una vez cada quincena, sigue estando mucho tiempo cerrado.

Violeta estaba de nuevo concentrada en su cuidado personal, frente al espejo.

Carmen entró en el aseo y cerró la puerta. Escuchaba el grifo abierto al otro lado de la puerta. Oyó un zumbido y notó el perfume de un desodorante intenso y fresco.

Cuando salió, Violeta se estaba abotonando la camisa del uniforme. La camisa azul estaba un poco arrugada y la mujer luchaba por alisarla. Los pantalones descansaban junto a la pila.

—¿Vuelve al trabajo? —preguntó Carmen con gran curiosidad por aquella mujer. Necesitaba que le hablara y su silencio tranquilo la turbaba.

—Sí —dijo con parquedad—, siempre se puede aprovechar el tiempo.

—Parece que Andy tiene mucho trabajo.

Violeta no dijo nada. En vez de eso se puso los pantalones, despacio, estirando los pliegues rebeldes.

—No me importa trabajar —dijo finalmente—. Para eso he venido.

La oficial la miraba con sus ojos oscuros. A pesar de no dar mucha conversación, su mirada era franca y amistosa.

Carmen ya estaba junto a la puerta cuando se decidió a probar suerte otra vez.

—Puede ducharse en mi apartamento, si lo necesita.

—Me apaño bastante bien aquí, gracias.

—Tengo secadora de toallas y un centro de planchado que es la envidia del pueblo.

Los ojos de Violeta se iluminaron.

—Eso me vendría muy bien, si no es molestia.

—Al contrario, le agradeceré que dé sentido a la inversión que hizo mi madre creyendo que me casaría algún día.

Violeta sonrió agradecida. La de Carmen, en cambio, era la sonrisa del vencedor.

—¿Qué tal si se pasa a verme alguna noche y tomamos juntas un vino? Es agradable charlar con alguien cuando acaba la jornada.

—Claro —dijo Violeta—. Me pasaré. Eso si el inspector Bierzo no me requiere para otra cosa. Sus órdenes son prioritarias.

—Por supuesto —dijo Carmen—. Andrés es lo primero.

Dieciocho

El inspector había insistido en recogerla a la puerta de la residencia a pesar de que solo la separaban cien metros de la comisaría. Y allí estaba, puntual. Había lavado el coche, que brillaba como una piedra preciosa. Bierzo bajó del automóvil y le abrió la puerta, más por reflejo que por necesidad. Estaba claro que la oficial Tap despreciaba esos absurdos detalles.

—¿Le gusta el deporte, Tap?

—La verdad es que no.

—Oh. Había supuesto...

—¿Qué?, ¿que hacía lucha libre? —Bierzo se quedó blanco, pero Violeta se rio—. No pasa nada. No me gusta el deporte, salvo el que practico por necesidad, ¿por qué lo dice?

El inspector se abstuvo de seguir indagando. No podía evitar imaginársela levantando pesas.

—Vamos a la inauguración del nuevo polideportivo de Benimarte.

Dejaron atrás las últimas viviendas adosadas del pueblo y continuaron por una estrecha carretera recientemente pavimentada y flanqueada por árboles podados. El paisaje inspiraba calma, pero el cielo gris amenazaba tormenta. Aquel entorno tan cotidiano y apacible era la inspiración de Aurora Mist. Violeta se emocionó al pesar que entre esas vistas, Mist había concebido el mundo de Xentral, la saga de novelas que había marcado su vida.

—¿Va a ir mucha gente a la inauguración? —preguntó.

—Estarán casi todos, por eso vamos. Aunque me interesa una persona en particular.

Violeta no le dio pie al inspector. No era una mujer curiosa. Aceptaba la información que le daban y no entraba en juegos de adivinanzas fácilmente. Su cabeza estaba calculando las posibilidades de encontrarse con Aurora Mist. ¿Qué haría?, ¿qué le diría? Pedir un autógrafo sería algo demasiado torpe.

Bierzo estacionó el coche en el novísimo aparcamiento del polideportivo. Varios autos ocupaban las plazas de líneas recién pintadas. Había empezado a chispear.

—Ha quedado muy bonito —opinó Bierzo admirando el edificio principal: una nave de ladrillo rojo y paredes acristaladas. Le gustó la entrada, animada por un coqueto jardín.

—Supongo que pagan muchos impuestos —dijo Violeta.

Unos niños hacían piruetas en el césped. Bierzo pasó por su lado, evitándolos con un pequeño salto. Cuando los pequeños vieron a Tap se quedaron quietos como si hubieran visto a una gigante de cuento.

El vestíbulo del centro estaba impoluto, con los suelos brillantes y las paredes blancas, sin una rozadura. Jóvenes con ropa deportiva y bolsas enormes esperaban, charlando entre ellos. Un tablón anunciaba con letras vistosas las nuevas actividades, disponibles a partir de septiembre. El vestíbulo se abría a varias salas. Bierzo pudo ver que en la sala central habían dispuesto una larga mesa con comida. Identificó a lo lejos a Pepa Camacho llenando unas bandejas mientras charlaba con otras mujeres voluntarias.

—¿A dónde vamos? —preguntó Violeta.

Bierzo empujó una puerta con determinación.

—Creo que nos toca kárate —dijo mirando a los chavalines que desfilaban sobre el tatami.

Bierzo se adentró en la sala y se colocó entre las madres que hacían fotos a los pequeños en sus exhibiciones. No había rastro de representación institucional allí.

Violeta miraba a cada nueva mujer que entraba en la sala. No podía evitar pensar en Aurora

Mist. Trató de centrar sus pensamientos en su labor. Estaba de servicio también en su cabeza.

Se escuchó un murmullo generalizado en el pasillo central. Bierzo le hizo un gesto.

—Hora de los discursos —dijo—. Vamos.

Salieron al pasillo y se unieron a la multitud que esperaba congregada frente a la puerta de la sala principal, esperando la señal de entrar. No faltaba nadie.

Pepa los saludó desde la distancia con la mano. Cerca de ella, Felicia y Alma cuchicheaban agarradas del brazo. La señora Díaz también estaba por allí con una de sus chaquetas de lana.

—¿Ve a ese hombre de allí que está hablando con Wendy, la dueña del Peter Pan? —Bierzo señaló a un joven moreno muy atractivo que vestía vaqueros y una camiseta del equipo de atletismo local. Wendy se estaba tocando el pelo con coquetería—. Ese es nuestro párroco, el padre Carmelo. ¿Qué le parece?

—Parece un actor de cine o un atleta profesional —dijo Violeta—. Hacen buena pareja.

—¿Verdad que sí?, quiero decir, ¡es el cura, por Dios!

—¿Cree que vendrá también Aurora Mist? —se atrevió a preguntar.

—¿Quién?

—La escritora.

—Descártelo. Esa mujer no se junta con el resto de mortales.

—¿Y eso por qué?

—¿Y yo qué sé? Jamás he cruzado una palabra con ella.

Algo se desinfló en el pecho de Violeta. Una ilusión truncada. ¿De verdad era tan inaccesible?

En ese momento, la gente avanzó y pudieron entrar al recinto. En medio de la flamante pista de baloncesto había un pedestal montado con un micrófono y un cartel de grandes dimensiones en el que se leía: «Benimarte: Hacemos pueblo». A un lado de la pista, la cinta de la inauguración esperaba a ser cortada, tensa entre dos pilones bajos.

La gente estaba preparada y la megafonía acabó de pedirles que se colocaran para el acto sin formar atascos. Felicia y Alma seguían cuchicheando.

Un hombre fornido, un poco bajito quizás, pero que transmitía una enorme vitalidad al andar, cruzó la pista dando ágiles pasos. Era muy moreno, con el pelo un poco pobre, pero muy bien cortado. Los ojos eran vivos y astutos y los labios muy finos. Vestía una americana azul cielo demasiado ajustada y unos pantalones de corte informal.

—Ahí tiene a nuestro alcalde, Vicente Ros —explicó Bierzo.

Violeta centró aún más su atención en el hombre. Estaba claro que se sentía cómodo ante su auditorio.

—Vecinos, buenas tardes a todos y a todas, gracias por venir, ¿se me oye? —preguntó Ros probando el micro—. Fantástico. Hoy es un día muy especial para Benimarte. Inauguramos un proyecto por el que hemos luchado durante cuatro años.

Se escucharon vítores entre los presentes. Bierzo informó a Violeta de que el polideportivo era una instalación que también iban a disfrutar dos pueblos vecinos y que el empeño de Ros había conseguido que el gobierno central lo construyera finalmente en terreno de Benimarte.

—Aunque supongo que no hay wifi —opinó Violeta.

—Aquí se viene a hacer deporte, Tap. No sea quisquillosa.

Era evidente que Bierzo sentía orgullo por el crecimiento del pueblo, así que Violeta no insistió.

Ros continuó con un discurso lleno de vigor en el que glosaba los beneficios que el polideportivo traería a Benimarte: juventud sana, calidad de vida y sobre todo: lazos comunales.

Porque nada mejor que el deporte para transmitir la unión y la fuerza del asociacionismo.

—Hemos pasado unos días malos. —El alcalde miró a Bierzo y le dedicó un gesto—. Pero nuestra policía trabaja duro para devolvernos la seguridad y juntos conseguiremos restablecer la paz que siempre caracterizó a nuestro hermoso pueblo. Ahora, disfrutad de este pabellón, que es vuestro. Pasad a ver todas las exhibiciones y tomaos algo, aprovechad para hablar y socializar La asociación de amas de casa nos ha preparado un tentempié delicioso. Eso sí, antes de iros, rellenad los formularios para inscribiros en las actividades que os gusten más. Tenemos una oferta variada y a precios casi simbólicos. Y a continuación, procederemos a cortar la cinta que inaugura formalmente estas instalaciones.

Bierzo se quedó admirando los nuevos marcadores digitales de la pista. Aquellas eran unas instalaciones de primera categoría, no era de extrañar la popularidad del alcalde. De pronto sintió el codo de Tap rozándole una costilla.

—Inspector, mire quién ha vuelto.

Alzó la mirada. Helena Rico estaba junto a la puerta, a unos pasos de distancia del estrado. Llevaba unas enormes tijeras en las manos. Las tijeras, comprendió al instante el inspector, con las que se iba a cortar la cinta.

—Qué imagen más turbadora, ¿no le parece?

—No sé —dijo Violeta metiendo las manos en sus bolsillos y observando a la secretaria del alcalde—. Yo solo veo una mujer con unas tijeras.

Cuando el alcalde cortó la cinta y los flashes de las fotos alcanzaron su clímax, Bierzo y Violeta volvieron a la sala del ágape.

—Aquí es donde se observa a la gente, Tap, en las reuniones sociales.

Eso pensaba pasando revista a todos. Pepa Camacho se afanaba para que cada detalle estuviera perfecto. Pero, ojalá, se dijo él, hubiera puesto el mismo esmero en elegir vestuario. O ¿es que esa falda contra la que su cuerpo peleaba y esas chillonas zapatillas con cordones eran necesarias?

El alcalde entró en la sala con aire campechano. Sonreía a todo el mundo. Les daba golpecitos en la espalda, tocaba la mejilla de los niños. Se daba un baño de multitudes. Tras él, Helena caminaba con aire ausente sujetando una voluminosa agenda de cuero negro.

«Es como llevar un ángel de escolta», pensó Bierzo.

A ninguno de los dos se les pasó por alto la mirada de Pepa, que estaba cortando una empanada. Se quedó quieta, con el cuchillo a medio recorrido, miró de arriba a abajo a Helena y después siguió cortando. Violeta se fijó en los músculos de sus bíceps. El ejercicio casero obraba milagros.

—Es una mujer realmente notable, ¿no cree? —dijo Bierzo llamando su atención de nuevo sobre Helena— Puede que la más hermosa del pueblo y la mejor vestida, sin duda. Fíjese, sencillo pero muy elegante. Cómo se nota que fue modelo.

—Yo creo que va sedada —dijo Violeta, para quien la moda era un mundo totalmente misterioso.

—¿Por qué lo dice?, ¿ha oído algún rumor? No debe hacer caso de las habladurías —Bierzo había cogido un vaso de naranjada y un trozo de torta de tomate.

—Me recuerda a mi prima Hilda, que siempre iba hasta arriba de pastillas. Tiene la misma mirada. ¿No deberíamos hablar con ella?

—Tenía previsto hablar con Ros, pero, ya que se han dado así las cosas, vamos a dividirnos. Temo que, de lo contrario, él quiera protegerla. Nuestro alcalde es un hombre un poco dominante

y Helena es su secretaria personal. Podría coartarla con su sola presencia. Así que usted hablará con el alcalde y yo me encargaré de Helena. ¿Se ve preparada?

—¿Qué debo preguntarle, inspector?

—Sondee y averigüe qué hacía la tarde de la muerte de Óliver. —Miró su reloj—. Nos veremos en treinta minutos en la puerta, junto al coche. Suerte.

Bierzo se ajustó la chaqueta de lino beige y zigzagueó entre la gente. El alcalde se encontraba ahora rodeado por un grupo de mujeres, que lucían el mismo peinado y requerían su atención. Helena estaba unos pasos atrás, observando sin participar. Era el momento propicio.

—Señora Rico, ¿tendría un momento para mí? —solicitó Bierzo.

—Inspector, claro —pareció volver en sí lentamente—, aunque, si tiene dudas sobre el presupuesto de las instalaciones, el alcalde podría resolvérselas mejor.

Bierzo se tomó la libertad de tocarle el brazo levemente.

—No se trata de eso. ¿Cree que podría acompañarme? Hay mucho ruido aquí.

Helena lo siguió mansamente. Bierzo podía sentir el perfume fresco de la mujer. Era cierto que su mirada había languidecido, pero sus ojos continuaban siendo fascinantes, de un azul petróleo que le conferían una mirada tan hermosa como intensa.

Diecinueve

Como era de esperar, el alcalde Ros salió al encuentro de Bierzo, pero Violeta lo interceptó y llamó su atención con su sola presencia. Que una mujer de casi metro noventa, uniformada de policía se dirigiera a ti, era de lo más llamativo. Más incluso para una autoridad como el alcalde, en pleno acto de inauguración.

Mientras el alcalde se las tenía con Violeta, el inspector y Helena salieron a un pequeño patio ajardinado situado detrás de las oficinas de gerencia.

—El alcalde ha hecho un trabajo estupendo —comentó el inspector con sinceridad—, supongo que también tiene usted parte del mérito, como asistente.

—Yo no he hecho nada —dijo Helena mansamente. Se cubrió los ojos con unas gafas de sol para decepción del policía.

Bierzo estudió sus opciones. Seguramente era mejor ir al grano de la cuestión. Aunque ella le agradaba, nunca habían intimado tanto como para suponer que a la mujer le parecería normal o amistosa esa charla tan banal.

—Tendrá que perdonar que la aparte de sus obligaciones —dijo—, pero necesitaba hablar con usted a solas.

—Supongo que se trata de lo de Óliver. Sé que está investigando lo que pasó. Creo que es normal.

Bierzo se sintió aliviado. Le costaba justificarse en sus interrogatorios. Aquellos eran sus vecinos y no siempre eran tan comprensivos.

—Usted fue con Óliver al teatro la tarde que murió.

—Me han dicho que lo envenenaron. Lo sabe todo el pueblo.

—¿Recuerda usted con claridad lo que sucedió aquel día? Nos sería de mucha utilidad.

—¿Soy sospechosa?, ¿no creerán que yo...?

—Óliver fue a recogerla a eso de las seis de la tarde, ¿es así?

—Hoy no tengo la cabeza muy clara inspector. Sufro de migrañas.

—Lo siento, señora Rico, pero es importante. Cuénteme lo que pueda.

—Sí, veamos… Vino a por mí a las seis y media. La función comenzaba a las siete.

—Un poco apurado, ¿no?

Helena apretó los labios, sacó de su bolso un botellín de agua y bebió con tragos cortitos y suspiros apenas audibles.

—¿Quién se quedó con su hijo?

—Wendy. Es una chica estupenda. Le comenté que necesitaba una canguro y se ofreció, aunque eso supusiera perderse el espectáculo.

—¿Fueron directamente al teatro?

—Sí. Para eso quedamos, para ir al teatro. Nada más.

—Continúe.

—¿Qué quiere que le diga? Si le soy sincera, yo no tenía ganas de ir. Sé que no está bien hablar mal de alguien que ha muerto, pero Óliver me disgustaba.

No era de extrañar, por lo que conocía al difunto. Bierzo asintió, tratando de animarla a proseguir. Era una tarea de perseverancia.

—No sé por qué no me negué. Supongo que insistió tanto que acabé por ceder, pero no estaba a gusto con él. Era insoportable y arrogante Y además, no le caía bien mi hijo.

—¿Se lo dijo a usted?

—Discutimos de camino al teatro.

—¿Qué pasó?

—Él estaba muy animado, demasiado. Empezó a hablar más de la cuenta y a decirme impertinencias.

—¿Qué impertinencias?

—Me dijo que era una lástima que yo tuviera un hijo...

—Lamentable comentario.

—Me dijo que era una lástima que hubiera estado casada. Que me hubiera entregado a otro hombre, que le privaba del placer de... —Helena Rico se frotó la frente—. Me pareció grosero y quise irme. Entendí que había sido un error acceder a la cita. Me convenció para que me quedara y, como ya estábamos en la puerta, lo acepté, pero no le hablé durante el resto de la función. Estaba decidida a no verlo jamás.

—Y así fue —dijo el inspector con gravedad no intencionada—. Dígame, ¿se comportó él de manera extraña durante el espectáculo?

—Al principio seguía en ese tono que él consideraba gracioso, intentaba congraciarse conmigo. Después se puso serio, o debió comprender que no tenía nada que hacer.

—¿Cuándo se puso serio?

—Durante el número de videncia, más o menos. Lo sé porque agradecí que se callara.

—¿En qué consistía el número?

—La señora Valverde hacía preguntas al público, adivinaba cosas y contaba historias de su vida. Fue muy interesante.

—¿Cuándo fue eso?

—Justo antes de los cuchillos. Óliver se levantó, me dijo que iba al baño y salió un momento. Parecía un poco aturdido.

Bierzo apuntó en su libreta.

—Después regresó, cuando el número final estaba empezando. Irene Valverde pidió un voluntario y ya sabe el resto. Él estaba de pie y fue muy oportuno que saliera al escenario, casi inevitable.

—¿Habló Óliver con alguien en el teatro, que usted recuerde?

—Antes de la función saludó a mucha gente, pero no recuerdo nada fuera de lo normal.

—Entiendo.

—Debería volver con el alcalde. Se estará preguntando dónde estoy.

—Hay algo más que necesito saber.

Helena se quitó las gafas de sol y dejó ver sus ojos de nuevo, esta vez más apagados.

—Ayer, después de visitar el domicilio de la víctima —prosiguió el inspector—, fuimos a verla a usted. El caso es que su vecina, Pepa, nos dijo que usted había salido muy temprano con su hijo y las maletas. Su impresión fue que no iba a regresar.

Las pupilas de Helena Rico se dilataron perceptiblemente, como cuando un animal se siente acorralado.

—Pepa es una fisgona. No es de su incumbencia a dónde fui y a la vista está que he vuelto.

—Entiendo cómo se siente. Benimarte es un pueblo pequeño y parece que uno tenga que estar siempre dando explicaciones.

—¿Y no es así? —preguntó ella con toda la intención.

—Sí. Pero solo a mí y solo porque soy policía. Escuche, Helena, no nos conocemos mucho, pero le puedo asegurar que lo que me cuente ahora, salvo si viene al caso de la investigación, y

entonces estaría tan solo cumpliendo mi deber, será confidencial. Confíe en mí.

—Está bien —cedió ella—. Fui a ver a mi terapeuta.

—¿Terapeuta?

—A mi psiquiatra. Voy a un médico de la capital. Desde que murió Juan. No lo sabe nadie aquí.

—¿Y fue con las maletas?

—Sentí el impulso de huir de Benimarte. Verá, inspector, la muerte de Óliver me ha impresionado mucho. Es cierto que no era un hombre que yo apreciara, y que incluso a veces su comportamiento era odioso, pero todo esto me trajo a la memoria lo que pasó con Juan. Me refiero a lo súbito que fue perderlo, de un infarto. De la noche a la mañana me vi sola. Creía que estaba superándolo. Vivir en Benimarte no ha sido fácil desde que él no está y pensaba que lo estaba logrando. Tengo un trabajo y mi hijo está bien. Pero de pronto, el otro día, a medianoche, el terror volvió a alcanzarme. Regresó el miedo de estar sola en un pueblo en el que me desprecian y con todos esos pensamientos de desesperación. Por eso fui a ver a mi psiquiatra. Solo quería escapar de aquí.

—¿Y qué le hizo regresar?

—Hablé con mi médico y me tranquilizó. Me hizo ver que, aunque tenga días difíciles, estoy creando lazos aquí. También hablé con Vicente, con el alcalde. Fue una ayuda. Por eso he vuelto.

—¿Su psiquiatra le receta pastillas?

—Me dio unos tranquilizantes al verme tan alterada.

—¿Y antes de eso?

—Al principio fue necesario, cuando lo de Juan, pero llevaba más de un año sin tomar nada. Esta semana volveré a la normalidad. El doctor dice que no he de alarmarme por este episodio de ansiedad.

—Claro, señora Rico. Estoy seguro de que todo se arreglará.

—¿Cree de verdad que alguien lo mató a propósito?, es decir, ¿no pudo ser un accidente?

—No lo creo, pero todo se acabará esclareciendo. Y ahora vámonos antes de que Felicia nos vea aquí hablando.

Cuando salieron de nuevo al vestíbulo principal, el alcalde estaba posando para la prensa de la mancomunidad. Se le veía fuerte junto a la portería de balonmano fingiendo que lanzaba un penalti. Bierzo buscó con la mirada a Violeta y la localizó junto a los fotógrafos. Al ver al inspector, se acercó y salieron juntos al aparcamiento.

—Imagino que no ha querido hablar con usted —se adelantó Bierzo—. No se lo tome a mal. Ros siempre está muy ocupado y hoy querrá lucirse. Tendría que haberlo previsto. Hay que ser muy persistente con él. No se preocupe, yo me encargaré.

—Hemos hablado, inspector. Me ha atendido sin problemas.

—¿Ah, sí? ¿Y qué le ha contado?

—Ha reconocido que Óliver Mas era un rival político. Pero cree que no tenía opciones reales.

—¿Por qué no?

Violeta echó un vistazo a su libreta de bolsillo y leyó en voz alta.

—«Óliver no tenía muchos amigos. Yo tengo mis defectos, no insinúo que sea un santo, pero soy un buen vecino. Soy un hombre popular y apreciado».

—¿Ha copiado las declaraciones de Vicente Ros, palabra por palabra?

—Sé algo de taquigrafía.

—¿Le importaría pasarme las notas?

—Claro.

—¿Ha dicho algo más destacable?

—No estuvo en la función esa tarde.

—¿Dónde dice que estaba?

—Se quedó en casa preparando una reunión relacionada con el polideportivo.

—Y nadie puede corroborarlo porque es soltero.

—Exacto.

—¿Y le ha creído?

—Supongo que no puede culpársele de querer trabajar en su tiempo libre, aunque me ha dado la impresión de que no quiso ir solo al teatro.

—¿Qué quiere usted decir?

—Creo que Óliver Mas no solo era un adversario político para el alcalde Ros.

—La hermosa Helena —dijo Bierzo con un aire romántico, aprobando la sagacidad de su ayudante—. Ha sido un rato aprovechado después de todo, ¿no cree?

Tap se mostró de acuerdo.

Los dos policías subieron al coche y dejaron atrás el recién inaugurado polideportivo y su fiesta de ponche y globos.

Veinte

Carmen escuchó un leve golpe de nudillos en la puerta. Sutil, muy sutil. Dejó el tratado de anatomía a un lado, se levantó de la butaca y echó un vistazo por la mirilla. Era la oficial Tap. Había olvidado la cita por completo.

Abrió la puerta y Tap levantó una botella a modo de saludo:

—Me la ha tenido que prestar el inspector. Es difícil comprar por aquí.

—¿No conoce la tienda de comestibles Buen gusto? —dijo la doctora aceptando la botella.

—Tengo que aprenderme los horarios del pueblo. No me acostumbro a que cierren tan pronto. —Tap entró en el piso y echó un vistazo rápido y analítico al espacio por pura deformación profesional.

El gran danés Holmes descansaba sobre el suelo con la cabeza erguida, supervisando la escena de las dos mujeres. Carmen dejó la botella tumbada sobre una mesita.

—Hola, Holmes, buenas noches —dijo Violeta—. Siento no haberte traído alguna chuchería.

—No se preocupe —dijo la doctora—. Me cuesta mantenerlo en línea. Creo que sólo hay algo peor que la obesidad humana: la obesidad canina. Los hace parecer grotescos y nos pone en evidencia a los verdaderos culpables. —Después, un aire dulce le animó el gesto. Cruzó el salón y rascó la cabeza del aludido—. Y yo quiero que mi chiquitín, el Apolo canino y el más bello ser, esté sano y se haga viejecito conmigo, ¿verdad?

Violeta no dijo nada. No le gustaba juzgar a la gente o a los animales por su peso o tamaño. Eso hubiera sido ser desleal con ella misma. Al menos, el perro permitía que la ternura de su dueña se expresara.

El piso de la doctora era muy acogedor. La distribución recordaba a su habitación. Más allá de eso, había algo en común entre los espacios, difícil de definir. Tal vez la cualidad de la luz artificial, no demasiado potente, que confería a ambas estancias una penumbra similar. Como fuera, se sentía bien allí. Quizá era efecto del suelo ajedrezado y el papel pintado. O del tono caoba de los muebles y la tapicería verde musgo. Quizá solo era la afabilidad de la doctora. Los libros de medicina y botánica le hicieron pensar en el estudio de algún naturalista del siglo pasado.

—¿Qué le parece mi pisito? —preguntó Carmen respondiendo a su interés— Es pequeño, pero suficiente para una soltera y su perro. Desde luego, mucho más confortable que su celda. Mire, mire. —Le hizo un gesto y salió por el pasillo. La condujo hasta un amplio cuarto de baño —. Esto es lo mejor de todo.

Carmen señaló una imponente bañera de hidromasaje. Violeta alzó las cejas y lanzó un silbido. Frascos de colores transportaban la mente a viajes espumosos.

—Por supuesto, está usted invitada a usar mi centro de relajación. Yo no podría ducharme en esa caja de cerillas que le ha tocado sufrir. También tengo una estupenda cocina. Venga por aquí.

Violeta siguió a Carmen a la habitación contigua. Entró.

—Y tengo robot de cocina. La última tecnología.

Violeta recordó que en aquel pueblo no había Internet.

—¿No me diga que también tiene Blu-ray en el salón?

—Por supuesto. ¿En qué quiere que me gaste el sueldo si no?

—¿Y el alcalde aprueba tanta modernidad?

—Oh, eso —Carmen hizo una mueca—. Le aseguro que voy a seguir enviando protestas. Una

cosa es que yo me encierre en este pueblo rancio de por vida. Y otra es que nos quiera mantener a todos en la edad de las cavernas.

—El inspector dice que el alcalde pretende impulsar las relaciones personales.

—Tonterías. La mitad del pueblo odia a la otra mitad, como en todas partes. Acabaremos volviéndonos locos y solucionando nuestros problemas a pedradas. —Carmen se quedó pensativa mientras alineaba su máquina de cocinar junto a unos libros de recetas aún sin abrir—. O debería decir… con veneno.

Violeta aguantó la dejada de la médico con estoicismo. Debía evitar hablar del caso. Aunque la médico forense no era cualquier persona y eso la hacía dudar.

—Pero, quiero enseñarle lo mejor de esta casa —dijo Carmen renunciando al tema del momento—. Lo que la convencerá definitivamente de visitarme más a menudo.

La doctora avanzó precediendo a la oficial a través un pasillo apenas iluminado. Subieron unas escaleras de obra de peldaños robustos y anchos y salieron por una puertaventana de color blanco. Allí estaba el tesoro: un bonito patio con techo cubierto, abierto al corazón de Benimarte.

Dos tumbonas estaban rodeadas de fragantes plantas con delicadas flores de colores. Unos farolillos de papel colgaban de la pared y una especie de pipa de agua reposaba en un rincón, junto a una pila de libros. Violeta echó un vistazo a los títulos. Ninguno era de Aurora Mist.

—Este es nuestro sitio favorito —dijo Carmen—. El de Holmes y el mío.

—Es muy bonito —dijo Violeta. Sin esperar más comentarios se acercó a la baranda de piedra que ofrecía unas vistas preciosas.

Aun de noche y en la quietud, o precisamente por eso mismo, la estampa hipnotizaba. Desde allí arriba el mirador de la doctora Giménez se elevaba por encima de las casas de dos alturas de la calle principal. Y permitía divisar la comisaría, con las luces aún encendidas; la tetería Peter Pan en la esquina y una casa muy ostentosa y moderna justo al lado.

—Es la casita de nuestro querido alcalde. Le gusta vivir en el centro del pueblo.

Los ojos de Violeta se vieron atraídos por la cúpula de la Iglesia, que resaltaba en azul añil por detrás.

—La iglesia —dijo Carmen acercándose—, un lugar muy frecuentado en Benimarte. Más allá, está la plaza, con el ayuntamiento y la farmacia de la bruja de Felicia. Ah, y al fondo, la casa de la madre de Óliver. Ya ve que tenemos de todo en nuestra pequeña comunidad. Y como le aconsejé, puede comprar revistas y comestibles en Buen gusto, un sitio delicioso. Por cierto, eso me recuerda algo.

La doctora dio un fuerte silbido que la sobresaltó.

—No se alarme —la tranquilizó—. No me he vuelto loca. Estoy avisando a Holmes, por si quiere unirse al piscolabis.

Aún dio dos silbidos más agudos. Violeta abandonó la contemplación de las vistas y se sentó en una de las tumbonas. Le parecía una operación de riesgo, dado que era bastante estrecha, pero comprobó que, por suerte, también firme. La doctora Giménez se había quitado los zapatos y entornaba los ojos mirando al infinito. A Violeta le preocupaba manchar la tumbona de su anfitriona con los zapatos, pero no había manera de reposar allí sin reclinarse y no se sentía tan en confianza como para descalzarse.

De pronto se oyeron unas pisadas ligeras y el bueno de Holmes asomó por la puerta. Llevaba una botella agarrada por la boca y se la acercó a su dueña moviendo la cola alegremente. Carmen se incorporó y cogió el botín.

—Un Rioja, ¡qué buena elección! Nuestro inspector Bierzo tiene buen paladar. Gracias, pequeño. —Dio unas palmadas cariñosas en la cabeza de Holmes y sacó de su bolsillo una

barrita marrón que el perro engulló en un santiamén. Violeta abrió los ojos con asombro, no tanto por la velocidad del can para devorar recompensas como por sus dotes de mensajero. Carmen se ausentó y regresó con dos copas—. En mis ratos libres, ensayo trucos con Holmes. Le enseñé a traer una zapatilla y luego pensé que esto era mucho más útil. Espero que me acepte una copa, oficial.

—Llámame Violeta y sí, te la acepto. Ahora no estoy de servicio.

Carmen descorchó la botella y llenó las copas.

—Bonito nombre el tuyo —dijo aceptando el tuteo y sentándose a su lado—. Así que, dime, ¿te gusta nuestro pueblo?

—Está bien —valoró Violeta sin comprometerse demasiado—. Es tranquilo.

—¿A pesar de los asesinatos?

—Que yo sepa, solo se ha cometido uno.

—Sí, es verdad, hablaba a la ligera, pero no temas, no voy a preguntarte. Sé lo que es el secreto profesional y me irrita como a la que más que traten de sonsacarme.

Hubo un silencio en el que pareció que cualquier otra conversación sería demasiado impostada.

Holmes aulló. La temperatura era agradable y el vino, afrutado.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dijo Violeta.

—Adelante.

—¿Qué haces en Benimarte?

—Soy la médico del pueblo y me va bastante bien.

—¿No preferirías ejercer en la capital?

Los ojos de Carmen brillaron en la penumbra.

—Así que quieres saber qué me retiene aquí. ¿Es eso?

—Puede que no sea asunto mío.

Carmen aguardó en silencio y Violeta respetó ese momento. Estaba a gusto con la doctora, que parecía haber aceptado su destino.

—Tienes aspecto de ser una mujer inteligente, Violeta —dijo—, así que creo que es inútil que finja más. Estoy aquí por él.

—Por el inspector Bierzo.

—Por Andrés, sí.

—¿Él no te corresponde? —Le parecía imposible de entender. La doctora era una mujer muy atractiva, competente e independiente, o eso había pensado hasta entonces.

—Sí, Andy y yo… Cuando llegué aquí por vez primera, hace ocho años, pensé que estaba de paso. Había viajado mucho y necesitaba algo de tranquilidad. Estar aquí era pintoresco. Entonces conocí a Bierzo. Era sensible, idealista, me fascinaba su reserva. Él vive absorto por su trabajo, le cuesta entregarse. Para mí era un reto.

—¿Y sigues esperando a que dé el paso?

—Oh, ese paso ya lo dimos. No es tan ingenuo como parece, de hecho es bastante ardiente.

Violeta había enrojecido. Hablar así de su jefe era demasiado.

—Al principio me bastaba con eso. Descubrí la felicidad. Él me quería, o eso me parecía. Pero pronto supe que, en realidad, yo solo era su amante, por así decirlo.

—¿Estaba comprometido con otra?

La doctora lanzó una risita irónica.

—Peor. Estaba comprometido con este pueblo. —Se levantó. Sacó un mechero de su bolsillo —. ¿Sabes lo que es ser el segundo plato sin que haya otra persona? ¿Tener envidia de algo

como este maldito pueblo? Yo no puedo ocupar sus pensamientos, ni sus ilusiones, no puedo llegar a él. Y sin embargo…

—Tampoco puedes escapar de aquí.

Carmen suspiró y acarició la cabeza del bueno de Holmes.

—Créeme que lo intenté —dijo—. Estuve fuera un tiempo, todo un año en el que traté de olvidarlo y empezar de cero, pero me di cuenta de que era imposible. Por desgracia, adoro la vulnerabilidad que esconden sus ojos de poeta, su nariz llena de carácter, las ondas de su pelo cuando se despeina y su sonrisa las raras veces que se relaja. Ya lo ves, estoy enamorada.

—Así que por eso me has invitado, para saber si soy una amenaza.

—¿Y lo eres?

Violeta meditó su respuesta, pero decidió ser tan franca como ella:

—Solo puedo decirte que, de los dos, tú me pareces la más atractiva.

—¿En serio? —La doctora enrojeció y se levantó de un salto—. ¿Yo?…, ¿así que… tú…?

—No hace falta que te alejes, no es contagioso.

Carmen regresó deprisa y le tocó la mano en señal de disculpa.

—Perdona, por supuesto que no. Solo hago tonterías cuando me pongo nerviosa, pero es porque yo pensaba que él, que tú… Ese hombre me trastorna, de verdad, hago muchas estupideces por su culpa. Es ridículo lo que hacemos algunas por amor, ¿verdad?

—Muy ridículo.

—Mírame, aquí estoy temblando como una colegiala cada vez que él tiene compañía femenina.

—El inspector no parece de esa clase de hombres.

—Lo sé, lo sé, pero es que no soportaría que me lo quitaran en mis propias narices. Llevo mucho tiempo esperando a que se decida, como bien has dicho. Cuando supe que era inútil alejarme, me dije que me conformaría con lo que él me diera. Por poco que fuera, era mejor que nada. Pedí mi traslado oficial a Benimarte y regresé con todas las consecuencias. De eso hace ya seis años.

—Entonces, ¿estás conforme con la situación?

Carmen le dio la espalda:

—Eso pensaba, pero tengo 38 años, Violeta. Algo se está muriendo dentro de mí. Supongo que pronto tendré que tomar una decisión definitiva.

—Quizá esperar no te está funcionando —dijo Violeta levantándose de la tumbona. A pesar de que ella hacía las preguntas se sentía como si fuera el paciente y la doctora, su psiquiatra. Aquel pensamiento le trajo amargos recuerdos de vulnerabilidad e incomprensión.

La doctora aún parecía sumida en sus últimas palabras y tardó en reaccionar:

—¿Te marchas ya?, ¿tanto te aburro?

—Ha sido muy agradable, pero he de irme. Mañana seguiremos muy temprano con la investigación y hay que descansar.

—Claro —dijo la doctora. Acompañó a Violeta hasta la puerta de entrada—. Por cierto, no pensaba que fuera muy importante, porque este es un pueblo de chismosos, pero creo que deberíais interrogar a Felicia, la farmacéutica. Me han dicho que está convencida de saber quién es el asesino, claro que yo no daría ningún crédito.

—¿Lo sabe el inspector?

—No. Acabo de caer en ello.

—Está bien, gracias por la información. Iremos mañana mismo.

Ya estaba en la entrada recogiendo su chaqueta cuando la doctora le tocó el brazo.

—¿Puedo pedirte un último favor?

Violeta asintió.

—Vuelve de vez en cuando, a tomar una copa. No te importunaré mucho, lo prometo. Ha sido un alivio hablar con alguien que no sea de Benimarte y Holmes está harto de escucharme.

—Por supuesto que lo haré —dijo Violeta con sinceridad.

Pese a su aceptación, parecía que la doctora Giménez se resistía a quedarse sola con su desconcierto.

—¿Qué haces cuándo te sientes desesperada, Violeta? —preguntó.

La oficial abrió la puerta.

—Leer —dijo—. Tenéis por aquí a una autora estupenda.

Veintiuno

Al día siguiente, Benimarte amaneció en calma y el inspector Bierzo empezó a fantasear con haberse despertado de un mal sueño. La calle principal estaba tranquila, solo el pequeño de Pepa Camacho, que avanzaba calle abajo con su bicicleta, rompía el estatismo. La luz reflejada en las hojas de los árboles producía el efecto de perlas titilantes. Aquella belleza por corromper le hizo estremecerse. Le recordó al momento en el que todo se resquebraja; ese en el que uno descubre que, pese a la placidez aparente, está en medio de una pesadilla.

No podía ponerse melancólico: había mucho trabajo que hacer. Un asesino andaba suelto en Benimarte y eso exigía acciones inmediatas.

La oficial Tap entró por la puerta y Bierzo no le permitió ni sentarse:

—Vámonos. Hay que encontrar ese dichoso paquete de rosquillas.

—Creo que deberíamos hablar con Felicia. Al parecer, afirma saber algo del asesino.

—Oh, pero eso es típico de Felicia. Le gusta opinar de todo y, generalmente, sin fundamento. Lo dejaremos para después. Las rosquillas misteriosas del paquete dorado son la pista más sólida que tenemos, puede que la única.

—¿Y qué sugiere?

—No lo sé. Salir a la calle, moverse, hablar con todo aquel que haya comprado rosquillas recientemente. En este despacho no encontraremos la respuesta.

Se apresuró para no perder su resolución y salió de la oficina seguido de la oficial.

Cuando estaban en la calle y meditaban qué dirección tomar, Bierzo se vio asaltado por lo que le pareció un torbellino rojo. Algo que lo atrapó, lo hizo voltear y finalmente detenerse. Cuando consiguió centrar la mirada, se vio ante Irene Valverde, que lucía un traje largo rojo, muy insólito para el modo de vestir del pueblo. Junto a ella, Evelina, aquella criatura enjuta y encorvada, vestida de negro y que parecía un chiste malo en compañía de la actriz.

Irene Valverde avanzó hacia él, apuntándole con un dedo.

—¡Inspector Berza! ¿Cuándo pensaba informarme de lo que está pasando?

—Bierzo, señora Valverde. Mi apellido es Bierzo.

La actriz no parecía ver ninguna diferencia en ambos nombres y su mirada fue de absoluto desdén.

—La investigación está en curso y eso no ha cambiado desde que hablamos —aclaró Bierzo.

—¡Ya lo creo que ha cambiado! —insistió ella con voz potente y dirigida. Evelina, a su lado, miraba con desconfianza—. He sabido por mi agente que el señor Mas no murió por las heridas del cuchillo, sino que fue envenenado. ¡Envenenado!

—¿Y cómo sabe eso su agente?

—Vamos, por favor, basta con darse un paseo por este pueblo. No creo que nadie haya guardado aquí un secreto nunca.

Lo cierto es que el inspector no podía refutar ese argumento. La actriz seguía haciendo aspavientos:

—Eso quiere decir que Evelina y yo somos inocentes y no se nos puede acusar de ningún cargo, ¿no es verdad? —Valverde miró a Violeta a los ojos, reclamando una respuesta.

—La negligencia de la señorita Evelina no causó la muerte de Óliver Mas, eso está comprobado —confirmó la oficial.

—¡Ajá! —dijo Valverde tirando de Evelina, que se había quedado de nuevo en las nubes—.

Pues eso mismo.Ya no existe ningún motivo para que nos retenga en este pueblo.

—Bueno, la investigación… —empezó de nuevo el inspector.

—Suerte tiene si no le acuso de falsos cargos, inspector. Soy una mujer ocupada. ¿Me va usted a pagar por tener el teatro cerrado?, ¿me va a compensar por todo lo que estoy perdiendo cada segundo que paso en este pueblucho de mala muerte?

A Bierzo no le gustaba hablar de dinero. Le parecía tan embarazoso y le producía tanta culpabilidad como hablar de sexo.

—¿Por qué no nos dijo que había adoptado a la señorita Montes? —interrogó Violeta sorprendiendo a ambos con aquella pregunta.

—¿A quién? —preguntó el inspector.

—No he tenido tiempo de ponerle al corriente. Hice unas llamadas, Evelina Montes, que no Montini, figura como hija adoptiva de la señora Valverde, o mejor dicho, de la señora Montes.

—Pierde el tiempo con sus retorcidas insinuaciones. Valverde es mi nombre artístico. Procede de mi abuela materna —aclaró ella con dignidad—. ¿Acaso es ilegal llevar nombre artístico o ser caritativo en este país?, ¿acaso este pueblo tiene leyes propias?

—Por supuesto que no, pero podría habernos aclarado su parentesco antes —señaló el inspector cortando aquel nuevo ataque contra Benimarte—. Dijo que Evelina era su ayudante.

—Y lo es. Eso no cambia nada. Ya le conté que estaba desamparada y sola en el mundo cuando la rescaté. La adopté legalmente para ahorrarle complicaciones.

—¿O para que le saliera más barato su trabajo? —preguntó Violeta, escandalizando con su osadía a su jefe. No le gustaba el trato que la actriz deparaba a su hija adoptiva

—¿Cómo se atreve? No tengo por qué darle explicaciones sobre mi vida personal.

Evelina se había llevado un dedo a la boca. La señora Valverde le dio un manotazo.

—Mira que eres boba, venga, muévete. Nos hemos pasado toda la mañana organizando la marcha. —Irene Valverde trataba de recomponer sin éxito el uniforme de Evelina. Tiraba de su falda hacia abajo, tal vez para cubrir unas piernas morenas llenas de arañazos—. Nos vamos a ir inmediatamente. Tengo mucho tiempo que recuperar y solo quiero olvidar que alguna vez pusimos los pies aquí.

Bierzo y Violeta se miraron. No disponían de ningún argumento para retenerlas.

—Pueden ustedes abandonar Benimarte, pero no el país y debe dejarme una dirección en la que estén localizables por si las necesitamos.

—¿Para qué?

—La investigación…

Irene Valverde hizo un gesto con la mano lleno de impaciencia:

—Está bien, se lo voy a apuntar. —Dio un tirón a Evelina y le quitó la bolsa roja que siempre llevaba al hombro. Empezó a rebuscar en ella y luego la cerró apresuradamente—. Mejor anótelo usted mismo: calle Abedules, número seis. No se inquiete, no pienso fugarme. Créame que salir de este pueblo ya va a ser un alivio enorme.

Después dio otro empujón a Evelina y se alejaron las dos calle arriba.

—¿Está un poco alterada, no?

—A veces este pueblo crea ese efecto en los forasteros —dijo el inspector.

Veintidós

Pero, pasado el huracán Valverde, la calma no iba a retornar, al menos no ese día. Los dos policías caminaban por la calle principal cuando escucharon gritos. Quien los profería era Alma, que movía los brazos y lanzaba aullidos desde la puerta de la farmacia. Violeta se acordó de las palabras de la doctora Giménez y tuvo un presentimiento. El inspector Bierzo ya había echado a correr hacia allí.

A pesar de sus gritos, o a causa de ellos, Alma apenas podía decir nada inteligible. Era presa de un ataque de nervios mientras señalaba al interior de la farmacia. Aún era temprano, antes del horario de apertura, pero Felicia, la farmacéutica, debía de estar ya preparando la caja.

El inspector entró en la botica. Las luces estaban encendidas y no había nada inusual a primera vista. Los ungüentos, las cremas solares y los artículos de parafarmacia se mostraban perfectamente alineados en sus estantes. Una gran báscula atraía la atención con mensajes sobre alimentación saludable. Junto a ella, un anuncio de reconstituyentes mostraba al hijo de Helena Rico, el más guapo del pueblo, sano como una manzana. La oficial Tap propinó un codazo a Bierzo, que se había quedado prendado de la foto. Al parecer ella ya había visto algo extraño.

En efecto, Bierzo siguió la mirada de la oficial, que guió su visión hasta un zueco ortopédico blanco, en el suelo. Inmediatamente después, junto al zapato, vio los pies de una persona tumbada, con solo uno de los pies calzado. El inspector avanzó y, al acercarse más, descubrió que la propietaria de los zuecos era Felicia, que yacía en el suelo, ensangrentada y sin ningún signo de vida.

La escena era más desagradable de lo que esperaba. Felicia tenía la cara hecha una masa sanguinolenta. A su lado, un taburete tirado en el suelo.

—Está muerta —confirmó Tap.

—¿Una caída? —quiso aventurar Bierzo. Odiaba la violencia y era lo que deseaba creer, pero la oficial, que se había agachado junto al cuerpo y lo observaba sin atisbo de aprensión, dijo:

—Habrá que llamar a la doctora Giménez, pero esto no es una caída. Todo apunta a que la golpearon con el taburete hasta la muerte.

—¿Está segura? —Desde la distancia el taburete se veía reluciente, sin rastros de sangre. Tampoco en el suelo había manchas. Solo el cuerpo de Felicia era evidencia incontestable de la violencia. El inspector sintió que las piernas le flaqueaban—. Voy a comprobar la caja registradora.

En parte era un pretexto para alejarse de la escena, porque ya sabía que el móvil del robo era inimaginable en Benimarte. Allí todo el mundo se conocía tan bien que era inútil robar. Nadie podría aumentar su renta inexplicablemente sin ser fiscalizado al instante. A menos que ese alguien huyera del pueblo, claro, pero eso también delataría al autor al instante. La opción menos inquietante y la más deseable era que el atacante fuera un forastero de paso.

Tal y como esperaba, la caja no parecía manipulada, nada había sido alterado allí fuera. La farmacia ni siquiera estaba abierta al público y no había nada que robar. En la rebotica tampoco había señales de desorden que apuntaran a un asalto por dinero. Al contrario, todo estaba especialmente ordenado y limpio. Aquella calma aséptica con aroma a perfume fresco ahora le parecía siniestra y cruel, como una burla.

—¿Hablamos con…? —La oficial señaló a la entrada. Aún se escuchaban los lamentos histéricos de la ayudante de farmacia.

—Alma, sí. Será mejor que la hagamos entrar y evitemos la alarma en la medida de lo posible.

Dejándose conducir por Tap, Alma se sentó en el taburete que se usaba para tomar la tensión. Continuaba muy agitada y estar en la botica no le ayudaba. La oficial había tenido la idea de colocar un biombo en la rebotica para evitar el espectáculo sin alterar la escena y había sentado a Alma estratégicamente. Sin embargo, si la mujer se inclinaba hacia la izquierda, podría ver los pies de la víctima. Bierzo se situó en su campo visual tratando de hacer de pantalla.

—Cuéntanos lo que has visto, Alma —dijo Bierzo—. Desde el principio.

La mujer no salía de su estado y no dejaba de temblar. El inspector localizó una botella de agua del Carmen y le sirvió un chorrito. Sabía que era un remedio tan antiguo como eficaz.

Esperaron pacientemente a que Alma pudiera articular palabra.

—Esta mañana, como de costumbre, he venido a las nueve menos cuarto para trabajar. Felicia siempre está lista a esa hora.

—La señorita Martínez, Felicia, vivía en la trastienda —explicó el inspector a Violeta y después se dirigió a Alma—. Sigue, por favor.

—Normalmente, nada más llegar yo, tomamos un café en la tetería de Wendy. Felicia me espera en la puerta, para no perder tiempo, pero esta mañana no estaba. Eso tampoco me ha extrañado tanto, pero sí el hecho de que la puerta de la farmacia estuviera abierta. Felicia no es nada descuidada en ese aspecto, así que he supuesto que ella estaba dentro. He entrado y he comenzado a llamarla, pero, como no respondía, he pasado a la rebotica y entonces la he visto ahí, tirada en el suelo, con la cara… —Alma perdió las fuerzas y rompió a llorar—. Es horrible, ¿qué ha podido pasar?

—Eso queremos averiguar. Dinos, antes de esta mañana, ¿cuándo viste a Felicia?

—Pues, como de costumbre. Me despedí de ella ayer a las ocho y media de la tarde.

—¿Y notaste algo extraño en ella?

—Ya que lo preguntas, sí.

El inspector la animó a continuar.

—Felicia estaba intranquila, más de lo normal. Se pasó la tarde mirando el reloj y levantando la cabeza con impaciencia cada vez que entraba alguien.

—¿Como si esperara una visita?

Alma juntó las manos y las llevó a sus labios.

—Lo del crimen la tenía muy…

—¿… muy?

—No sé…, excitada. Entiéndeme, es como si de algún modo le divirtiera el asunto, ya sabes lo que quiero decir.

—Pues no, no lo sé. ¿Por qué habría de divertirle?

Alma suspiró:

—Todo el mundo sabe que Felicia era una gran aficionada a los misterios y creo que el crimen de Óliver le interesaba mucho. En este pueblo nunca pasa nada emocionante. Ella decía que tú, Andrés, que… bueno, que no encontrarías al culpable ni aunque viniera a ti con las esposas ya puestas y cantando como un canario.

El inspector se había desplazado. Le molestaba la reprobación de sus vecinos, pero aquello era muy propio de Felicia: una mujer cotilla, de carácter enjuiciador y desafiante. Lamentaba, por supuesto, la pérdida de cualquier vecino, pero Felicia… El inspector miró a través del escaparate hacia la calle. Al frente se veía la casa de los Mas y uno de los árboles centenarios de Benimarte,

un fantástico ficus. Bierzo se dio la vuelta.

—¿Estaba Felicia investigando por su cuenta?, ¿te contó algo?

—A Felicia le gustaba observar y preguntar. Me dijo que sabía quién mató a Óliver.

—¿Quién fue, según ella?

—No quiso decirme el nombre. Dijo que era una cosa que no podía revelar todavía, pero que bastaba con ser inteligente y mirar donde hacía falta para saberlo.

—Mirar donde hacía falta —repitió Bierzo—. ¿La creíste?

—Yo siempre creo a Felicia, ella no suele equivocarse. Tiene esa intuición. Quiero decir —la mujer rompió a llorar—… tenía.

—Está bien, Alma, puedes marcharte a casa. Te vendrá bien recuperarte después de esta impresión —sentenció Bierzo con desasosiego—. La oficial y yo tenemos mucho trabajo que hacer aquí.

Veintitrés

Como no podía ser de otro modo, la noticia de la muerte de Felicia fue vox populi en cuestión de minutos.

El teléfono de Bierzo echaba humo. Entre los vecinos inquietos y la presión de la Jefatura Superior, el inspector sentía el estrés apoderándose de su persona segundo a segundo.

Carmen se acercó a su mesa con una pastilla y un vaso de agua:

—Te va a hacer falta algo de calma y un poco de bromazepam.

El inspector aceptó el agua y rechazó la pastilla.

—Me parece que el destino ya me gasta bastantes bromas —se quejó.

Violeta estaba en el rellano, tratando de calmar al jefe del diario informativo de la mancomunidad. El escándalo interesaba en doscientos kilómetros a la redonda.

—¿Entonces, confirmas lo peor? —preguntó Bierzo.

Carmen se sentó frente a él:

—Hora de la muerte: las seis de la mañana. En cuanto a la causa, fue producida por el tremendo impacto en la cara: el ángulo y las marcas no dejan dudas a que fue golpeada con algo metálico y alargado.

—Las patas del taburete…

La doctora asintió. Bierzo, lejos de calmarse, se levantó de un respingo.

—Quienquiera que fuera ni siquiera se molestó en deshacerse del taburete. Fue un asesinato brutal.

—¿No habéis encontrado huellas en la escena?

El inspector sentía la desesperación apoderarse de él. La rebotica de Felicia estaba más limpia que un quirófano. Ni huellas, ni nada que pudiera ayudarles a entender. Eso es lo que más necesitaba: entender.

—En Benimarte no hacemos estas cosas. ¡No somos asesinos!

—No te lo tomes como algo personal —Carmen le apoyó una mano en el hombro—. Tú no eres responsable de lo que haga cada uno de los habitantes de este pueblo.

—No lo entiendes. ¡Es mi pueblo! —gritó Bierzo sacudiéndose. Sentía la impotencia concentrada en su pecho.

Carmen se apartó.

—Eso lo sé perfectamente. No creas que puedo olvidarlo ni por un día.

Bierzo se había arrepentido al instante de su gesto. Trató de decir algo, explicarle la conmoción que sentía, la impotencia, pero fue incapaz de abrir la boca.

—Ya he informado a la oficial Tap —dijo Carmen desde la puerta—. En una hora, le pasaré a la señora Díaz los informes.

El teléfono sonó, impidiendo que Bierzo pudiera pensar en alguna cosa para retener a Carmen. Era el alcalde Ros. Hablaba tan alto que Bierzo tuvo que despegarse el auricular de la oreja. Informó al inspector de que había organizado un entierro solemne para Felicia, oficiado por el padre Carmelo. Aprovecharía la ocasión para ofrecer un discurso pidiendo calma a los vecinos. Contaba con que el inspector acudiera al acto para dar una visión de firmeza y unidad en unos momentos tan delicados. Las últimas palabras del alcalde se clavaron en Bierzo como un cuchillo:

—¿Estás seguro de que puedes con esto, Andrés?

Bierzo sacó fuerzas de flaqueza. Ese recurso que parecía infinito en él pese al miedo y las dudas.

—Esclareceremos el caso, Vicente. Y ahora, comprenderás que tengo mucho trabajo.

La oficial Tap entró por la puerta en ese momento. Si estaba nerviosa o agobiada, no se le notaba nada, claro que ella tenía un gran cuerpo, uno en el que seguro cabía mucha más desesperación que en el suyo.

Bierzo se despeinó el pelo en un gesto de nerviosismo, impropio de él.

—¿Se ha deshecho usted ya de los malditos periodistas?

Violeta asintió:

—Solo necesitan información, como todo el mundo, pero no estamos obligados a revelar nada. Tendrán que esperar.

—Ya imagino los titulares: «El inspector de Benimarte, más perdido que una rana en unos grandes almacenes».

Violeta sonrió:

—Me parece un titular horrible —dijo. Después se aproximó a Bierzo—. Escuche, tenemos que repasar lo que sabemos y no dejarnos arrastrar por la opinión exterior.

—Claro, para usted es fácil decirlo, para usted… —Bierzo se dio de bruces con el gesto de la oficial, uno que indicaba que no estaba dispuesta a perder ni un segundo más compadeciéndolo. Extrañamente, saber que tenía esa batalla perdida, le dio otra clase de ánimos, una energía diferente y más agradable que el miedo.

—Está bien —aceptó—, recapitulemos: Óliver Mas, uno de nuestros hombres más influyentes, murió durante el espectáculo de lanzamiento de cuchillos de la señora Valverde, en el teatro. Aunque al principio todo apuntaba a la negligencia de su ayudante, Evelina, que en realidad es hija adoptiva de Valverde, la autopsia reveló que Óliver había sido envenenado previamente.

»La tarde fatídica, la víctima merendó en su casa, como de costumbre, pero esta vez comió unas rosquillas presumiblemente envenenadas y envueltas en papel de regalo dorado de las que no sabemos nada más, solo que alguien se las regaló con mucha intención. Había bastantes personas con motivos para desear la muerte de Óliver Mas, motivos principalmente económicos o de rivalidad. No era un hombre querido, pese a todo.

»Por otro lado, Felicia Martínez, la farmacéutica y mayor curiosa del pueblo de los curiosos, fue asesinada en su farmacia durante la madrugada. En las últimas horas presumía de saber quién era el asesino de Óliver. Estaba muy nerviosa y creemos que iba a encontrarse con alguien a propósito de ese asunto. Se descarta un robo o un móvil económico.

»Según nuestras primeras pesquisas, los siguientes vecinos podrían tener un motivo para desear la muerte de Óliver Mas: Pepa Camacho, podía sentir ira justificada hacia él por rechazarla y romper los planes de futuro que estaba construyendo. Además, echándole el muerto a su oponente, Helena, se vengaría de ella también; Helena Rico, por su parte, sentía aversión por el desagradable acoso de Óliver y tiene un perfil plausible, a sabiendas además de que recibe tratamiento psiquiátrico; el alcalde Ros se libraría de un rival político y amoroso. Creo que eso es todo.

Bierzo levantó las cejas pidiendo algo de ayuda a Violeta, que ya consultaba sus notas:

—A raíz de la muerte de la víctima, el padre Carmelo ha heredado una fábrica muy rentable y la madre de Óliver ha conseguido retener su bonita casa de renta baja pero elevados gastos de mantenimiento.

—Vamos, ¿no sospechará del cura o de la madre de la víctima?

Violeta contestó con una mirada neutral que dejaba ver que todo era posible y el inspector carraspeó como deshaciéndose de un pensamiento incómodo:

—Todo apunta —dijo Bierzo— a que la misma persona asesinó a Óliver Mas y después a Felicia porque iba a desenmascararle. Cualquiera de los sospechosos antes mencionados pudo hacerlo, a falta de verificar las coartadas.

—La única que no parecía tener motivos es la señora Valverde —dijo Violeta—, pero salió precipitadamente de aquí con su ayudante esta mañana.

—Es bastante lógico que quisiera irse después de todo lo sucedido. Y no teníamos ya nada contra ella.

—Es cierto, pero, técnicamente tuvo tiempo de asesinar a Felicia.

—Sí, pero eso supondría que ella habría matado a Óliver y la tarde que lo envenenaron estuvo en el teatro preparándose para la función. Además, ¿por qué iba a querer acuchillarlo y envenenarlo?

—La idea de envenenarlo tuvo que ser previa. Suponemos que lo de los cuchillos fue accidental y, además, fue su ayudante quien los cambió…

—Pero esa criatura es inframental, oficial. No la imagino como una fría asesina. Hace falta algo de materia gris para calcular un crimen, no digamos dos.

—Creo que deberíamos comprobar si Irene Valverde tiene una coartada sólida, por descartar.

—Supongo que en eso tiene razón.

El inspector iba a aludir que ya lo harían, que antes debían repasar al detalle los perfiles de los otros sospechosos, pero la presencia de Violeta le había dado un ánimo renovado.

Buscó en su chaqueta la nota en la que había apuntado la dirección que Irene Valverde le había proporcionado esa misma mañana y después consultó una guía de teléfonos de la capital. Violeta suspiró con resignación. Puede que las guías telefónicas le parecieran anacrónicas piezas de museo, pero en Benimarte eran necesarias.

Bierzo localizó lo que buscaba y levantó el auricular con brío.

Irene Valverde le atendió con frialdad y le advirtió que tenía prisa. Sin perder más tiempo, el inspector le preguntó qué había estado haciendo entre las ocho de la tarde y las seis de la mañana. La señora Valverde dijo que, cuando su agente le comentó las novedades del caso, había ido al teatro a recoger algunas cosas en compañía del señor Sandoval con la intención de marcharse por la mañana. Después de eso, Sandoval y ella habían cenado juntos con Evelina y habían jugado a las cartas los tres hasta tarde. Cuando Sandoval se marchó, a eso de la una, se acostó y recordaba haber dormido a pierna suelta, feliz ante la perspectiva de largarse.

—¿Alguien puede confirmarlo? —preguntó Bierzo.

—Ernesto y Evelina pueden y lo harán.

—¿Estuvieron usted y Evelina juntas toda la tarde y la noche?

—Ya sabe que somos inseparables. No me la quito de encima ni con agua hirviendo.

Cuando el inspector le informó del asesinato de la farmacéutica, la señora Valverde solo dijo:

—Qué pueblo tan encantador el suyo. Deberían promocionarlo más.

Bierzo colgó y miró a Violeta, que había escuchado con atención la escena.

—Ya lo ve, tiene una coartada. Aunque sea el testimonio de esa personilla, Evelina.

—Muy conveniente para las dos —opinó Violeta.

—Sobre todo si esa personilla no sabe hablar.

—Sí sabe, es solo que no la entendemos —dijo Violeta.

—Es lo mismo. ¿Y ahora qué? —preguntó Bierzo—. Me es imposible pensar aquí dentro. —

Volvía a sentirse como al principio, perdido. Perdido como una rana en unos grandes almacenes.

—¿Y si vamos a la capital y hablamos con el agente de la señora Valverde? —sugirió la oficial.

De nuevo iba a objetar que era imposible abandonar Benimarte con la que estaba cayendo. ¿Qué opinaría el alcalde si se ausentaba precisamente en ese momento?

El inspector no veía interés en visitar a un hombre tan solo para comprobar su coartada cuando eso era algo que podían solucionar con varias llamadas, pero una imagen agradable, en la que se veía fuera de los límites de Benimarte, había producido la primera respiración larga y profunda de Bierzo en horas.

—Estaba a punto de proponérselo, oficial. Vayámonos ya.

Veinticuatro

Ernesto Sandoval tenía su oficina de representación en un edificio antiguo de un barrio bohemio de la capital. No podía decirse que su carrera hubiera sido muy próspera, pero había llegado a estabilizarse en un peldaño superior a la mera supervivencia y eso le bastaba.

Sabía que no era el mejor agente y que la mayoría de sus clientes eran actores del montón, pero pronto había aprendido que las necesidades emocionales y las inseguridades eran las mismas en estrellas y debutantes y, contrariamente a lo que pudiera parecer, no estaban relacionadas con el éxito, sino que se renovaban cada vez que un papel o un contrato llegaba a su fin. Además, la particular avidez y disposición de los aspirantes siempre le compensaba. Él entendía a sus clientes, era honesto con ellos, trabajaba por su bien. Era su confidente y amigo. El viejo Ernesto ofrecía a sus representados la ilusión de la perseverancia en busca del éxito y la seguridad del consuelo frente al fracaso. Y tal vez eso último, esa calidez humana en la jungla despiadada del mundo del espectáculo, era su mejor baza. Si un actor pasaba por su oficina, siempre podía contar con una copa de vino y un trozo de queso, lo cual era una buena motivación los días en los que los recursos escaseaban. Pero además de llenar el estómago, allí se manejaba información, se hablaba de audiciones y los intérpretes se sentían parte de una familia.

Sandoval tardó unos minutos en descartar a aquel hombre y a la enorme mujer que le acompañaba como posibles clientes. Con él tal vez hubiera intentado algo como galán maduro y apocado de mirada soñadora, pero ella, la joven, se salía de cualquier estándar femenino. Le alivió saber que se trataba de los famosos policías de Benimarte sobre los que Irene le había hablado y que, por tanto, no tendría que desanimarles con la cruda confirmación de su poco encanto para la pantalla.

—Lo de Benimarte ha sido un negocio pésimo para nosotros —dijo Sandoval—. El teatro cerrado y el descrédito de mi estrella. Por suerte, Irene parece más animada ahora que ustedes, con justicia, la han liberado. Acabo de hablar con ella y está llena de energía de nuevo.

La oficial Tap permaneció de pié, mientras que el inspector tomó asiento. Sandoval se preguntó cuánto tiempo lo retendrían. Para el dueño de un negocio como el suyo, el tiempo era de oro de un número superior de quilates que para el resto.

—La señora Valverde nos dijo que usted le contó que la verdadera muerte del señor Mas se debió al envenenamiento —dijo Bierzo—. Nos ayudaría si nos dijera cómo obtuvo esa información.

El agente se tiró de los tirantes, como hacía siempre que meditaba una respuesta:

—Bueno, me alegro de que sea una pregunta tan fácil y espero que ustedes no tengan ninguna sospecha ni de mi representada ni de su equipo. Yo me enteré en la farmacia del pueblo, por lo visto la noticia estaba en boca de todos.

Bierzo y la oficial se miraron.

—Fui a comprar unos tranquilizantes para Irene, es uno de los recados más habituales de un agente. Créanme, los actores son seres muy sensibles, criaturas frágiles. Como les decía, la farmacéutica, una mujer muy poco agradable por cierto, comentaba con una clienta que, la médico del pueblo, había confirmado que la muerte se produjo por veneno y no por el desafortunado cuchillo. Como comprenderá, aquello me interesó. Me lo tomé como una excelente noticia y se lo comuniqué a Irene enseguida.

—¿Y cómo reaccionó ella?

—Naturalmente, se indignó al considerar que usted la retenía sin motivo, pero también le alivió saber que podría olvidarse de este horrible asunto. Inspector, Irene Valverde necesita trabajar para vivir. Aún debe esforzarse mucho. Trabaja durísimo y no puede quedarse de brazos cruzados porque a la policía de un pequeño pueblo le parezca que el mundo marcha al son de su poca eficacia trabajando.

Bierzo carraspeó y la oficial ni se inmutó. Sandoval consideraba necesario jugar hasta el final el papel de agraviado. Era algo habitual en el mundo del espectáculo, luchar por la última migaja del pastel, buscar el beneficio de sus representados a toda costa.

—¿Lleva mucho tiempo trabajando para la señora Valverde? —preguntó Bierzo.

—Unos treinta años. Fue mi primera cliente, por tanto alguien especial. Puede decirse que yo la descubrí. Contaba con un talento inmenso. Juventud, belleza y esa fuerza en la mirada que no he logrado encontrar en ninguna otra. —Sandoval suspiró con nostalgia. Irene siempre sería su actriz—. Estábamos empezando los dos y nos queríamos comer el mundo, ya sabe usted cómo es la fuerza de la juventud, algo irrecuperable.

Sandoval se levantó y se acercó a la oficial. Señaló con orgullo un póster de un cartel teatral, colgado en la pared, junto a la puerta. Estaba enmarcado e iluminado con dos focos. En él se veía un montaje de un primer plano de una joven, superpuesto a una escalera de caracol. Era algo tosco, pero sin duda atractivo. Ernesto no podía dejar de emocionarse cada vez que se enfrentaba a él. Era un disparador de memorias.

—A veces los momentos culminantes de la vida llegan a ti en primer lugar y después toda tu existencia consiste en tratar de recuperar una sombra siquiera de aquella gloria.

—Conozco la obra —afirmó Bierzo mirando el cartel. Había reconocido la cita de Sandoval —. Escalera al interior es una de las mejores piezas escritas en el siglo XX.

El agente levantó una ceja en señal de reconocimiento:

—Así que es usted un hombre de letras, inspector. Pues no se equivoca, se dio en ella una conjunción perfecta: el talento de Irene y el del maravilloso autor Goran Markovic, un niño prodigio. Marko escribió su obra maestra, Irene fue su musa y yo el agente de los dos.

—Desde luego que su madurez era inusual —convino Bierzo.

—Irrepetible. Eran una pareja joven y perfecta, ganaron muchos galardones. Habrían revolucionado el teatro juntos, lo habrían elevado a otro nivel, para mayor orgullo de este país.

—Pero él murió.

El agente suspiró, perdido aún en sus recuerdos:

—Sí, la guerra de independencia croata se lo llevó en 1993. Apenas tenía veintisiete años. Markovic estaba muy implicado en los círculos nacionalistas croatas.

—¿Qué sucedió? —quiso saber Violeta. Las historias personales le fascinaban.

—Aquello fue una escalada de tensión y violencia. Marko insistió en alistarse. Irene no dudó en seguirle a Split, pese al peligro y yo me quedé en España. Se habían casado meses antes, pero ya sabe cómo son las guerras. Aquel conflicto de los Balcanes, injustamente, nos privó de una sensibilidad exquisita y de un talento irrepetible. Para ella fue un golpe durísimo, por no hablar de que quedó atrapada durante meses en un territorio en guerra. Quién sabe qué hubiera sido de ella. Por suerte pudo ser rescatada por las tropas de la ONU y regresar.

—Imagino que eso le afectó profundamente —reflexionó Bierzo.

—Irene estaba muy enamorada de Marko. Nunca hubo dos personas más afines. La depresión que causó su pérdida, el sinsentido de lo vivido, todo eso hundió su carrera. Tardó muchos años en volver a actuar y ya nunca fue lo mismo. Los textos de él eran parte de la alquimia irrepetible. Sin ellos, no tenía voz. Cuando volvió a mí, bastantes años después, era un pálido reflejo de lo

que fue en su día. Había envejecido décadas y perdido la naturalidad y confianza que la hacían mágica. En ese momento, era un ser vulgar, una actriz más, como tantas otras, solo que, además, amargada. Yo tampoco había salido muy bien parado de aquellos turbulentos años noventa, con sus crisis e incertidumbres, pero conseguí aferrarme con uñas y dientes a este negocio. Variedades, espectáculos populares, magia… aprendí a apreciarlo todo. No tuve dudas en volver a trabajar con Irene cuando ella me lo pidió. —Sandoval miró a la oficial, que había desplazado toda su atención hacia él—. Y aquí seguimos todavía, treinta años después, resistiendo.

Siguiendo un impulso que le pareció natural, Sandoval descolgó el póster de la pared y se lo ofreció al inspector.

—Lléveselo, parece que le ha gustado y yo llevo viéndolo ya muchos años. Hay que renovarse o la nostalgia se nos come.

—¿Y ella siempre ha estado con Evelina? —preguntó la oficial, captando la atención de Sandoval. El agente pensó que aquella mujer poseía una voz grave, pero hermosa y reconsideró su impresión inicial. Su particular físico podía hacer de ella una actriz más que interesante,

—Unos cinco o seis años años después de volver a trabajar juntos, cuando Irene empezó a enganchar trabajos con más continuidad, contrató a Evelina como ayudante. A mí siempre me ha parecido torpe y no sé por qué ella eligió a alguien así. Irene es generosa, supongo que se apiadó de esa pobre. Ya llevan muchos años juntas.

—¿Dónde estaba usted anoche, entre las ocho de la tarde y las seis de la mañana? —preguntó el inspector.

Sandoval se frotó la frente, pensativo.

—Por la tarde fui a ver a Irene y le comuniqué lo que había oído en la farmacia. Como les he dicho, se puso hecha una furia porque usted no la avisó, pero no me extrañó nada, tenía buenos motivos. Recogimos algunas cosas del teatro, cenamos juntos y jugamos a las cartas. Después cogí mi coche y me marché. Ya de vuelta, estuve en un espectáculo nocturno de variedades en la sala independiente Rayo. Me interesan los nuevos géneros, saber por dónde va el mercado, ya sabe. El espectáculo acabó a eso de las tres. Fui a tomar una copa con unos actores y a las cuatro y media estaba ya en casa durmiendo, lo sé porque miré el reloj.

—¿Alguna persona puede confirmar eso último?

—Tengo el tíquet de la autopista y puede hablar con algunas personas que confirmarán todo. ¿Por qué le interesa tanto conocer mi agenda, inspector?

—Alguien asesinó a Felicia Martínez, la farmacéutica del pueblo, anoche.

—Eso sí que no me lo esperaba —dijo Sandoval con sinceridad—. Entonces señores no les entretengo más. —Abrió la puerta del despacho—. Estoy seguro de que tienen verdadero trabajo en el pueblo. Les deseo mucha suerte.

El inspector y su acompañante abandonaron la oficina del agente y él cerró la puerta con prisa. No pudo reprimir un escalofrío. La muerte le daba repelús.

Veinticinco

Bierzo y Violeta estaban muy pensativos en el coche, de regreso al pueblo.

—Qué lastima lo de la carrera de Irene —dijo Bierzo—. Había nacido para ser una gran estrella, aunque aún lo es, de algún modo. Tiene ese porte de grandeza, ese algo inextinguible, ¿verdad?

—Tuvo que ser muy duro perder a alguien a quien quería y admiraba tanto. Y tan joven.

—Las guerras y la violencia siempre arrasan vidas en su plenitud, sin preguntar si es conveniente.

Violeta suspiró. A ella la guerra no le había afectado, pero no podía decir lo mismo del odio y la crueldad física.

—¿Usted recuerda algo de ese conflicto? —preguntó.

—Yo era un chaval. Recuerdo lo que decían en la televisión. Yugoslavia llevaba décadas siendo un polvorín. Recuerdo la escasez de tanta gente, la tensión, el miedo, pero no cambió mi vida. Al fin y al cabo, aquello pasaba lejos de aquí. En cuanto a Irene, debe de ser difícil aceptar que el mundo te ponga la zancadilla así.

Siguieron en silencio por un rato. Bierzo se sentía de nuevo inquieto. Ahora la zancadilla se la ponían a él. En su pueblo, que él debía proteger, había un asesino. ¿Qué mayor aberración contra el orden natural de las cosas que esa?

—¿Nunca ha pensado en marcharse de Benimarte?

La pregunta lo sacudió como si la oficial Tap hubiera captado alguno de sus pensamientos.

—No sé a qué viene su pregunta. Soy un hombre feliz con mi destino. Tengo el privilegio de ser útil en mi tierra y no puedo soñar nada mejor. Y ahora, dejémonos de especulaciones. La invito a un café. —Bierzo paró el coche frente a la tetería de Wendy—. El brebaje de la señora Díaz tendrá que esperar.

En la tetería no había clientela a esas horas. La silueta de Wendy se adivinaba tras la cortina que daba a la trastienda. Hablaba por teléfono:

—Ya imagino que tienes mucho trabajo. En Benimarte hay mucho vicio por metro cuadrado —rio—. Ya, dudo mucho que el luto por Felicia se guarde en tu local. Sí, la verdad, hemos perdido a la gran trompetera del pueblo. No, no, nosotras las apestadas no teníamos nada que temer. Son las mujeres de bien las que temían sus chismes. Y sus maridos, claro.

Los policías tomaron asiento, Wendy asomó la cabeza a través de las cortinas.

—Voy enseguida. —Después se dirigió otra vez al teléfono—. Oye, Gloria, tengo trabajo. Luego te llamo.

Wendy dedicó una sonrisa calurosa a los policías.

—Me habéis pillado cotilleando. A veces hay que ceder un poco al deporte nacional del pueblo. ¿Qué va a ser?

—Un café solo —Bierzo miró a Violeta que asintió—. Mejor, dos.

—Vaya, qué atrevidos. Treinta y seis tés en la carta y pedís café. —Wendy volvió a reír, después corrigió su gesto—. Qué horror lo de Felicia, ¿cómo va la investigación?

Bierzo paseó su mirada por todo el local:

—Me temo que no podemos hablar mucho de ello.

—Lo entiendo, aunque esa mujer… No sé, Andrés, parecía querer llamar al mal, siempre metida en chismorreos, buscando hacer daño. No digo que se mereciera acabar así, pero, debía

de tener un karma muy malo, ya me entiendes.

Wendy se alejó hasta la barra y puso en marcha la cafetera. El salón de té desprendía sencillez y cariño. A Bierzo le gustaba. Estaba diseñado y regentado con amor.

Wendy se acercó con los cafés, los dejó sobre la mesa y volvió a la barra.

—A mí me tenía frita, claro. —Regresó con un par de rosquillas—. Siempre fui el blanco de sus críticas, pero luego venía por aquí, toda sonrisas, como si nada. También le encantaban las rosquillas.

Bierzo miró el polémico dulce con fijación. Las rosquillas, esa pieza que no había manera de encajar, el símbolo de lo casero, de lo hogareño, de la muerte también.

—¿Y por qué la tenía frita? —preguntó Violeta. Continuamente sentía que le faltaba información sobre el pueblo.

Wendy miró a Bierzo:

—¿No se lo has contado?

El inspector negó con la cabeza. Después carraspeó. Wendy lo estaba invitando con los ojos a hablar. Y trató de hacerlo con naturalidad.

—Bueno, se da la circunstancia de que, Wendy, antes de abrir este precioso local, bueno, ella, ella…era… lo que viene a ser…

—Era puta —remató Wendy.

Violeta parpadeó una vez y tomó un sorbo de su café.

—Trabajaba con otras chicas en la casa de Gloria, de madame Laborde, un lugar muy curioso del pueblo: invisible, pero muy protagonista.

A Violeta aquello no le sorprendía en realidad, pero le gustaba confirmar las afirmaciones de los demás.

—Supongo que quiere usted decir que era frecuentado por parte del pueblo, pero silenciado.

Wendy asintió y miró a Bierzo, que enrojeció como un tomate:

—Supongo que quiero decir eso, sí. Creo que el inspector es el único que nunca he visto por allí, junto con el padre Carmelo y el alcalde. En el caso de Ros, yo creo que prefiere otros lugares más alejados, aunque nunca podría hablar mal de él. Es un hombre dedicado en cuerpo y alma al pueblo, se preocupa por los vecinos. —Wendy se sentó a la mesa con ellos—. El caso es que, cuando no se han tenido oportunidades en la vida, las cosas pueden ser difíciles.

Una sombra de nostalgia ensombreció la mirada de Wendy. Violeta esperó a que continuara.

—Pensaba que nunca podría salir de aquello. Ya se sabe, una chica sin estudios, ni recursos. Sola en el mundo. ¿Qué me esperaba? El padre Carmelo, fue el ángel que yo necesitaba. Una mañana me paró por la calle y me invitó a ir a la parroquia. Y eso no era habitual. Nadie en el pueblo nos hablaba por aquel entonces. Imagina: extranjera, pobre y puta. Las chicas evitábamos salir por aquí, pero ese día yo necesitaba algo de la farmacia con urgencia. Felicia me cobró lo que pedí y me regaló todo su desprecio de paso. Salí hundida de allí, pero sentí una señal en el encuentro con el padre. Por primera vez alguien de aquí me hablaba sin juzgarme. —Wendy se centró en Violeta—. ¿Alguna vez ha sentido eso, la aceptación total?

Violeta asintió como si la mujer que tenía delante fuera una hermana que la reconocía. Porque, para apreciar de esa manera la aceptación, había que conocer íntimamente el rechazo. Y claro que sabía lo que era el desprecio y las miradas de reprobación. Sin embargo, su camino siempre fue solitario y nunca había encontrado bondad en las personas. Su tabla de salvación fueron los libros y la esperanza que le hicieron sentir. Algo que se comunicaba directamente desde las páginas a su interior y que había llegado a la máxima comunión con la obra de Aurora Mist, el ángel que la había guiado, alentado y sostenido. Era curioso que los salvadores de ambas

procedieran de Benimarte.

Wendy continuaba frente a ella, rememorando su historia:

—Al final, tras pensarlo bastante, me decidí a aparecer por la parroquia y visitar uno de los grupos que me recomendó el padre y algo empezó a cambiar. Él me dijo que solo debía dejar que Dios me mostrara el camino apropiado para mí, que abriera mi corazón a él. Sí, ya sé que suena a comecocos católico y yo misma me dije que, si alguien me llamaba pecadora o trataba de echarme agua bendita, me largaba. Pero resultó que aquel fue el único lugar en el que era aceptada, además de la casa de Gloria, claro, así que seguí yendo.

»Con los meses, mi mente fue cambiando y empecé a ver opciones que jamás había contemplado. Fui a la escuela de adultos, pedí un préstamo. El alcalde me habló de unas subvenciones para la creación de negocios para mujeres en riesgo de exclusión. Al principio estaba llena de dudas. ¿Sería yo capaz de abrir un negocio? Tenía que ser en el pueblo, en ese mismo que yo trabajaba. ¿Quién vendría a tomar algo en la cafetería de una chica como yo? El padre creyó en mí. Me dijo que no debía resistirme a «Su» voluntad y que Dios tenía un plan. —Wendy suspiró y miró alrededor—. Y lo que ve, oficial, es el resultado de eso. Es el plan hecho realidad.

Bierzo miró a Wendy con admiración. Aquella mujer era un ejemplo del progreso y la integración que la comunidad de Benimarte tenía que fomentar. La oficial también seguía muy atenta a Wendy. Sin embargo, albergaba cierta resistencia. Para ella, la religión era parte del problema.

—¿Y Felicia hablaba mal de usted todavía? —preguntó Violeta centrándose en lo práctico.

Wendy asintió con una sonrisa resignada:

—Para recorrer el camino que yo he hecho, hay que tener la piel dura y ya no me afectaba nada de lo que decía esa bruja. Eso sí, no soportaba que hiciera comentarios malintencionados sobre mi relación con Carmelo, con el padre Carmelo. Eso sí era maldad y el padre no se lo merece. Es el alma más buena y pura que conozco. A veces me daban ganas de estrangularla. —Wendy se detuvo, consciente de sus palabras—. Bueno, ya me entiende, es un decir.

Bierzo mordió una de las rosquillas. Estaba deliciosa. Llegaba al paladar con un suave y a la vez potente toque. Las malditas rosquillas que habían acabado con la vida de Óliver Mas eran irresistibles.

—¿Óliver también era cliente de madame Laborde? —preguntó, aunque ya intuía la respuesta.

Wendy sonrió de un modo que le pareció irónico.

—Óliver tenía que estar en todos los puntos importantes de Benimarte, y la casa de Gloria lo es. No sé, algunos hombres buscan elevar su autoestima así… Era fanfarrón y desagradable. Lo conocí bien, sin embargo…—Wendy se detuvo. Dudó.

—¿Sin embargo…? —alentó Bierzo.

—Bueno, no era un hombre de acción, no se si me entiendes. Nosotras bromeábamos con eso. Nos daba la sensación de que iba allí para aparentar que era un macho, pero no lo era, se lo aseguro, al menos no con las mujeres.

—¿Qué insinúas exactamente?

Wendy apretó los labios. Su sonrisa se transformó en un gesto de rabia contenida.

—A mí eso de sus preferencias, como entenderás, me daba igual, de verdad. —Miró a Violeta —. Yo sé lo que es la marginación y muchos de mis amigos son gays. Pero Óliver era un reprimido malicioso que detestaba a las mujeres y no trataba mejor a los hombres. Era una mala persona y ya está. Además, tenía esa fijación insana con el padre Carmelo.

—¿Qué clase de fijación? —preguntó Bierzo sin poder ocultar su sorpresa.

—Lo buscaba continuamente, pero de un modo oscuro. Solo su mirada me daba escalofríos. El padre Carmelo manejaba bien la situación, pero Óliver estaba acostumbrado a dominar y hubiera podido acabar con su carrera en la Iglesia. A mí eso me ponía enferma. El padre se ha hecho a sí mismo con fe, renuncia y sacrificio y ese hombre solo podía traerles males.

—Y sin embargo, le ha dejado en herencia una próspera fábrica de lámparas —apuntó Violeta.

Wendy se encogió de hombros:

—Supongo que Dios ha sabido sacar lo mejor para todos de esta situación.

Veintiséis

A diferencia de Bierzo, que se había quedado conmocionado con la obsesión de Oliver por el cura del pueblo, Violeta no estaba muy sorprendida por las revelaciones que habían obtenido en la visita a la tetería. Para ella, el alma humana era contradictoria y el mal y el bien se disputaban el premio final. A su juicio, el verdadero problema consistía en que el inspector tenía una visión demasiado idílica del pueblo y eso le impedía entregarse con convicción al proceso de resolución del caso. Alguien que había decidido creer que el mundo era bueno, no podía aceptar la realidad del asesinato.

Por suerte, ella tenía los pies en el suelo. Desde niña había estado en contacto con la maldad humana. Insultos, vejaciones y golpes habían forjado un carácter fuerte pero desconfiado. A pesar de eso, no se consideraba una amargada, y no por orgullo o desdén, sino porque era incapaz de albergar rencor. Ahora gozaba de una buena vida y se sentía muy afortunada. Su pasado le hacía apreciar más el presente.

Bierzo le había dado un descanso. El inspector tenía que contentar al alcalde, que lo esperaba para ofrecer unas palabras de ánimo al pueblo. Mientras eso sucedía, ella había decidido dar una vuelta con el coche patrulla.

En esos momentos se encontraba aparcada muy cerca de la colina cuya cima coronaba Evergreen, la propiedad de Aurora Mist. Era la hora de la siesta y todo estaba en calma. Desde su posición, Benimarte se le ofrecía ahora como un pueblo calcáreo y montañoso. Lejos del núcleo del municipio y de sus habitantes, contemplaba las señales que el tiempo dejaba en el paisaje. Aquello le comunicaba un eco del misterio que seguía buscando desvelar: su verdadero papel en el universo. El sol uniformaba el paisaje con un brillo blanco y unos arbustos de anís estrellado destacaban en la tierra rojiza.

Se imaginó a Aurora Mist contemplando el pueblo, tal como ella estaba haciendo, pero a la distancia de un ojo divino. Ella, que no formaba parte de la comunidad, ella, de la que nadie hablaba y con la que nadie contaba. Ella que, al igual que Bierzo, había decidido vivir en una burbuja.

No circulaban fotos suyas y nadie conocía su apariencia, solo los libros daban testimonio de su existencia. Y a Violeta le parecía que sostenía el mundo con su mirada y su mente.

Dejó el coche y avanzó por el camino, montaña arriba. El perfil de la casa, una construcción cuadrada con un torreón de estilo neogótico, se erguía en la cúspide. ¡Era tan propio de la escritora! La fantasía era su reino y no le importaba la renuncia. La autora manifestaba y ofrecía sus creaciones a los mortales para que estos, experimentándose en los personajes, se entendieran mejor.

Continuó ascendiendo. ¿Qué haría si la veía?, ¿qué le diría? Se había presentado allí guiada por su deseo de conocerla. Sin nada, tan solo armada de su devoción y gratitud, pero sin palabras para expresarse. Ahora se sentía minúscula, como un pequeño personaje, a pesar de su tamaño. Para Violeta ese efecto era perturbador. Saberse minúscula en un cuerpo de un metro noventa era una sensación muy desconcertante.

La radio del coche patrulla sonó, reclamándola en ese mismo instante. Se deslizó colina abajo, con sus grandes pies resbalando por la tierra. De un salto llegó al coche.

—Aquí Tap.

—Tap, Tap…, maldito cacharro, ¿me escucha? —era el inspector.

El mensaje resonaba claro en el espacio abierto. Unos pájaros revolotearon sobre su cabeza.

—Le escucho.

—Ah, bien. Confirmado: el padre Carmelo se dirige a la fábrica y últimamente apenas se prodiga en público. No debemos perder la oportunidad de hablar con él, ¿me entiende? Vaya inmediatamente.

—Descuide, estoy cerca.

La fábrica estaba a las afueras, a solo unos kilómetros de allí. No tardaría en llegar.

—Perfecto. Después tómese un rato libre si quiere. Esta noche cenaremos con la doctora Giménez y está usted invitada.

Violeta cortó la comunicación, cerró la puerta y accionó la llave del contacto. Salió marcha atrás. Mientras maniobraba, divisó el torreón de Aurora Mist, lejano e impenetrable, como en sus sueños. Tal vez, cuando acabara su entrevista con el padre, podría regresar. Tal vez…

Sabía que no lo haría. Quizá era mejor así. Aceleró y marchó en dirección a la fábrica de lámparas. Se alejaba de su ángel, pero iba a conocer al salvador de Wendy.

Veintisiete

La fábrica de lámparas Mas era una nave de dos pisos enclavada en medio de la nada. El camino hasta la entrada era polvoriento y no estaba asfaltado. Tres o cuatro vehículos descansaban en la grava bajo un descolorido techo de uralita. Estacionó el coche en una gran plaza de aparcamiento, la mejor de todas, con un letrero pintado: «reservada». Violeta supuso que era la del antiguo propietario.

Llamó al timbre de la entrada y esperó. Al no obtener respuesta, empujó la puerta y entró a un espacio diáfano que debía ser el taller principal. Estaba silencioso y en quietud. Se fijó en una línea de montaje con grandes máquinas. Todo estaba parado. En esa fábrica debían de trabajar muchos empleados, pero apenas había unos coches fuera y nadie en su puesto de trabajo.

Miró a la izquierda: un cubículo con las ventanas cubiertas por persianas de plástico gris, a través de las que se filtraba una luz encendida, le dio la estela a seguir. Abrió la puerta sin llamar. Un hombre joven, vestido con vaqueros y una camisa azul con las mangas remangadas, repasaba unos papeles junto con otro más mayor, que de pie junto él, le mostraba unos documentos. El hombre joven le resultaba familiar. Tenía la piel muy clara y delicada, ojos oscuros, espesas cejas negras. Miró en su dirección con una sonrisa amable que la hizo sentirse bienvenida. Violeta dio un paso adelante.

—Soy la oficial Tap —dijo—. Colaboro con el inspector Bierzo en el caso de las muertes de Óliver Mas y Felicia Martínez. Necesito hablar con el nuevo propietario, el padre Carmelo. ¿Saben ustedes si está por aquí?

El joven se levantó y despejó una silla llena de legajos enrollados. Después le tendió la mano.

—Yo soy el padre Carmelo, es un placer conocerla. Por favor, siéntese.

—Prefiero estar de pie —dijo Violeta. En ese instante recordó que ya había visto al sacerdote antes, en el polideportivo nuevo, conversando con Wendy.

El sacerdote dio un amistoso toque en el hombro al hombre que estaba junto a él.

—Ramón, seguiremos hablando después. ¿Puedes ir a los almacenes y hablar con el encargado? Después comunícales a todos que el próximo lunes reemprenderemos la marcha habitual. Hay mucho trabajo que hacer.

El hombre aceptó las órdenes complacido, dedicó una mirada enigmática a Violeta y se marchó.

Aunque el relato de Wendy la había predispuesto, en realidad no se esperaba encontrar a un hombre con tanto carisma como el padre Carmelo. Eso explicaba en parte la supuesta fijación de Óliver por él. Violeta sintió ganas de contemplarlo en silencio por unos minutos, de entender qué clase de luz irradiaba. Sentía paz junto a él. El padre revolvió unos papeles, mientras ordenaba su escritorio. Parecía ajeno al efecto que causaba en los demás:

—Todavía estoy tratando de situarme —se excusó—. Al principio pensé que esta responsabilidad estaba muy por encima de mis capacidades, pero me dije que era un pensamiento muy necio y absurdo, porque Él está siempre a mi lado. Mandé a todos los empleados de vacaciones. Era apropiado guardar luto por Óliver y estuve meditando con Dios. ¿Por qué llegaba esto a mí, un humilde hombre de religión? Después lo acepté y todo empezó a mostrarse ante mis ojos con maravillosa claridad.

El padre se dirigía a ella con la afabilidad de quien habla con un completo igual.

—Por ejemplo —siguió—, la fábrica de Óliver exporta a varios países en vías de desarrollo,

además de a los mercados más potentes. Ahora podemos lograr, tal vez, iniciar algún plan de cooperación con las comunidades locales. Por no hablar de los chicos y chicas en riesgo de exclusión de aquí, que podemos emplear en la fábrica o incluir en algún taller de inserción. Es inevitable que una empresa pretenda ganar dinero, pues ese es su fin primero, pero puede y debe en su misión ayudar a los demás, compartir oportunidades, ser ética y responsable, ¿no cree? Creo que ese era el plan.

A Violeta le pareció una idea bonita, pero ella tenía algo urgente en lo que centrarse que no guardaba relación con la responsabilidad empresarial:

—¿Por qué cree que el señor Mas le dejó su fábrica?

El padre Carmelo reflexionó unos segundos:

—Óliver era un hombre creyente y sin hijos —dijo al fin—. Supongo que cuando hizo su testamento pensó que debía compartir ese legado entre su madre y la Iglesia. Pasa a menudo entre la gente piadosa.

—Pero pensaba casarse…

—Sí y tal vez entonces hubiera cambiado sus voluntades, es verdad. Aun así, no creo que se hubiera olvidado de ser caritativo. Era generoso en sus aportaciones. Estaba convencido de ganar así la gracia divina.

—¿Le sorprendió a usted la herencia?

—Con franqueza, sí. Que me dejara a título personal todo esto. —Levantó los brazos abarcando el espacio—. Como le he dicho, no lo esperaba, pero ¿quién soy yo para rechazarlo?

—¿Cómo era su relación con el señor Mas?, ¿era usted su confesor?

El padre se levantó, rodeó la mesa y se sentó en una esquina, frente a Violeta. Su postura era abierta, comunicativa.

—Óliver era un buen feligrés. Como ser humano, estaba muy seguro de sí mismo y se comportaba a veces con la rudeza propia de quien está acostumbrado a hacer las cosas a su manera. No era humilde, pero sí tenía fe, de algún modo. Daba trabajo al pueblo y ejercía liderazgo. Nuestra relación era buena. Yo trataba de influir positivamente en él, pero he de reconocer que a veces era difícil convencerle de abrir su visión.

Violeta dudó. El padre Carmelo le gustaba, pero ella quería salir de allí con el trabajo hecho. Aunque el padre no estaba dispuesto a atacar al difunto, era su deber llegar al fondo del asunto.

—Verá, padre, hemos sabido que el difunto tenía cierta obsesión personal con usted. ¿Es eso cierto?, ¿hasta qué punto llegaba?

El padre suspiró y entrelazó las manos sin asomo de juicio:

—Es cierto que Óliver parecía confundido. Ansiaba a Dios y veía en mí a su mensajero.

—¿No había nada más que eso? ¿No intentaba él…?

El padre comprendió la pregunta:

—A veces los pacientes se enamoran de sus psiquiatras, lo habrá usted oído. Y en ocasiones los feligreses se encaprichan de sus confesores. Cuando Óliver me mostró sus intenciones, le hice ver lo inapropiado de su conducta y le pedí que tratara de buscar ayuda inmediatamente.

—¿Ayuda por su orientación sexual?

—Aunque no lo crea soy un hombre de ideas avanzadas. Le sugerí que pidiera ayuda por su falta de control y su ira. Podía ponerse muy furioso cuando no conseguía lo que quería. Desde niño estuvo acostumbrado a ganar y su frustración era muy destructiva.

—¿Temió usted por su integridad en algún momento?

—Oficial, yo siempre me he sentido protegido, de alguna manera. Sabía que Óliver no podía hacerme daño.

—Pero si estos rumores hubieran llegado hasta la diócesis, podrían haberle causado problemas.

—Mi máxima preocupación fue desarrollar mi labor y que mi ejemplo hablara por mí.

Tap trató de captar cualquier signo de impaciencia en el sacerdote, pero fue inútil.

—¿Y quién cree usted que podría desear la muerte de Óliver Mas?, ¿quién querría envenenarlo?

El padre miró a Violeta con sus ojos marrones de largas pestañas:

—Alguien que no tuvo paciencia para buscar a Dios, supongo.

Violeta suspiró. Era exasperante conversar así. Para él todo se reducía a lo mismo. Quizá por eso parecía tan en paz consigo mismo, pero el mundo no era así. Había gente que odiaba y gente que hacía el mal. Y Dios no podía o no quería evitarlo.

De aquella visita no había sacado nada importante, más allá de más evidencias de que Óliver Mas era un tipo odioso, dijera lo que dijera su confesor. El padre Carmelo volvió a concentrarse en sus papeles. Violeta estaba a punto de marcharse:

—¿Se confesaba con usted Felicia, la farmacéutica? —preguntó.

—Claro, todo el pueblo practicante. Soy el único sacerdote. Felicia venía a verme todas las semanas.

—¿Por casualidad no le dijo nada que pudiera llamarle la atención?

—Estoy segura de que conoce el secreto de confesión.

—Solo le pregunto si sabe algún detalle que pueda ayudar a hacer justicia con las víctimas.

El padre negó con la cabeza:

—El sigilo sacramental es inviolable, pero le diré que Felicia no solía venir a mí con grandes problemas. Su mundo era demasiado pequeño y su entendimiento, limitado.

El padre pareció recordar algo de pronto, o tal vez actuaba movido por su incansable deseo de ser útil.

—Esto se lo puedo decir porque no me lo comunicó en confesión, pero recuerdo que me contó que había discutido con Helena Rico y estaba muy convencida de tener la razón. A menudo me comentaba impresiones así. Buscaba reafirmarse en sus defectos y yo trataba de ayudarle a corregir ese rasgo de carácter.

—¿Discutido sobre qué?

—No puedo decirle más.

—¿Tiene idea de quién pudo matarla?

El padre suspiró, entornó sus ojos y Violeta supo qué iba a decirle.

—No me lo diga —interrumpió—, alguien que no tuvo paciencia para encontrar a Dios.

Veintiocho

Cuando esa noche Violeta llegó a casa de la doctora Giménez encontró al inspector Bierzo ante los fogones con un gracioso delantal sobre su traje de firma. Removía una cacerola afanosamente con una cuchara de madera. Carmen estaba a su lado con una copa de vino. Holmes acudió solícito a dar la bienvenida a la recién llegada. Con la cola daba a las paredes golpes que resonaban como campanadas.

—Andy es un experto en salsas, entre otras cosas —dijo Carmen observando los progresos de Bierzo—. Es un terreno en el que se atreve a experimentar. Siempre espero que me sorprenda.

El inspector seguía concentrado y no se dio la vuelta para saludar a Violeta:

—Si he conseguido algo de maestría, es porque desecho el concepto de la salsa como un acompañamiento. Es aquí donde el plato se puede elevar, así que, abordar esto como un un mero suplemento, un añadido del plato principal, es un gran error. En realidad, la salsa lo es todo. En este caso, el toque de chocolate y fresas potenciará, sin eclipsarlo, el sabor del asado que Carmen nos va a ofrecer.

Carmen guiñó un ojo a Violeta:

—Mi asado es precocinado, querido, pero gracias por tu esfuerzo. Lo apreciaremos las dos. Violeta, sírvete algo de beber, por favor.

La doctora Giménez estaba radiante esa noche. Parecía totalmente liberada de su habitual hastío. Se había cortado un poco el pelo, y ahora sus rizos parecían más espesos. Llevaba unos pendientes dorados que resaltaban su tono de piel tostado. Violeta se preguntó si tal vez el inspector le había dado alguna buena noticia. Hacían una bonita pareja. Por mil vidas que viviera Bierzo nunca encontraría a una mujer como Carmen Giménez.

Cuando la cena estuvo lista y mientras Carmen ponía la mesa, el inspector Bierzo, en un aparte, pidió a Violeta que le contara los detalles de su visita a la fábrica de lámparas. Violeta le explicó su encuentro con el padre Carmelo y al inspector le interesó mucho el asunto de la discusión entre Felicia y Helena Rico.

—No es de buena educación cuchichear antes de cenar —censuró la doctora ofreciéndoles unas galletas saladas—, la anfitriona se lo puede tomar a mal.

—Hablábamos de trabajo, Carmen. Violeta me estaba poniendo al día, pero ya estamos listos, ¿verdad?

Se sentaron a la mesa. La doctora sonrió y bebió un trago de su copa:

—Este pueblo nunca ha estado más vivo que en estas circunstancias. Es como en esas novelas malas que solo se animan si muere alguien.

Bierzo palideció:

—Yo no lo encuentro nada divertido. Han muerto dos personas del pueblo.

—Personalmente, no eran los vecinos más afables del municipio. No me malinterpretéis, no es que desee mal a nadie de este santo lugar, pero Benimarte ha perdido a un gilipollas y a una mezquina chismosa.

Violeta no pudo reprimir una sonrisa, Bierzo dejó el tenedor con disgusto:

—¡Carmen!

—¿De quién sospecháis? —a la doctora Giménez le brillaban los ojos con un matiz desconcertante. Violeta ya no sabía distinguir si estaba muy contenta o bastante enfadada en realidad. Ahora pensó que tal vez Bierzo había metido la pata en algún momento. Todo entre

ellos era tan ambivalente que Violeta se sentía incapaz de descifrarlos.

—No podemos hablar de ello —dijo el inspector—, ¿verdad, Violeta?

Tap asintió mientras probaba el asado. La salsa estaba exquisita.

—Bueno, eso está claro —dijo Carmen—, pero yo no soy cualquiera. Yo soy yo, Andy.

—Pero tú, querida, eres parte del pueblo, de algún modo.

—Sí, supongo. Espera, un momento: ¿no seré sospechosa?

Bierzo negó con la cabeza:

—Claro que no.

—Bien porque anoche, cuando mataron a Felicia estuve aquí durmiendo sola. Holmes puede confirmarlo. —Lanzó una mirada muy intencional a Bierzo, que no demostró darse por aludido —. Por otro lado, ya sabes que estuve en el espectáculo de los cuchillos la tarde que murió Óliver Mas. Aquello fue muy emocionante.

—Carmen, no digas otra vez que fue emocionante, porque parece que lo apruebes.

Violeta miraba a ambos. Prefería callar y observar. Las mejillas de la doctora tenían un bonito color coral:

—Por favor, no pretendamos ser siempre tan correctos, es antinatural. Te digo que aquello fue muy emocionante, terrible, e impactante, pero un gran espectáculo a fin de cuentas. Irene Valverde es maravillosa. Realmente lo atemorizó antes de lanzar los cuchillos. Es una actriz impresionante y estaba metida en su papel por completo. Óliver estaba más blanco que la pared. Imagínate, él atado ante una mujer armada que bromeaba con dejarlo como un alfiletero. Creo que todo el pueblo nos regocijamos en nuestros asientos. Claro que, cuando pienso que el pobre desgraciado había tomado raticida por un tubo, no me parece tan gracioso.

—Por fin dices algo sensato —dijo Bierzo.

—¿Conocías mucho a Óliver? —preguntó Violeta. Carmen y Bierzo la miraron como si aquellas primeras palabras suyas fueran trascendentes.

—Oh, bueno, lo normal. Era un plasta prepotente. ¿Sabéis que alardeaba de haber sido médico militar? Presumía de haber salvado la vida de muchos civiles. Un día me pilló por banda y me puso la cabeza como un bombo con el tema.

—Creía que siempre había sido empresario —observó Violeta.

—Y así fue durante la mayor parte de su vida —explicó el inspector—. Lo que Cuenta Carmen es una novedad para mí.

Carmen pareció satisfecha de tener una información inédita.

—Pero en realidad, el tío no tenía ni idea. Estuve indagando, movida por la curiosidad. Duró unos meses en el ejército, ¿y a eso le llamaba carrera militar? Un flipado. Cuando hablabas con él era evidente que sus conocimientos de medicina eran muy básicos, así que pobre del que cayera en sus manos. Sin embargo, hay que reconocer que se daba aires de grandeza y que por momentos podía ser convincente. Algunas personas consiguen causar ese efecto, pero a mí no me engañaba. Era un patán.

—¿Y quién crees que lo mató? —preguntó Violeta.

—¿Podemos hablar de otro tema? —el inspector Bierzo parecía irritado—. Esto es algo que tenemos que trabajar fuera de aquí. Ahora estamos disfrutando de la cena. Podemos conversar de cualquier otra cosa.

—Pero no hay nada más interesante en Benimarte —protestó Carmen.

—Te repito que esto no es interesante, Carmen.

—Entonces estás de acuerdo conmigo en que Benimarte no es nada interesante.

Bierzo agarraba con fuerza el tenedor y la doctora Giménez se estaba sirviendo otra copa.

—He traído unos dulces —dijo Violeta acercando una bandeja envuelta en papel verde, dispuesta a acabar con la tensión—. En la tetería de Wendy me han hecho un surtido con lo mejor del pueblo.

Bierzo y Carmen se concentraron en ella y parecieron firmar la paz por unos instantes.

—¿Por qué no has ido a Buen gusto? —dijo Carmen—. El dueño, es un hombre muy amable.

—Es un cerebro de chorlito lleno de músculos y vacío de contenido —puntualizó Bierzo.

—Puede que tener contenido sea útil para una enciclopedia, pero no es esencial para un hombre.

Violeta abrió la bandeja, tratando de ignorar las puyas de la pareja:

—Trufas, merengue y… —Mostró unas pastas envueltas—… rosquillas.

El inspector se pasó una mano por la frente y se hundió un poco en su asiento:

—Gracias, pero creo que ya no tengo apetito.

—Pondré algo de música —dijo Carmen levantándose y dando un mordisco al merengue.

Por suerte, la música obró el efecto esperado y después de la cena el ambiente se distendió. Consiguieron por fin hablar de trivialidades sin reproches y con normalidad. La doctora Giménez había rebajado su nivel de entusiasmo y su comedida actitud parecía encajar mejor con la introspección del melancólico Bierzo. Violeta los miraba tratando de entender las diferencias que los repelían. Era una lástima tener la opción de poder ser amado y escoger la diferencia, la distancia y el inconveniente. Ella lo sabía y valoraba lo que ellos ignoraban tener. ¡Si solo ellos supieran lo que anhelaba el amor!

Decidió que era el momento de desaparecer. Acarició a Holmes y dio gracias a Carmen por la cena. Antes de marcharse, echó un vistazo fugaz y observó que el inspector acercaba la mano a Carmen, pero ella, absorta en sus pensamientos, no se percató del gesto de él.

Veintinueve

Violeta se sentía incómoda. La doctora Giménez y su jefe estaban a solo unos metros de su habitación. La calma de la noche parecía amplificar las voces de sus amigos y se sentía como una intrusa. El pueblo sin duda podía ser opresivo y esa era la sensación que la dominaba en esos instantes. Quizás a ellos no les importaba que Violeta estuviera cerca, despierta, tratando de no escuchar. Aguantó media hora, pero el vino la había despejado y le resultaba imposible dormir. Aún no se había desvestido, así que decidió salir a dar una vuelta.

Aunque no era excesivamente tarde, no había ni un alma por la calle principal. Los comercios estaban cerrados y las luces de las casas, apagadas.

«Todas las ovejas están en el redil», pensó. «Ninguna se atreve a desafiar a la noche y sus misterios».

Aquello le recordó a un pasaje de un libro de Aurora Mist: La luna tiene mil ojos. Se preguntó si acaso la escritora también se sentía extranjera en su pueblo. Tal vez por eso sus personajes nunca encajaban en el entorno y lidiaban con problemas de pertenencia. Pero, aunque estaban llenas de dificultades, Violeta valoraba esas historias porque permitían que gente como ella se reconociera. Aurora Mist les ofrecía un lugar de existencia y les prestaba su voz.

Caminar no bastaba y cogió el coche. No sabía adónde se dirigía, pero conducir le hacía bien. Se encontraba más tranquila, en una especie de meditación guiada. Era su subconsciente el que conducía mientras ella trataba de conectar con el Benimarte nocturno. ¿Qué se podía hacer allí a esas horas? ¿Tal vez acudir al local de Gloria Laborde, el lugar del pecado? Pero, ¿y una mujer?, ¿qué podía hacer una forastera allí, a esas horas? Probablemente, nada. Era la hora fantasma, reservada a las sombras y los insomnes.

De repente, una figura blanca se abalanzó sobre el coche. Violeta, que apenas llevaba velocidad, pudo detenerse, haciendo chirriar los frenos. Solo unos centímetros evitaron el impacto contra la figura que, tras el frenazo, cayó fuera de su ángulo de visión. Ahogó un grito creyendo estar ante un fantasma o una criatura de la noche. Sacudió la cabeza, desechando la idea. Era mucho más terrorífico haber atropellado a una persona de carne y hueso. Salió del coche y vio a una mujer tumbada boca abajo en el asfalto. Llevaba el pelo suelto en una melena espesa y una bata blanca sedosa cubría su cuerpo.

Por fortuna, no le había dado y la mujer empezaba a mover los dedos de las manos, recuperándose del shock. Violeta se arrodilló junto a ella y le dio la vuelta con cuidado. La conocía: era Helena Rico. La mujer abrió los ojos y los centró en la oficial, después se tapó la cara con las manos y gritó.

—¿Está usted bien? —preguntó Violeta— Podría haberla matado. ¿A dónde iba?

La mujer no razonaba y decía solo palabras inconexas. Estaba sudando y ahora empezaba a temblar. Era más que evidente que se encontraba conmocionada, pero ¿por qué se había abalanzado sobre su coche? No mostraba evidencias de haber sido atacada y tampoco vio nada que llamara su atención en la calle donde se encontraban. Avanzó unos metros, tratando de identificar cualquier amenaza que la hubiera podido llevar a salir corriendo así, pero las sombras de la noche parecían solo sombras y el silencio no era más que rutinario. Nadie ni nada allí justificaban el miedo de la mujer.

Volvió con Helena, que continuaba en su delirio. Como no reaccionaba, decidió actuar por su cuenta y la cogió en brazos. Resistió mientras la mujer, con los ojos llorosos, se aferraba a ella,

clavándole las uñas en los hombros. La llevó al coche y la sentó en el asiento de atrás. Helena se deslizó por el asiento mientras decía cosas sin sentido, de las cuales, la oficial solo entendió: «por favor, por favor».

Tap condujo de vuelta al piso. Levantó a Helena de nuevo, quien, sumida en su estupor, se mostraba incapaz de tenerse en pie por sí misma y alternaba estados de conciencia y atonía. Violeta cargó con ella y fue directamente a la puerta de la doctora Giménez.

Carmen abrió y la miró con sorpresa. Su pelo estaba revuelto y llevaba un albornoz como única ropa.

—¿Qué ha pasado? —preguntó mirando con avidez médica.

—Me la he encontrado así y casi la atropello. No sé qué le pasa. Ha vomitado en el coche.

La doctora se apartó de la puerta para dejarle paso.

—Tengo que avisar inmediatamente al inspector Bierzo —dijo Violeta.

—No hace falta. Está aquí todavía.

En efecto, Bierzo salió del baño en ese momento abotonándose la camisa y silbando con aire juvenil. Al ver la escena se apresuró hacia ellas. Violeta le explicó lo que había ocurrido.

Carmen les ordenó que llevaran a la mujer al gabinete médico. Después se encerró con la paciente, mientras ellos esperaban en el salón.

El inspector daba pasos por la estancia con la vista fija en sus zapatos. No le preguntó a Violeta por qué estaba dando una vuelta en el coche a esas horas de la noche, ni ella le preguntó por qué seguía en la casa de la doctora Giménez. Ninguno de los dos tenía que dar explicaciones.

—¿Ha ido a su casa, a la de Helena? —preguntó Bierzo— , ¿sabemos qué la ha puesto en este estado?

—He venido directamente a ver a la doctora. No sabía si se trataba de algo grave. Aparentemente, no tiene heridas, pero estaba muy alterada. Creo que está enferma, tal vez una fuerte gripe, no lo sé.

—Uno de los dos tendría que ir a su domicilio ahora mismo. Helena tiene un hijo pequeño. Hay que asegurarse de que esté bien.

—Por supuesto —dijo Violeta inquieta de pronto porque no había previsto aquella posibilidad.

La doctora Giménez abrió la puerta en ese momento. Había cambiado el albornoz por su bata de médico. El fonendoscopio colgaba de su cuello y volvía a tener un aspecto profesional y riguroso. Los dos la miraron esperando las noticias.

—Ya está más tranquila, aunque tendrá que descansar unas horas.

—¿Ha dicho algo del niño? —preguntó Bierzo.

—No te preocupes, el crío está con Wendy, eso me ha dicho, aunque deberías comprobarlo, dado su estado de confusión.

Bierzo miró a Violeta, encargándole la misión con un gesto. Violeta se acercó al teléfono y cogió la guía.

—¿Podemos hablar con ella? —preguntó el inspector a Carmen—, ¿sabes qué le sucede?, ¿alguien la ha atacado o solo es una fuerte indisposición?

La doctora Giménez negó con la cabeza:

—Nadie la ha asaltado y, en efecto, está muy indispuesta. A falta de los análisis de sangre, la evidencia apunta a que sufre de síndrome de abstinencia.

—¿Quieres decir que…?

—Tiene el mono. Es adicta a los opiáceos. Por lo que he averiguado lleva mucho tiempo consumiendo morfina, codeína y tramadol en dosis altas.

—¿Lo sabías?

—Qué va. Ella no se trata aquí. No tengo ni su historial.

—¿Es peligroso?

—Lleva unas setenta y dos horas en ese estado. Lo pasará mal, pero se pondrá bien. Le he administrado Tylenol y eso la calmará. Desde luego, cuando pase esto, tendrá que tratar la dependencia con un especialista. Ahí yo no puedo hacer nada.

Violeta acababa de colgar el teléfono.

—Inspector, Wendy ha confirmado que el pequeño Juanito está con ella. Helena le pidió que se ocupara de él un par de días.

Bierzo respiró hondo. Por unos instantes el fantasma de otro asesinato en Benimarte había pasado por su lado. Pero todo estaba bien y nadie había muerto.

—Tengo que hablar con ella —solicitó Bierzo recuperando la energía.

—No es el momento, Andrés.

Pero el inspector Bierzo sentía que sí era el momento. No podía admitir más problemas en el pueblo. Necesitaba saber, adelantarse, mitigar su ansiedad.

Entró en el gabinete. Carmen había echado una manta sobre Helena, que estaba tumbada en la camilla, musitando palabras inaudibles. Tenía las pupilas dilatadas y seguía moviendo las manos con crispación. El inspector dio un paso al frente y Helena lo miró como si no lo conociera de nada.

—Helena, soy yo, el inspector Bierzo. Necesito hacerte un par de preguntas.

La doctora Giménez y Violeta se habían colocado a su espalda.

—¿Discutiste con Felicia la semana pasada?

Helena cerró los ojos y lanzó un quejido. La doctora se aproximó:

—Andrés, no está bien. Cualquier cosa que diga ahora…

—Es muy importante —cortó Bierzo.

—Sí —dijo Helena con un hilo de voz, sorprendiéndolos a los dos—. Le pedí morfina. Ya llevaba tiempo negándomela, pero pensé que la podría convencer.

—Pero se negó, ¿verdad? —El inspector se situó junto a ella.

La mujer asintió con gesto ausente, la doctora le ofreció un vaso de agua y le hizo beber.

—Ella, ella se rio de mí —continuó Helena—. Parecía disfrutar con mi sufrimiento y yo… la golpeé con la mano. Perdí los nervios, no quería hacerle daño.

—¿Qué pasó después?

—Ella me devolvió el bofetón. Dijo que me denunciaría, que me quitarían al niño.

—¿Y por eso la mataste?

—¡No! Jamás hubiera llegado a ese extremo. Cuando comprendí que solo podía perjudicarme, me marché.

—¿Por qué a Felicia, por qué no fuiste a otra farmacia? —quiso saber el inspector. La difunta no era la persona más caritativa en quien podía pensar.

—Posiblemente ya la conozcan en todas las farmacias de los alrededores —dijo Carmen—, en casos así suele suceder. Cada vez es más difícil encontrar el suministro.

—Vicente me pidió que no saliera de Benimarte. Usted quería que todos siguiéramos aquí mientras se aclaraban las cosas y me dijo que mi actitud podía levantar sospechas.

—¿El alcalde estaba al corriente de tu problema?

—Pensaba que era una cuestión de voluntad. Le dije que necesitaba salir del pueblo para conseguir mis medicinas, pero me pidió que fuera fuerte y contara con Felicia. Dijo que me ayudaría.

—¿Dónde estabas la noche que mataron a Felicia?

—La pasé con Vicente. Quiere que nos casemos.

—¿Y tú quieres? —preguntó Violeta desde la distancia. Su intuición se disparaba en esos casos.

—Vicente quiere que nos casemos —repitió y luego murmuró algo inteligible.

—Bueno, basta ya —cortó la doctora Giménez—. No es momento de indagar sobre su vida sentimental con el alcalde. Esta mujer es ahora mi paciente y necesita reposo. Ya habrá tiempo de hablar en mejores condiciones.

El inspector y Violeta salieron del gabinete y Carmen los despidió con un gesto.

—No creo que haya que alarmar a nadie por este incidente —dijo Bierzo a su ayudante tras reflexionar—. Parece un caso personal, sin conexión con lo que nos interesa.

—Tenía motivos para odiar a Felicia. Óliver Más la acosaba y es una mujer inestable. No podemos pasar eso por alto.

—Ha dicho que estaba con el alcalde cuando atacaron a la farmacéutica y eso es clave. Sinceramente, no creo que su problema médico aclare nada sobre los homicidios.

Violeta no dijo nada. Sabía que el inspector quería proteger a una mujer vulnerable de las habladurías y los prejuicios, pero lo empezaba a conocer y estaba segura de que también le preocupaban los detalles.

—Y sin embargo —completó Bierzo—, en Benimarte nada pasa porque sí. Todo importa.

Treinta

Horas después, la señora Díaz depositó una bandeja sobre la mesa del inspector. Bierzo no había podido pegar ojo y se sentía deprimido. Violeta, por el contrario, mostraba un aspecto fresco y renovado, con el pelo peinado con fijador y el uniforme sin una arruga. Repasaba los informes de los interrogatorios en busca de contradicciones.

—Lo lamento inspector —dijo la señora Díaz—, habría querido traerle unas de esas deliciosas rosquillas, pero Wendy me ha dicho que no quedan. Al parecer Pepa Camacho está enferma y ha fallado en la entrega de estos días.

Bierzo miró con desgana la galleta seca que la señora Díaz le ofrecía con toda la buena voluntad. Su famoso «café espantoso» le esperaba humeante al lado. Pero no fue la visión de aquel peligroso desayuno lo que le perturbó, sino la mención de las malditas rosquillas.

—Vamos a hacer una visita a Pepa. —Dio un golpe sobre la mesa. Violeta se levantó sin preguntar más. Bierzo se vio en la necesidad de aclarar su decisión—. No solo me preocupa la seguridad, también la salud de mis vecinos.

En realidad, Bierzo no tenía pensado cómo proceder. Actuaba a impulsos, siguiendo los momentos intuitivos tal y como venían, pero no quería que la oficial lo notara. Era él quien había solicitado una escudera y no era capaz de pedirle que tomara la dirección de la investigación y le dijera por dónde seguir. Se suponía que ese era su trabajo.

Llegaron a la calle Minotauro en la que las dos casas de Pepa y Helena se alzaban una frente a otra.

—Las dos indispuestas a la vez —dijo Bierzo.

—La doctora Giménez ha dicho que Helena va a descansar bajo su supervisión unos días. —Violeta observaba la pintura descascarillada de la fachada. Realmente, la casa de Helena necesitaba un lavado de cara.

Centraron su atención en la propiedad de Pepa Camacho. La puerta de entrada relucía con el barniz brillante, las cortinas estaban corridas.

Bierzo llamó a la puerta sin obtener respuesta. Rodeó la casa intentando ver algo por la ventana, pero no había ningún resquicio por el que escudriñar el interior. Violeta se acercó a la puerta y la empujó. Estaba abierta. El inspector hizo un gesto de escepticismo y entró en la casa tras ella.

El salón estaba a oscuras y Bierzo encendió una pequeña lampara para mitigar la ausencia de luz. Los muebles habían sido apartados a un lado y las baldosas del suelo relucían como un espejo. Todo estaba silencioso. Olía a una mezcla de desinfectante y algo horneado.

—Rosquillas —dijo Violeta.

Bierzo llamó a Pepa Camacho, pero no obtuvo respuesta. En la cocina, la luz del horno estaba encendida y los atrajo hacia allí. Los ingredientes y los cacharros estaban dispuestos con orden. El inspector levantó una de las bandejas del banco de trabajo. Las rosquillas esperaban listas para el horno. Se acercó para oler la masa.

—Andrés, ¿qué haces en mi casa?

Bierzo dio un respingo y tuvo que aferrar bien la bandeja para no dejarla caer. Pepa había salido de la trascocina y las cortinas de metal que separaban el espacio aún se movían tras ella. Llevaba un delantal lleno de manchas sobre una camiseta tamaño XXL y unos pantalones con los bajos descosidos.

—La puerta estaba abierta —se disculpó Bierzo—. La oficial Tap y yo hemos venido a ver qué tal estás. Estamos preocupados por el bienestar de todos los habitantes de Benimarte y nos alarmó tu ausencia.

Pepa miró a Violeta, después a Bierzo y dio un paso atrás:

—Tengo la gripe —dijo—, será mejor que no te acerques.

—Y, sin embargo, sigues trabajando sin descanso —observó Bierzo.

—Ahora esto es lo que nos da de comer.

La mirada de Pepa recorría la cocina sin detenerse en ningún punto concreto.

—Ya sabrás lo de Felicia —dijo Bierzo.

—Es difícil no enterarse de algo en Benimarte. Llevo toda la semana enferma, en la cama. Hoy es el primer día que me levanto. Me enteré de lo de Felicia porque escuché el bando del pueblo: una desgracia más.

—El pueblo está de luto y los ánimos, un poco bajos, sí.

—¿De verdad te preocupa lo que pase en Benimarte, o lo dices por decir? —preguntó la mujer con tono airado—. La policía debería trabajar para hacernos sentir seguros en lugar de husmear en la casa de la gente decente.

—Alguien regaló un paquete de rosquillas envenenadas a Óliver Mas —contraatacó Bierzo —. ¿Tienes idea de quién pudo ser?

Pepa les dio la espalda. Había comenzado a limpiar el banco de la cocina con un spray. Frotaba con fuerza y volvía a pulverizar.

—No soy responsable de lo que haga la gente con mis rosquillas —dijo—. Yo solo cocino. Le llevo los paquetes a Wendy y ella se encarga del resto. A Óliver nunca le regalé nada. A veces las tomaba aquí conmigo, pero no era habitual.

Pepa miró de nuevo a los policías y se apoyó en el banco de la cocina con si necesitara un agarre.

—Deberías descansar si estás enferma —dijo Bierzo un poco aturdido por el olor a desinfectante.

—¿Cuándo detendrás al culpable? —exigió Pepa ignorando su comentario— Óliver está muerto y también Felicia. Ese asesino no va a detenerse. ¿Quién será el próximo?

—No hay indicios de que esto sea cosa de un asesino en serie, pero puedes estar segura de que trabajamos sin descanso para detener al culpable o los culpables.

Pepa se acercó al horno y lo abrió. El calor llegó hasta las piernas de Bierzo.

—Queremos recuperar nuestra vida, Andrés. Tú eres responsable de eso, de traernos la paz. —Pepa cerró la puerta con un golpe seco—. Te diré una cosa: estoy segura de que esto es obra de un forastero. Alguien de fuera de Benimarte, que no aprecia el pueblo ni sus valores y nos quiere destruir.

Pepa miró fugazmente a la pared. Bierzo captó la intención del gesto. Supo que estaba aludiendo a su vecina Helena.

—¿Dónde está su hijo? —preguntó Violeta. Había entrado en la cocina y se apoyaba sobre un calendario de pared con los brazos cruzados.

—Con mi hermana —dijo Pepa—. Ya estoy harta de que esté siempre por ahí vagando y más ahora que hay un asesino suelto por las calles. Con esta horrible gripe, yo no podía encargarme. Con mi hermana estará bien.

—¿Dónde vive su hermana? —continuó Violeta.

Pepa dudó por un instante, después se pasó las manos manchadas de harina por la pechera del delantal.

—Marqués de Sahuquillo, tres.

—Es en la capital —precisó Bierzo.

Violeta tomó nota en su libreta.

—Pero no veo por qué apunta usted nada ahí —recriminó Pepa con acritud—. ¿Qué tiene que ver mi hermana con lo que ustedes investigan?

—Pura rutina—dijo Violeta con mucha calma. En ese momento el inspector agradeció mucho su presencia.

Pepa suspiró, conteniendo una explosión de rabia. Volvió a echar mano del multiusos.

—Andrés, la gente de fuera no puede arreglar esto. Ellos lo han causado, ¿no lo ves? Este era un pueblo feliz. ¡Teníamos planes, progresábamos!

Bierzo se impacientó. Aquella mujer desvariaba.

—Está bien, Pepa. Cuídate y recupérate pronto —zanjó.

Salió de la cocina, seguido de la oficial. Necesitaba un poco de aire fresco y se despidió apresuradamente. Ya afuera, inspiró hondo varias veces.

—Esta mujer es un poco cerrada, ¿no? —Violeta se había reunido con él.

—Está obsesionada con Helena Rico, ya lo sabe usted. Nunca la ha aceptado como a una de los nuestros.

Violeta asintió.

—Yo pensaba que hablaba de la señora Valverde. En todo caso, ¿no le parece sospechosa su actitud?, atrincherarse así en la casa y todas esas cosas que dice.

—El pueblo está alterado, Tap —sentenció Bierzo mirando hacia la casa de Helena Rico— y Pepa ha decidido encerrarse en su casa hasta que todo pase. Así funcionamos aquí, escondiéndonos. Puede resultar un tanto extraño para alguien de fuera, pero no se le puede acusar de nada mientras no tengamos pruebas sólidas.

—También ha decidido mandar a su hijo con su hermana. —Violeta mostró su libreta de notas—. Según ella, se preocupa por el pequeño.

—Eso sí que es nuevo —dijo Bierzo.

Treinta y uno

Violeta sentía que el ritmo de Benimarte se estaba apoderando de ellos lentamente. La gente no cooperaba, no tanto porque no quisiera, como porque había una fuerza, compacta pero perceptible, que se oponía a los esfuerzos por descubrir la verdad. Era la defensa del pueblo. Y así, el inspector Bierzo y ella se veían incapaces de avanzar aunque pusieran en ello todo su empeño. Intentó desechar esos pensamientos no apoyados en nada razonable.

El inspector padecía una fuerte jaqueca y la doctora Giménez, que no había querido hablar mucho y tampoco parecía de buen humor cuando se la cruzó en la escalera, le había prescrito unos analgésicos. Violeta se había ofrecido a ir a buscarlos a la farmacia.

El pueblo continuaba bajo los efectos de la pérdida de Felicia, por muy poco simpática que fuera. Cada habitante del lugar reforzaba el espíritu grupal, cada pérdida individual, lo amenazaba en su conjunto. A pesar de todo, la farmacia estaba abierta y Violeta pronto se sorprendió por el ambiente de relativa normalidad que reinaba allí. Un montón de cajas de cartón cerradas con adhesivo se apilaban a un lado del mostrador y todos los expositores estaban revueltos. Nada allí hacía pensar en sordidez o muerte, sino en laboriosidad. Alma estaba al teléfono, apuntando en una libreta. Llevaba las gafas sobre la punta de la nariz y ahí enfocaban sus pupilas. Al percatarse de la presencia de Violeta, le hizo un gesto para que entrara y colgó el aparato:

—Pase, pase, estamos abiertas —dudó—, quiero decir: estoy abierta.

Violeta le pidió las pastillas que la doctora había prescrito. Alma miró el papel que la oficial le tendía.

—Ah, sí, de estos tenemos de sobra. —Se giró y abrió un largo cajón con diligencia. Rebuscó un poco. —O puede que no… —Se volvió de nuevo hacia Violeta—. Verá, con todo lo que ha pasado, tenemos un poco de lío aún.

Violeta asintió:

—Comprensible. ¿Entonces, la farmacia seguirá abierta?

—Ah, ¿no se ha enterado? Creía que la policía lo sabía todo —apuntó Alma con cierta intención—. Pues verá, esta farmacia y también la vivienda de la trastienda, van a parar por herencia a una sobrina de Felicia. Vive en el extranjero, tiene un puesto muy importante y viaja constantemente. Yo ya estaba pensando en buscar otro trabajo, pero la sobrina de Felicia, una chica muy agradable, joven y competente, me llamó. Hablamos de la situación, me preguntó muchas cosas y al final me pidió que me quedara. Quiere mantener el negocio abierto y confía en mi experiencia. Seguramente, contratará a otra persona para que me ayude, pero todo seguirá igual. No sabe lo agradecida que estoy. A mi edad, empezar de nuevo hubiera sido muy complicado. Llevo toda la mañana hablando con los laboratorios y poniéndome al día, pero creo que todo va a salir muy bien. —Una nueva resolución animó su rostro—. Deje que busque esto dentro. Felicia era muy previsora y hacía pedidos de sobra.

Alma se metió en la rebotica y continuó su búsqueda. Violeta la oía canturrear.

Realmente, la vida siempre seguía adelante, era una ley natural. Muy pronto, los clientes se acostumbrarían a la ausencia de Felicia y poco quedaría de ella más que un recuerdo no siempre agradable.

Mientras aguardaba, la oficial Tap dio unos pasos y se aproximó al gran ventanal, abierto a la calle principal. Una mañana normal, nada más. Eso es lo que ella veía. Una calle, con la gente

yendo a sus recados. Poco tráfico. La casa de Óliver Mas, enfrente, obstaculizada a la vista por un imponente ficus centenario. La tetería de Wendy, en la esquina. La comisaría, en la otra esquina. Violeta volvió a mirar a la casa del difunto. ¿Qué podía haber visto Felicia?, ¿qué sabía que los demás ignoraban?, ¿por qué aseguraba conocer la identidad del asesino? Centró su atención en el ficus. El árbol monumental le impedía ver y ocultaba la ventana principal de la casa de los Mas. Dio un paso a un lado y volvió a encontrarse con el leñoso tronco. Y entonces algo la impulsó a salir de la farmacia.

Cruzó la gran avenida y se aproximó al majestuoso árbol. Aquel ejemplar extraordinario habría sido testigo de toda la historia del pueblo. Las ramas más bajas se ofrecían como una invitación a unirse a él. Pensó en cuántos niños disfrutarían jugando entre sus ramas. Había marcas de zapatillas en el tronco, y alguna inscripción rascada con un objeto punzante. Ese árbol era pura historia. Violeta no se lo pensó y se elevó sobre la rama inferior, encaramándose a una más alta. Por su tamaño era muy difícil avanzar entre las ramas buscando una posición estable y temía que alguna cediera a su peso. Para un adulto, aquella maniobra era complicada y muy atrevida. En cambio un niño, lo tendría chupado. Un niño podría esconderse allí y observar. Podría ver la avenida si miraba atrás y, si dirigía la vista al frente, la casa de Óliver Mas. Ese pensamiento la recorrió como una corriente vibrante. La persiana del ventanal de la casa estaba cerrada. Violeta saltó del árbol hasta el suelo. ¿Y si Felicia en realidad vio a alguien ver algo?, ¿era posible?, ¿descabellado?, ¿tenía sentido algo de todo aquello?

Una voz la sacó de sus pensamientos. Alma le hacía señales con los brazos desde la puerta de la farmacia. Agitaba una caja en la mano: las pastillas para el dolor de cabeza del inspector Bierzo.

Treinta y dos

El pequeño Juanito, el hijo de Helena, era un niño tan hermoso como modoso. El inspector y Violeta lo encontraron en el salón de Wendy, sentado a una de las mesas, dibujando con una inocente sonrisa apenas insinuada en sus labios, absorto en su tarea.

—Parece que no haya niño —dijo Wendy.

—Pepa dijo que era muy revoltoso —recordó Violeta, que se había formado otra imagen del pequeño.

—Mentira cochina —protestó indignada—. Además de listo, Juanito es muy bueno. Hasta me ayuda a colocar el té en sus botes, ¿verdad, Juanito?

El pequeño asintió:

—Me gusta el de Ceilán. De mayor iré allí.

El inspector suspiró y empezó a arrepentirse de haber accedido a aquella visita. Violeta había sugerido que hablaran con los niños del pueblo y trataran de averiguar algo, cualquier cosa relativa a Óliver. Él era el primero en querer tirar de cada hilo de la investigación, pero aquella insólita intuición de Tap le parecía tan vaga como compleja de ejecutar.

—¿Los niños de Benimarte? —había replicado cuando se lo propuso— ¿Qué quiere?, ¿que acudamos al censo, que vayamos al colegio? ¿Quiere que se mofen de mí?

—Solo quiero saber si a alguno de ellos le gusta trepar a los árboles.

—¿De verdad cree que es prioritario en este momento saciar su curiosidad a ese respecto?

—Será una indagación rápida —había dicho Violeta—. Empecemos por los que más conocemos, es peor quedarse aquí esperando, ¿no cree?

Violeta le había dado en su punto débil y era la única razón por la que había aceptado. Moverse en cualquier dirección, solo eso mitigaba su ansiedad.

Wendy les dijo que, según sabía, Helena estaba mucho mejor y pronto le llevaría al niño con ella. Los cuidados médicos de Carmen estaban funcionando.

—Te has portado muy bien con Helena —dijo Bierzo. Le gustaba la solidaridad de las mujeres. Desmontaba todos los mitos de competencia y rencor que el pueblo se esforzaba en alimentar.

—Sé lo que es sentirse sola —dijo ella sin una pizca de victimismo.

—¿Cuál es tu juego favorito? —la oficial Tap hablaba con el niño. Este dejó de pintar y la observó, pensativo, sin dejarse intimidar por su altura.

—El ajedrez —dijo finalmente.

—¿Sabes lo que es el ajedrez?

—Es un intelectual —dijo Wendy acariciando la cabeza de Juanito—, un guapo intelectual que de mayor será alguien importante. Un día el alcalde le pondrá su nombre a una calle. ¿A que sí?

El niño sonrió satisfecho, pero se encogió de hombros y volvió a centrarse en las pinturas. Escogía un color adecuado para su siguiente trazo; a pesar de su juventud, había un orden implícito en su manera de colorear. Wendy lo miraba con admiración:

—No es como el bruto de Tomás, el de Pepa, que siempre anda rompiendo cosas y metiéndose en líos. Un día, ese crío se partirá la crisma. Diga lo que diga ella, estos dos chicos son el sol y la luna, y ya sabéis quién es el sol.

El inspector miró a Violeta en busca de confirmación. No era necesario. Por fin veía

claramente cuál era el siguiente paso. Y eso era un alivio.

La hermana de Pepa Camacho vivía a doscientos kilómetros de distancia y era funcionaria de correos. Bierzo la recordaba vagamente porque, la mayor de las Camacho, se había ido de Benimarte a los diecisiete años para estudiar fuera y nunca había regresado.

—Es mejor que la pillemos desprevenida —dijo Bierzo cuando llegaron a la oficina de correos. Violeta estaba de acuerdo. Los dos se sentían cerca de algo, aunque aún no sabían de qué.

Ana Camacho no se parecía en nada a su hermana. Era una mujer sobria y de un físico armonioso. A Bierzo le recordó a una agradable bibliotecaria y le transmitió ante todo confianza e integridad. Solicitaron hablar con ella unos minutos y les hizo esperar un rato. Finalmente, salió a atenderlos y los acogió con una solemnidad serena, acorde a su aspecto.

—Hemos venido a hablar con usted en relación a las investigaciones que estamos llevando a cabo en Benimarte. Imagino que su hermana la tiene al corriente de todo.

—Sí, es un asunto feo. Le he dicho muchas veces a Pepa que debería salir del pueblo. Se encierra en un ambiente pequeño y sin futuro. Ignora que el mundo es grande y lleno de posibilidades.

—Benimarte puede ser un muy buen lugar para vivir, si encuentras tu sitio —dijo el inspector, para quien era inevitable ponerse a la defensiva cuando hablaban de su pueblo.

—Lo mismo podría decirse de una cárcel —replicó la mujer con sobria ironía—. Mi hermana tenía idea de formar algo con Óliver Mas, yo estaba al corriente. No me parecía la mejor de las soluciones. Aunque me fui muy joven, no guardo buen recuerdo de ese hombre, pero supongo que para ella, eso era mejor que estar siempre sola, preocupada por salir adelante. Ahora tendrá que recuperarse y pensar en qué es lo mejor para ella y Tomás.

—Le va muy bien con las rosquillas, tal vez tenga un porvenir ahí.

Ana Camacho se cruzó de brazos:

—Inspector, con otra persona tal vez tendría esperanzas, pero mi hermana ha tenido mala suerte en la vida y ese estigma la persigue. Le obsesiona su reputación. La única vez que salió del pueblo se enamoró de un mezquino posesivo y maltratador. Por fortuna, aquello se acabó y ahora… esto. Nada parece salirle bien, atrae las desgracias, pero, desde luego, tiene que pensar en su hijo y darle estabilidad de una vez.

—Precisamente —ratificó Bierzo—. ¿Dónde está Tomás? Sabemos que pasa unos días con usted. Necesitamos hablar con él. Nada importante, solo preguntarle un par de cosas.

—No va a ser posible. Mi sobrino está en un campamento.

—¿Lo ha enviado usted fuera?

—Las familias idílicas solo existen en los anuarios de Benimarte, inspector. Cuando hablé con mi hermana y comprendí que las cosas en el pueblo estaban muy descontroladas y que tal vez la estancia del pequeño se alargaría, tuve que tomar esa decisión. Yo estoy muy ocupada. Me han nombrado supervisora de un proyecto importante que implica mucha dedicación. Además, Tomás necesita disciplina y rutinas sanas.

—¿Y dónde está ese campamento? Tal vez podemos hablar con él por teléfono.

—Lo dudo. Ahora mismo está volando a Dublín. Desde allí viajará en autobús durante varias horas hasta Cork. En el campamento las comunicaciones están restringidas. Lo siento, pero no van a poder hablar con él en los próximos días.

—¿Cuándo regresará?

—En diez días.

El inspector resopló, contrariado. La funcionaria lo miraba imperturbable.

—Usted ha dicho que eran preguntas sin importancia. Supongo que el paradero de mi sobrino es el menor de sus problemas actualmente. —Miró el reloj—. Y ahora tengo que seguir con mi trabajo.

Ya en el exterior, Bierzo y Violeta intercambiaron una mirada, pensativos.

—¿Tiene usted la misma impresión que yo? —preguntó Bierzo.

—No quieren que Tomás esté localizable.

—Tratan de alejarlo.

—¿Y aquel primer marido de Pepa, inspector?, ¿nunca le ha llamado la atención? Ella ha dicho que fue un maltratador.

—Sí, y admito que me ha sorprendido. Sabemos muy poco de esa historia. Ya le expliqué que pasó fuera de Benimarte, hace años. Aunque no creo que venga a cuento ahora. Solo son rumores que ya nada importan.

—Usted dijo que en Benimarte se decía que él quería abandonarla por otra —insistió Violeta —, y eso no cuadra con lo que ha contado su hermana.

—Le repito que esa historia en este momento nos interesa poco. Lo pasado, pasado está.

—Puede que tenga razón, pero estoy convencida de que en el pasado se originan las respuestas del presente y los conflictos del futuro. Las heridas y los viejos rencores tienen siempre largo alcance.

Bierzo dio cabida a ese pensamiento por unos instantes. Su ayudante parecía inspirada en las últimas horas.

—¿Y qué le hace pensar así?, no me lo diga: los argumentos de los libros de Aurora Mist.

Violeta subió al coche.

—Los golpes de la vida, inspector.

Treinta y tres

Cuando regresaron al pueblo, se encontraron con un ambiente muy distinto al de los últimos días. Nadie diría que Benimarte estaba conmocionado y de luto. Una música vigorosa y triunfalista salía de unos altavoces dispuestos en la avenida de entrada al pueblo, que bullía con alboroto contagioso. Un grupo de vecinos bebía de vasos de plástico y entonaba cánticos.

—¿Qué pasa? —preguntó el inspector a uno de ellos, todavía desde el coche. Se necesitaba permiso de la policía local para emplear megafonía en la vía pública.

El hombre levantó el vaso con un gesto de ofrecimiento.

—¿Qué va a pasar? Ros ha salido reelegido. Invita a todos los vecinos a celebrarlo.

Había olvidado por completo las elecciones, aquel trámite con el que Vicente Ros certificaba una victoria sin oponentes y, por tanto, unánime. El inspector rechazó la bebida y volvió a centrarse en el volante.

—La vida sigue —dijo Tap, resumiendo el sentir de los dos.

Aparcaron el coche y echaron a andar hacia la comisaría. En la calle principal, la orquesta del pueblo improvisaba una tonadilla festiva al son de ritmos de viento y percusión. Al frente de ellos, una trabajadora del ayuntamiento, altavoz en mano, informaba del resultado electoral. Algunas personas seguían a la comitiva, que cada vez era más numerosa.

—¿Un desfile y todo? —observó Violeta.

—Una manera como otra de celebrar la victoria, nada más.

—Creía que el alcalde no tenía ningún oponente que le preocupara.

—Aún así se alegra de cada triunfo. Es su cuarta reelección.

Algunos vecinos se habían asomado a las ventanas. Otros, salían de sus casas y negocios y se quedaban observando al grupo de músicos. A Violeta le pareció haber sido transportada a otro siglo de repente, a uno de películas en blanco y negro y municipios poblados por ingenuos ciudadanos y autoritarios caciques.

En ese momento, vieron al alcalde saliendo de la tetería de Wendy. Caminaba con orgullo, sonriendo y dando la mano a los vecinos, uno a uno. Cuando llegó a la altura de los policías, los saludó calurosamente.

—Vas a tener que aguantarme un poco más, Andrés —dijo.

—Enhorabuena, Vicente. Creo que es una gran noticia para todos.

—Desde luego, es una satisfacción recibir el cariño de mi pueblo. Tú sabes que Benimarte es mi vida, mi vocación y razón de ser. Me dejo la piel por cada uno de sus habitantes y me recompensa sentir que reconocen mi labor y aprecian mi contribución.

El inspector no dijo nada. Solo observaba al alcalde. Violeta percibía cierta tensión entre ellos, por debajo de las palabras vacías, pero no sabía identificar de qué se trataba. Probablemente, el carácter competitivo del alcalde, con su discurso seguro y autocomplacido, representaba una amenaza para los hombres, aun sin pretenderlo. Desde luego, era difícil estar a la altura de su vigor, pasión y determinación.

Ros rodeó el hombro del inspector y le dio varias palmadas vigorosas.

—Este va a ser mi año. El mejor de toda mi vida. Lo voy a tener todo.

—¿Te queda algo por conquistar, Ros? —preguntó Bierzo sonando más punzante de lo que seguramente pretendía.

—Voy a formar una familia. Me caso con Helena. Está decidido.

—¿Se encuentra mejor la señorita Rico? —preguntó Violeta con genuino interés. El recuerdo de aquella mujer la entristecía.

El alcalde la miró como si la viera por vez primera, algo que le sucedía muy a menudo en ese pueblo.

—Está recuperada y muy feliz de iniciar una nueva etapa conmigo.

—Enhorabuena una vez más—dijo Bierzo con frialdad.

—Era una cuestión de tiempo que diéramos el paso. La vida en solitario no puede ofrecer la satisfacción total a un ser humano. El hombre nació para unirse a una mujer y dejar un legado. ¿No te parece?

—Supongo que sí —contestó el inspector con resignación.

—A ver cuándo nos das tú una alegría, ya va siendo hora. Nos engañemos como nos engañemos, un hombre soltero es un hombre imperfecto.

Violeta se preguntó si la euforia de la victoria electoral estaba perjudicando el sentido del alcalde o si tan solo expresaba de un modo natural sus convicciones. Ambas cosas le inquietaron.

El inspector se despidió con excusas sobre el mucho trabajo que aún les esperaba. Tenía prisa por librarse de Ros. Apretaron el paso y dejaron al alcalde hablando con Alma, que en ese momento había salido de la farmacia para felicitarle.

—Está muy satisfecho de sí mismo —opinó Violeta cuando ya se habían alejado lo suficiente.

—Ya lo ha oído usted: lo tiene todo en la vida.

—No lo imagino capaz de aceptar una derrota, ¿y usted?

—Eso no va con Ros, pero es que él nunca sale derrotado. Es capaz de conseguir que la realidad se acomode a sus deseos con una facilidad pasmosa. No hay nada ni nadie que se interponga en su camino.

—Y que yo sepa, solo Óliver Mas supuso una amenaza alguna vez para su carrera o intereses personales.

—Así es, y ahora Óliver está muerto y Helena va a casarse con él. Ya ve: al alcalde todo le sale siempre bien.

Violeta iba a opinar sobre aquella especie de suerte y la conveniencia de examinarla más a fondo, pero la señora Díaz, que salía de la comisaría en ese momento, la interrumpió.

—¡Inspector, por fin! No sabía cómo localizarle. Me estaba volviendo loca y usted tardaba tanto.

Violeta se puso en guardia y observó a Bierzo, que se había tensado ante la angustia evidente de su ayudante.

—¿Qué sucede? ¡Hable de una vez, por Dios, mujer!

—Se trata de la doctora Giménez.

—¿Qué pasa con Carmen?

—Ha cogido sus maletas y a Holmes y se ha marchado. Me ha dicho que abandona el pueblo para siempre y que no piensa volver. —La señora Díaz le tendió al inspector un sobre con una mirada que evidenciaba que odiaba ser la mensajera—. Le ha dejado una nota.

Bierzo estaba más pálido que el papel. Se quedó callado unos instantes. Después respiró hondo y cogió el sobre.

—Gracias, señora Díaz. Me doy por enterado.

La orquesta pasó en esos momentos por detrás de ellos y las palabras que añadió la señora Díaz lamentando la pérdida de la doctora quedaron ahogadas por una música tan victoriosa como inoportuna.

Treinta y cuatro

A la mañana siguiente, los efectos de la marcha de la doctora aún eran palpables en la comisaría. El inspector estaba muy callado releyendo la carta de Carmen una y otra vez. Violeta no sabía qué actitud adoptar. El inspector le caía bien, pero parecía incapaz de ver las cosas con distancia y lógica. Aunque, ¿quién era ella para meterse en eso? Pronto regresaría a la ciudad y a su vida anterior.

Bierzo se levantó, se dirigió a su biblioteca de referencia y sacó una voluminosa guía. Examinó el índice y después consultó una página. Luego resopló, cerró el libro y lanzó la carta sobre el escritorio. Se dejó caer en la silla y se tapó la cara con la mano.

—¿Quiere que lo dejemos por un rato y sigamos trabajando más tarde? —preguntó Violeta. Tenía ya la mano en el picaporte.

Bierzo no contestó y Violeta abrió la puerta:

—Se marcha a Queenstown, Nueva Zelanda —dijo por fin el inspector con voz de funeral—. He tenido que buscarlo en el atlas. No tenía ni idea, pero debí imaginar que buscaría el sitio más alejado posible de Benimarte y de mí.

Violeta dudó, después volvió a entrar en la oficina.

—¿Por qué no se marcha usted también?

Bierzo reaccionó con una mirada furiosa que expresaba su tormento interior:

—No empiece usted ahora, Tap. ¡Mi sitio está en Benimarte!

—Pero, ¿por qué?, ¿por qué se empeña? ¿No quiere a la doctora Giménez?

—No se trata de querer o no.

—Yo creo que sí se trata de eso.

—Usted no lo entiende.

—Puede que no —concedió ella—. Yo nunca he tenido un sitio que sintiera mío o al que perteneciera.

El inspector suavizó al instante su mirar, pero Violeta no quería inspirar lástima.

—Y eso me salvó, inspector.

Violeta se sentó frente a él.

—Mi madre murió al dar a luz. Mi padre se quedó sin ella y con un bebé muy desarrollado y fuerte. Quienes le conocen dicen que fue un golpe muy duro. Y yo misma, no tardé también en saberlo. Era una niña grande para mi edad y mi padre, empezó a culparme de la muerte de mi madre.

El inspector iba a hablar, pero Violeta continuó:

—Todo lo robusta y vital que yo era, demostraba que le había ido robando la vida a mi madre de algún modo, poco a poco, desde mi concepción hasta que en el parto ella acabó por sucumbir. Solo una de las dos podía sobrevivir y esa fui yo. Por eso él me despreciaba. Al principio, solo era fastidio y quejas. Parecía que todo lo hacía mal. Una mujer del pueblo vino a casa a ayudar a mi padre, pero ni siquiera ella pudo protegerme de su ira. Con el tiempo, el disgusto se convirtió en rencor y este, a su vez, en violencia. Fueron los peores años para mí. Mi padre se negó a darme una escolarización y bueno, no puedo decir que su trato fuera suave.

Violeta se detuvo. El inspector Bierzo se sentía incómodo por la confesión de la oficial, pero estaba admirado por la inocencia que la joven transmitía.

—Continúe, por favor —le pidió.

—Le ahorraré los peores detalles. Con quince años, me escapé de casa. Durante tres, me las apañé como pude para que no me descubrieran y me obligaran a regresar con él. Estuve fuera del país, sobreviviendo a base de trabajos precarios. Afortunadamente, era muy fuerte para mi edad y parecía mayor. Cuando cumplí los dieciocho, me sentí libre por fin. Sabía que él ya no podría alcanzarme… jamás. Estudié y obtuve los títulos que necesitaba. Requirió un tiempo, claro. Después, alguien me habló de las oposiciones a policía y decidí que podía ser un camino para mí.

—Y está claro que lo fue— juzgó el inspector.

—Parece que este trabajo siempre me estuvo esperando, pero no fue la policía lo que me salvó.

—¿Qué quiere decir?

—Verá, pedí esta misión porque quería conocer a alguien que significó una enorme ayuda para mí, un consuelo en los peores momentos. Hablo de Aurora Mist, ya lo sabe. Sus libros me sostuvieron cuando me creía desahuciada, me consolaron cuando lloraba y me mostraron que merecía amor y consideración. Me enseñaron respeto por mí misma y los demás.

Bierzo estaba callado, observándola.

—Usted sufrió de manera injusta —dijo al fin—. Es comprensible que quisiera escapar de su infierno.

—No le he contado esto para que se compadezca de mí. Se lo cuento porque usted, pese a lo que crea, no es prisionero de este lugar, ni siquiera aunque no haya sufrido como yo. Unas coordenadas geográficas no pueden definirle, ni dar sentido a su vida. ¿Me entiende?

—Yo me debo a este lugar —insistió Bierzo.

—Usted se debe a sí mismo únicamente —dijo Violeta—. La doctora Giménez vale la pena, inspector. ¡No sea terco!

Bierzo volvió a hundirse en su asiento. A Violeta le apenaba comprobar que el peso que lo atormentaba estaba hecho de humo. ¿Pero cómo liberar a un hombre de algo así, voluntariamente aceptado?

—Solo hay una cosa en la que sí estoy de acuerdo con usted —dijo ella.

—¿En qué?

—Tenemos que resolver estos asesinatos.

Bierzo se levantó y se acercó a ella.

—Sí, es algo que debemos hacer juntos. Pero, antes de proseguir con nuestra rutina, quiero decirle que le agradezco que me haya hablado con tanta franqueza. Nadie debería tener una infancia tan dura.

La oficial mantenía un gesto tranquilo, reconciliada consigo misma.

—Siempre supe que saldría adelante, para mí no era tan difícil. Otras personas no tienen esa suerte.

—Sí, fíjese en esa pobre criatura que acompaña a Irene Valverde, Evelina, una mujer con deficiencia mental y totalmente dependiente. ¿Qué sería de ella sin la actriz? No tendría ninguna oportunidad en la vida.

—Puede que sea así, pero no lo sabemos. No hay nada peor que una caridad forzada por la culpa. Cuando veo a la señora Valverde siendo tan dura con ella, me duele. Veo todo ese desprecio y a la vez… —Violeta calló.

—¿Qué?

—Me pregunto qué las mantiene unidas. Está claro que Irene Valverde no la tolera y al mismo tiempo la necesita. ¿Por qué?

—Bueno, es cierto que a veces no parece muy agradable. —El inspector se detuvo frente al

póster de Escalera al interior—. Su vida ha sido trágica también, con ese amor malogrado y una carrera truncada, pero, según sabemos, Irene se recuperó. A pesar de su rudeza, hizo una buena obra con esa chica. La rescató.

Violeta se había quedado mirando al vacío.

—Yo solo veo miedo, odio y culpa. La misma actitud enfermiza que viví con mi padre.

Se miraron por unos instantes.

—Sé a dónde quiere ir a parar, pero, según Irene, Evelina tiene unos cuarenta años y ella aún no ha cumplido los cincuenta, no puede ser su hija biológica.

Eso era cierto, se dijo Tap mientras repasaba sus notas de aquel interrogatorio. Y, sin embargo, Violeta reconocía esa incómoda sensación dentro de ella. La de un patrón familiar.

—Deberíamos averiguar un poco más sobre Evelina —propuso—. Irene Valverde, de algún modo, le dio una nueva vida y una nueva identidad al adoptarla. Pero ¿y antes de eso? Según ella, la encontró vagando en Madrid. Deberíamos saber de dónde viene, aunque, con apenas datos, puede ser muy difícil descubrir algo de su origen.

—Si es cierto que no tenía familia… ¿cuántas niñas con sus características pudieron entrar en orfanatos del país hace cuarenta años? No creo que haya tantas.

Violeta se iluminó. El inspector Bierzo tenía toda la razón.

—Yo me encargaré —dijo ella.

Sentía mucha simpatía por esa pobre criatura encerrada en un cuerpo de mujer.

Treinta y cinco

El inspector seguía dándole vueltas a todo. Acababa de llamar por quinta vez al campamento de Tomás, en Irlanda, y no había manera de que le pasaran con el pequeño. Por muy policía que fuera, siempre había impedimentos que no podía superar. Y más aún en inglés. Según le pareció entender, ahora el niño estaba en una escuela de vela y era imposible localizarlo. Suspiró con impotencia. ¿Por qué costaba tanto hablar con él? Y mientras, su madre se había atrincherado en casa y se negaba a relacionarse con nadie, limpiando la casa y cocinando como si hubiera perdido la razón. Todas las puertas parecían cerrarse.

A pesar de los obstáculos, estaba convencido de que siempre había algo que se podía hacer. Cuando un hombre ponía su pensamiento en algo, el mundo se le abría. O eso quería creer.

Llamó a Pepa, que comenzó a protestar sobre la ineficacia policial de nuevo. Bierzo aguantó la ofensiva de la mujer y la dejó hablar. Cuando por fin se calmó, dijo:

—Solo quiero que me respondas a una pregunta. ¿En qué pueblo vivías con tu marido, antes de que él muriera?

Pepa se mostró sorprendida y reacia. El pasado era algo que no le gustaba remover. Volvió a dejar claro que estaba muy orgullosa de haber superado una etapa difícil y agradecía cada capa de olvido que el tiempo arrojaba sobre su vida anterior. No entendía por qué Bierzo la molestaba con eso y no se dedicaba a lo verdaderamente importante: devolver la paz a Benimarte. Finalmente, contestó a regañadientes y le dio el nombre del pueblo.

—¿Por qué pierdes tu tiempo con eso? —atacó una vez más—, ¿no será una manera de disimular que no tienes ni idea de lo que está pasando?

—Las respuestas suelen originarse en el pasado —sentenció Bierzo, enigmático, y después colgó. Estaba seguro de que la oficial hubiera aprobado su respuesta.

Consultó en su guía de carretera, anotó unas indicaciones y salió del despacho dispuesto a acercarse a la verdad de todo aquel asunto.

Bierzo condujo durante más de tres horas hasta llegar a su destino. Aún era una buena hora para hacer averiguaciones.

Lo primero que llamó su atención al llegar a Pedrazuela, el pueblo donde Pepa y su marido habían vivido, fue la desconcertante similitud con Benimarte. Fue como si hubiese dado una vuelta completa y regresado a un Benimarte distinto, pero idéntico. El pueblo tenía unas dimensiones muy parecidas al suyo. Edificaciones bajas y un ambiente familiar y reposado.

Buscó la comisaría de policía. De buen seguro, podría haber realizado ese trámite por teléfono, pero él quería saber de primera mano; necesitaba captar los detalles que se escapaban a los oídos.

En la comisaría, una mujer en la cincuentena, muy bien conjuntada y con una agenda en la mano, le dijo que el inspector Cerezo le atendería enseguida. Al parecer, había tenido que ir a la escuela a la inauguración de una nueva zona recreativa. El jefe de policía era un hombre muy querido y una de las personas más notables de la localidad.

La mujer le ofreció un café mientras esperaba y él aceptó. ¿Sería tan terrible como el de la señora Díaz? Enseguida pudo comprobar, para su alivio, que aquel café era muy superior al de su ayudante, pero le produjo un extraño efecto encontrarse ante la bandeja y las galletas que

proyectaban el mismo estilo casero al que estaba acostumbrado y consideraba de algún modo exclusivo.

El inspector Cerezo no tardó en llegar. Era un hombre de su misma edad, algo calvo y más corpulento, afable y bien dispuesto. Se mostró encantado de ver a un colega de fuera y pidió a Bierzo que le acompañara a su despacho sin más demora.

La oficina era tan espaciosa como la suya, solo que el inspector Cerezo sí estaba conectado a la tecnología. Un ordenador personal, eso sí, muy antiguo , ocupaba casi toda la mesa y le impedía verlo por completo.

—No estamos muy modernizados en esta comisaría, pero no necesitamos más, ¿verdad? —El inspector se hizo a un lado de la mesa para centrarse por completo en Bierzo—. ¿En qué puedo ayudarle?

Bierzo sentía cierta incomodidad, pero no sabía atribuirle una causa definida. Ajustó su postura sobre la silla, confiado en que eso le ayudaría a sentirse mejor y trató de centrarse en el objeto de su visita.

—Como ya le he dicho, pertenezco a Benimarte y estamos tratando un caso de doble asesinato, supongo que se habrá enterado.

—Sí, qué espanto —dijo Cerezo—, no puedo ni imaginar que algo así pudiera ocurrir aquí.

Bierzo suspiró. Eso mismo hubiera dicho él semanas atrás.

—El caso es que, una de nuestras vecinas, la señora Camacho, residió aquí una temporada con su, por aquel entonces marido, el señor Elías Estévez.

—Lo recuerdo perfectamente, estimábamos mucho a Elías. Ella no era muy sociable, si me permite que lo diga. Nunca llegó a hacerse del todo al pueblo. Creo que siempre se consideró una forastera. Pero no la culpo, las pequeñas comunidades pueden ser difíciles a veces y después de todo lo que pasó… Creo que hizo bien cuando decidió marcharse. No estoy muy orgulloso del comportamiento de mis vecinos en aquella ocasión.

—¿Puede darme más detalles? —Bierzo no tenía ni idea de a qué se refería el inspector.

—Pero, ¿ella no se lo ha contado nunca?

—Pepa es reservada con su pasado. Tras la muerte de su marido a nadie nos extrañó que la viuda quisiera regresar a su lugar de origen con su pequeño. Nos pareció lo más lógico. Al margen de eso, quiero dejar muy claro que la señora Camacho tiene un comportamiento irreprochable y es apreciada por sus vecinos.

—Entiendo. —El inspector Cerezo posó las manos sobre el tablero de la mesa—. Verá, aunque apreciado, Elías no era un hombre fácil, ninguno de los dos lo era. Los vecinos bromeaban con la pareja. Parecía que el carácter avinagrado de él coincidía con la adustez de ella. Pero era un matrimonio que se entendía bien y tenían un hijo. Lo normal. Como le dije, ella nunca se integró en Pedrazuela. Todo marchó bien hasta que comenzaron los problemas y ella quiso que se mudaran para tratar de arreglarlo. Por supuesto, Elías era muy tradicional y no quería ni oír hablar de trasladarse. Era un hombre feliz con su ferretería —el inspector Cerezo dudó—, feliz no es la palabra, solo vivía para el negocio, eso se ajusta más. Se decía que, además, podía ser bastante desagradable en su trato personal. Así que, supongo que, cuando supo que eso era lo que le esperaba, ella le pidió el divorcio.

—¿Y eso era un problema?

—En Pedrazuela la gente no se divorcia. Hay una especie de tradición o, mejor dicho, de espíritu de reconciliación colectivo del que estamos muy orgullosos. Aquí creemos en el modo de solucionar los problemas con diálogo y voluntad.

—¿Se sentía ella atrapada aquí?

—Tal vez. Estoy convencido de que lo hubieran superado, como otros matrimonios del lugar, pero no hubo tiempo. Elías murió por un desafortunado accidente.

—¿Qué pasó?

—Una desgracia. Tenía la costumbre de tomar el café en la tienda, entre todos los productos. No era un hombre muy ordenado. Se bebió un café con un tornillo y le perforó el estómago.

—¿Está seguro de que no fue un accidente de coche lo que acabó con la vida de ese hombre?

—Muy seguro, fue tal como se lo cuento.

—¿Y él, no la iba a dejar por otra mujer?

—En este pueblo no pasan esas cosas. No hubo nada de eso, solo un triste accidente laboral, una desgracia. Sin embargo…

—Sin embargo…

—Ya sabe cómo son a veces las cosas, ya le he dicho que la mujer de Elías no era muy popular aquí. En lugar de mostrarse compungida, parecía… liberada. Algunos vecinos señalaron lo oportuna que había sido la muerte de Elías para sus planes de divorcio. Empezaron las habladurías y digamos que…

—¿La acosaban?

—No le facilitaron la vida. Hizo lo mejor que podía hacer, marcharse de Pedrazuela. Al fin y al cabo, ella no encajaba en nuestro pueblo. Y así todo se solucionó.

Bierzo se levantó un poco mareado. Pepa nunca había hablado de las circunstancias de la muerte de su marido. Un accidente, y sin embargo, había algo oscuro, incómodo en todo aquello. Tan incómodo como aquel inspector que le hablaba con esa calma y satisfacción antinaturales. Se sentía también extraño allí, pero sabía que Benimarte no era muy distinto.

Dio las gracias a su colega haciendo un esfuerzo por darle la mano, que sentía fría y muerta, y le prometió que lo mantendría informado. Antes de marcharse, tuvo la necesidad de hacer otra pregunta, y poner a prueba el espejismo.

—¿Está usted casado, inspector Cerezo? —preguntó.

El inspector sonrió, superando su sorpresa inicial.

—No. Supongo que mi verdadero y único amor es este pueblo.

Bierzo salió a toda prisa del edificio en busca del coche. Hasta que no sobrepasó el cartel que decía: «Está usted saliendo de Pedrazuela», no pudo volver a respirar con normalidad.

Treinta y seis

Cuando regresó a Benimarte, horas después, el inspector miró por primera vez sus calles con abierta desconfianza. ¿Acaso estaba siendo víctima de algún embrujo? ¿En qué momento había vendido su alma a aquel lugar? ¿Qué lo ligaba allí de manera tan fuerte? No encontrar una respuesta inmediata le produjo tanto alivio como desasosiego.

Pero no tuvo más tiempo de buscar en su interior, porque en la comisaría había mucho revuelo. El alcalde Ros estaba soltándole una perorata a Violeta, que lo miraba con una tranquilidad pasmosa. Cuando Ros reparó en Bierzo, se acercó a él con apremio:

—Por fin, Bierzo, ¿dónde estabas? No sé cómo se te ocurre abandonar Benimarte cuando estamos en una situación tan desesperada y alarmante.

—Llevo la investigación de la manera que creo más oportuna, Ros. Y si no tienes nada más importante que decirme, ahora estoy ocupado. Yo también creo que hay que enfocar todos los recursos en resolver el caso. Así que, por favor…

Pero Ros se hallaba como fijado al suelo y no mostraba intención de marcharse. Después, su tozudez inicial mudó a un expresión que no recordaba haberle visto con anterioridad: el miedo.

—Helena se ha marchado —dijo—. No sé a dónde ha ido y no tengo manera de encontrarla. Tienes que ayudarme.

—¿Se ha ido sin decir nada a nadie?

—Se ha ido con Juanito. En su casa no hay nadie y se ha llevado casi todas sus cosas. El coche no está. Ha desaparecido.

Insistió en aquella palabra, seguramente para activar el sentido policial de Bierzo.

—Es una mujer adulta que tiene derecho a salir del pueblo, si así lo considera —argumentó Bierzo.

Ros pareció ofendido con la sola insinuación de que Helena pudiera tener voluntad propia.

—¿Por qué iba a querer abandonar Benimarte, si no le ocurriera nada malo? Estamos comprometidos.

—Tal vez no esté segura de ese compromiso —apuntó Violeta y fue la primera vez que habló.

—Está muy segura de ese compromiso —bramó Ros. Encaró al inspector—. Y tú la tienes que encontrar y traer de vuelta.

—Si no logras localizarla en un tiempo razonable, tal vez empecemos a considerarlo una desaparición. Esta comisaría no puede coartar la libertad de sus vecinos. Tienen derecho a hacer con su vida lo que deseen.

—¿Desde cuándo piensas así? ¿Desde cuándo te opones a la unión de la comunidad? Aquí velamos unos por los otros y, si tenemos problemas, los solucionamos. No salimos huyendo. Helena se ha visto superada, eso es todo. Ya conoces sus problemas de adicción. Además, todo el pueblo está siendo investigado, ¿no es así? ¿No debería permanecer también ella aquí, a disposición de la policía?

—No creo que en estos momentos eso sea lo que te preocupa.

—Si le pasa algo, Andrés, ten por seguro que…

—Helena es una mujer adulta —repitió Bierzo.

—Es una mujer enferma.

—Ros, la única enfermedad es no aceptar la voluntad de una mujer libre. Y ahora, tengo mucho trabajo.

El alcalde retorció las manos y miró alrededor.

—Más te vale que no le suceda nada malo —dijo—. De lo contrario, esta puede ser una legislatura muy larga para los dos.

Salió por la puerta dando un portazo.

Violeta miraba sin decir nada. Bierzo ignoraba de dónde había sacado su determinación, pero ahora solo le interesaba resolver el caso.

—Así que Helena se ha ido del pueblo. Habrá que seguir de cerca su paradero. A pesar de lo que le haya dicho a Ros, la investigación sigue abierta y cualquier movimiento así es bastante sospechoso.

—Yo me ocuparé —dijo Violeta.

Bierzo se sentó en su sillón. Se sentía incómodo. Su oficina ya no le parecía tan acogedora. El refugio estaba perdiendo eficacia. Volvió centrarse en lo que tenía que hacer.

—Al parecer, el marido de Pepa Camacho tuvo una muerte desgraciada y accidental. Sin embargo, el pueblo de Pedrazuela estaba convencido de que Pepa había tenido algo que ver. Todo eran rumores malintencionados propios de una comunidad pequeña y desconfiada, claro, pero incómodos para ella. Ahora, está actuando de un modo muy extraño y me pregunto por qué —parecía pensar en voz alta—. Las mujeres de Benimarte están alteradas. Pepa Camacho actúa como una lunática, venga a limpiar y cocinar; Helena Rico, que tampoco ha tenido un comportamiento muy equilibrado, desaparece justo después de comprometerse con el alcalde.

—Y la doctora Giménez se marcha.

Bierzo asintió.

—Eso ahora me parece lo único cuerdo de todo.

Hubo un silencio y después Bierzo abrió su cuaderno de notas:

—¿Qué hay de sus investigaciones en los orfanatos? ¿Alguna novedad?

Violeta negó con la cabeza.

—He hecho una buena batida, pero no ha servido de nada de momento. No hay ninguna mujer de cuarenta años, con problemas de habla, que encaje con Evelina. Ni rastro de ella.

—Qué extraño —dijo Bierzo—. ¿De dónde habrá salido esa mujer?

Bierzo dio unos pasos por la oficina. Había algo que no estaban haciendo bien. La oficial Tap parecía cansada.

—No hay ninguna mujer de cuarenta años que encaje en la descripción de Evelina —repasó —. Por tanto…

—Por tanto, nos encontramos bloqueados en ese hilo de la investigación.

—¿Y si lo hacemos al revés? ¿Y si buscamos a la niña que encaje con Evelina?

Violeta parecía no entender. El inspector tenía un brillo en la mirada que la hizo prestar atención.

—Ninguna de esas niñas es Evelina, pero… Evelina , ¿qué niña es?, ¿por qué no la entendemos?

Violeta volvió a negar con la cabeza ante lo que le parecería un acertijo. Bierzo se estaba dejando llevar por algo que no era propio de él, un guía interior, una corazonada. O tal vez era pura desesperación. El teléfono lo sacó de aquel estado.

Su semblante cambió: era una llamada de Dublín. Había llegado el momento de hablar con el hijo de Pepa.

Treinta y siete

El inspector pulsó el altavoz del aparato y Violeta se acercó.

—¿Qué tal, Tomás? —dijo Bierzo— ¿Cómo lo pasas fuera del pueblo, te tratan bien por allí?

—Esto me gusta más que Benimarte. ¿Ha pasado algo con mamá?, ¿tengo que volver?

—No, no, tu madre te manda recuerdos y espera verte pronto, pero ya te dirá ella cuándo. Verás, la oficial Tap y yo, queremos saber, si sabrías trepar al gran ficus de la calle mayor, el que está frente a la farmacia.

—¡Yo no he hecho nada! —protestó el niño.

—Nadie dice que lo hayas hecho.

Bierzo estaba a punto de desfallecer. Aquella indagación siempre le pareció un poco absurda. Violeta salió en su auxilio.

—En realidad, te estamos pidiendo ayuda —dijo—. Dicen que eres el más intrépido y aventurero de todos los chavales de Benimarte.

—Ah, sí, eso seguro. Son bastante aburridos por allí.

—¿Serías capaz de trepar al ficus?

El niño dudó. Parecía resistirse a esa idea. Bierzo tomó el mando de nuevo:

—Tenemos un objeto de valor que ha quedado de algún modo colgado de las ramas de arriba. Si nos ayudas, podríamos darte una medalla cívica.

—¿Por qué no llama a los bomberos?

—Son demasiado grandes para acceder allí arriba —intervino Tap—, solo un niño puede hacerlo. Yo ya lo he intentado y no hay manera.

—Bueno —dijo Tomás con la voz algo apagada—, me gustaría ganar una medalla, pero a mí no me gustan las alturas. No puedo subir allí. Pero puedo tirar piedras. Tengo buena puntería. Seguro que bajo lo que sea y entonces gano esa medalla. ¡Déjeme hacerlo!

—¿Estás diciendo que nunca has subido al ficus?

—Yo no, señor.

Bierzo se hundió en la silla. Odiaba los callejones sin salida. Violeta permanecía de pie. Se acercó más al altavoz y tomó la palabra.

—El día que tu madre te envió con tu tía, ¿discutisteis por algo?

—Mi madre me riñe muchas veces, es lo más normal del mundo.

—Y ese día, ¿por qué te riñó?

—Se enfadó mucho conmigo, pero yo no hice nada malo. Solo quería ganar unos euros y nada más.

—Eso está muy bien, ¿y de qué manera los pensabas ganar?

—Con recados. Corto el césped, hago compras, paseo a los perros; lo que me manden.

—¿Y alguien te pidió algo especial o qué pasó?

Tomás dudó:

—Mi madre quería saber de dónde sacaba el dinero, así que tuve que contarle todos los trabajos que había hecho esas semanas. Lo que fue bastante porque yo siempre estoy tratando de sacar algo. Corté el césped de la señorita Mist. Soy el único que se atreve a ir a su casa, ¿sabe? Dicen que hay fantasmas allí, pero yo no lo creo. Ella me deja el dinero en la entrada y el trabajo es divertido.

—¿Por eso se enfadó tu madre? —Violeta trataba de reprimir la emoción que cualquier

alusión su autora favorita le producía.

—No le gusta que vaya allí, dice que esa mujer es una loca. A mí no me lo parece.

Bierzo se frotó las cejas. Le parecía que estaban llegando a un punto muerto de nuevo, pero Violeta se mostraba segura:

—Aparte del césped de la señorita Mist, ¿hiciste algo más esos días?

—Saqué la basura de la tienda de Wendy.

—¿Y eso disgustó a tu madre?

—Dice que Wendy es mala, pero a mí me cae bien.

Bierzo hizo señal a Violeta para que acortara.

—¿No hiciste nada más?

—Ah, sí, llevé un paquete a la casa del señor Mas.

Bierzo se levantó como un resorte.

—¿Qué paquete? —preguntó—, ¿por qué?, ¿qué contenía?

—No lo sé. Era un regalo. La mujer me lo dio para el señor Mas y me pagó una buena propina. Fue el encargo más fácil de mi vida. Llamé a la puerta, se lo di y ya está.

—¿Qué mujer? ¿Quién te hizo ese encargo?

—Esa señora tan fea y rara que iba con la mujer de los cuchillos, la del del teatro.

—¿Evelina te dio el paquete?

—No sé cómo se llama, no habla. Me dio una nota con lo que tenía que hacer y después rompió el papel y lo guardó en su bolso.

—Y en el paquete que entregaste, ¿había alguna nota?

—Había una tarjeta.

—¿La leíste?

—Sí.

—¿Y qué decía?

—Decía: «De parte del alcalde, y de parte de Benimarte».

—Estás seguro de eso?

—Claro, sé leer.

—El señor Mas, ¿cogió el paquete en persona?

—Sí, se lo di y le pareció bien. Creo que se alegró, pero no me dio propina.

—¿Y ese trabajillo disgustó a tu madre?

—Sí, se puso como loca. Dijo que yo no tenía que aceptar encargos de nadie de fuera, que luego podrían acusarme de cosas.

—¿Qué cosas?

—No lo sé. Mi madre siempre dice lo mismo. Que pueden acusarme de cosas. Como en Pedrazuela, supongo. La gente acusa de cosas sin tener ni idea, solo por hacer daño.

Violeta y Bierzo se miraron.

—¿He hecho algo malo? —preguntó Tomás— ¿Me la voy a cargar otra vez?

—Al contrario —dijo Bierzo—, has sido de mucha ayuda.

La oficial mostraba un brillo especial en los ojos cuando acabaron la conversación. Bierzo se había levantado y volvía a dar zancadas por el despacho, lleno de vigor.

—Sin duda esto es importante, muy importante —dijo Bierzo—, pero hay muchas preguntas todavía… Por ejemplo, el verdadero motivo del asesinato de Óliver. Eso es lo que debemos encontrar y lo que nos dará la clave para encajar todo.

—¿Cree que el alcalde se valió de Evelina para deshacerse del señor Mas?

—No le veo mucho sentido a que, en ese caso, escribiera una nota identificándose.

—Tal vez fue vanidad.

Bierzo continuaba pensando, con cada parte de su mente centrada en el caso. Se detuvo frente al póster de la obra de teatro Escalera al interior.

—Sin duda, Ros es vanidoso y en este pueblo, como en todos, las apariencias importan —dijo con una euforia desmedida.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Y aunque eso pueda aclarar una de las muertes, hay algo que aún no encaja. —Miró el póster: «El mayor éxito antes de la temprana muerte del autor». El único éxito verdadero de Irene Valverde.

—¿Sucede algo, inspector?

Parecía que la cabeza de Bierzo iba a mil conectado cosas

—Usted lo dijo. Cuando el presente se niega a dar las respuestas, hemos de acudir al pasado, ¿no es así?

—Sí, así lo creo, pero es algo vago en este momento.

—Vamos a llamar de nuevo a los orfanatos. —Volvió a mirar el póster—. Hemos estado equivocados todo el tiempo. También necesitaré que haga un registro. Confío en que hallaremos algo. Este pueblo por fin va a obtener todas las respuestas que buscaba. Y ya le digo que no serán del agrado de todos.

Treinta y ocho

Helena Rico fue la última en llegar al teatro. La oficial Tap le dio un toque afectuoso en el hombro.

—Gracias por acceder a venir —dijo Tap—. No se preocupe por nada, el alcalde no puede retenerla aquí.

Helena sonrió:

—Últimamente, usted parece mi ángel de la guarda, pero ¿qué hacemos aquí?, ¿por qué se nos convoca?, ¿ha resuelto el caso ya el inspector Bierzo?

—Eso lo sabrán enseguida.

Helena tomó asiento en la primera fila, en la butaca que habían reservado para ella.

Allí estaban también la madre de Óliver Mas, Pepa Camacho, Wendy, el padre Carmelo, el alcalde Ros, Alma, y la señora Valverde con Evelina, que se habían desplazado desde la capital y venían arropadas por Ernesto Sandoval.

Todo el grupo de protagonistas de los sucesos de Benimarte estaban reunidos y esperando las palabras del inspector.

Salvo el padre Carmelo, que siempre se mostraba conforme, el resto expresaba expectación y disgusto por estar allí. En el escenario, Bierzo, parecía más seguro de sí mismo. Se había afeitado el bigote y lucía con el aspecto de un forastero, más joven y capaz.

—Todo empezó aquí para nuestro pueblo —dijo el inspector, llamando la atención de los presentes—, en este mismo escenario. La muerte de Óliver desencadenó una de las peores épocas que Benimarte recuerda. Trajo la sospecha y el miedo a nuestro pequeño pueblo. Y a mí, el gran desafío, el enorme desafío, de esclarecer el asunto que acabó además con la vida de Felicia unos días después.

Los asistentes intercambiaron algunas miradas. El nerviosismo se palpaba en el ambiente.

—Les he hecho venir aquí hoy para ofrecerles las conclusiones de la investigación que la oficial Tap y yo hemos llevado a término.

—¿Quieres decir que ya sabes quién lo hizo? —hablaba el alcalde—. Deberías informarme a mí primero, como autoridad del pueblo que soy.

—Yo soy la madre de la víctima —expuso la señora de Mas.

—Y yo, la mejor amiga de Felicia —arguyó Alma.

—Pues yo no sé qué tiene que ver todo esto conmigo —objetó Irene Valverde elevando el tono de voz.

—Calma y vayamos por partes. Quería que todos estuvieran presentes. Al fin y al cabo, todos ustedes se han visto afectados en mayor o menor medida por la muerte de Óliver y Felicia. Es justo que estén aquí.

Las palabras consiguieron calmar a la audiencia. El inspector prosiguió:

—Recapitulemos. Óliver Mas, el exitoso Óliver, propietario de la fábrica de lámparas y uno de nuestros hombres más prósperos. Nada hacía pensar que su vida tendría ese trágico final. El día de su muerte, asistió aquí, en este mismo teatro, al espectáculo de cuchillos de la señora Valverde. En un infortunado accidente que nunca debió de ocurrir, Óliver fue alcanzado por un cuchillo que había sido negligentemente colocado en el set de cuchillos de la señora Valverde.

—Pero eso no causó su muerte —protestó Irene—, haga el favor de ir al grano y no especule sobre cosas serias.

—Si tiene usted algo de paciencia, estoy seguro de que la explicación acabará por resultarle satisfactoria. —El inspector esperó a que la señora Valverde volviera a apaciguarse y continuó —. Naturalmente, en apariencia, aquel era un caso de homicidio imprudente y sabíamos quién había cometido esa enorme torpeza de consecuencias gravísimas: la señorita Evelina. Solo su capacidad mental podía salvarle en alguna medida de esa responsabilidad, aunque eso no era nuestro trabajo determinarlo.

Evelina miraba al inspector y era imposible adivinar si comprendía algo. Irene Valverde pasó su mano cerca del brazo de esta, pero fue un gesto rápido que enseguida corrigió. Dora, la madre de Oliver, las atravesaba con la mirada. Bierzo volvió a tomar la palabra.

—La sorpresa llegó cuando, en la autopsia, la doctora Giménez nos comunicó que Óliver había sido envenenado y que, en realidad, esa fue la causa de la muerte y no la herida del cuchillo. El veneno, matarratas, había sido administrado una hora antes. Pero, ¿quién había envenenado a Óliver? Por lo visto, la víctima habría ingerido el veneno en su propia casa, en la merienda que acostumbraba a tomar, pero, ¿cómo?

Observó a los presentes. Helena Rico miraba al vacío. Ninguna emoción se reflejaba en su rostro. Bierzo se preguntó si habría tomado sedantes ese día.

—Enseguida tuvimos que buscar los motivos que podrían haber llevado a alguien a envenenar a Óliver Mas. Fue una desagradable sorpresa averiguar que mucha gente de este pueblo sentía verdadera antipatía por el difunto. No es reconfortante descubrir que un vecino ilustre tiene en realidad una cara oscura y que algunos de sus vecinos podrían incluso desear verlo muerto.

Los asistentes intercambiaron miradas otra vez. Hubo un rumor de indignación e incomodidad. Bierzo hizo una pausa para dejar que todos expresaran su sentimiento en ese punto. Cuando consideró oportuno, continuó.

—La tarde de los hechos, Óliver estaba acompañado de Helena Rico, mujer con la cual pretendía casarse, aunque ella no lo veía con buenos ojos.

—Por supuesto que no lo veía con buenos ojos —protestó el alcalde.

—Esa mujer no está bien de la cabeza —arremetió Pepa—. A saber de lo que es capaz. Es un peligro para todos.

—La señora Rico ha recibido tratamiento psiquiátrico de manera puntual —precisó el inspector—, y, si bien es cierto que a veces tiene un comportamiento impredecible, no podemos juzgarla por ello. En realidad, Helena se sentía acosada por Óliver. Y aunque su sentimiento probablemente era motivado, por lo que sabemos, es una mujer sensible que, presionada, podría actuar a la desesperada. Ella fue su acompañante, estuvo en su casa durante la merienda y tuvo ocasión de suministrar el veneno.

Las miradas estaban centradas en Helena, quien, a pesar del escrutinio, permanecía como ajena a este hecho.

—Pepa Camacho, en cambio, sí podía tolerar el carácter de Óliver. A fin de cuentas, había ya aguantado a un marido peor, años atrás. En realidad, ella deseaba casarse de nuevo. Tenía buena relación con la madre de Óliver y veía la oportunidad de asegurarse por fin su porvenir.

—No he venido aquí para escuchar tonterías —dijo Pepa con una mirada furiosa.

—Ni yo para decirlas —dijo Bierzo—. Trampear con la escasa pensión de viudedad, no te dejaba tranquila y es normal. Para tu sorpresa, las rosquillas, aquellos dulces con los que te relajabas, aquellas creaciones que te hacían ver el mundo de un modo más armonioso, estaban empezando a gustar en el pueblo. Wendy las vendía y a la gente le encantaban. A Óliver le encantaban.

—¿Y qué tiene eso de malo? —protestó Pepa.

—La doctora Giménez confirmó que el difunto había comido algo dulce la noche que murió y la asistenta de los Mas explicó que Óliver siempre merendaba rosquillas y que aquella tarde no había sido excepcional. Las rosquillas fueron el vehículo mortal que llevaría a Óliver a la tumba.

—Yo no tengo la culpa de que alguien utilizara mis rosquillas —gritó Pepa—. ¿Crees que sería tan estúpida como para darle veneno en mis propios dulces?

—En efecto, no tendría sentido. Y eso nos lleva a la pregunta: ¿quién le dio las rosquillas envenenadas? ¿De dónde procedía ese paquete que Óliver había recibido de uno de sus vecinos? ¿Cuándo y quién de ellos se lo dio? Solo encontramos parte del envoltorio brillante elegido por el asesino para su regalo envenenado. Efectivamente —Bierzo miró a todos los presentes—, Pepa no es responsable del uso criminal que se haga de sus delicias, pero hay que destacar que tenía acceso a las rosquillas y pudo hacerlo. Óliver iba a frustrar sus planes de futuro. Se había estado burlando de ella de forma reiterada. Además, Pepa ha exhibido un comportamiento muy extraño en estos días. Envió a su hijo fuera y se aisló del pueblo.

—¿Qué tiene de raro pillar la gripe y querer que mi hijo esté seguro?

—Nada, desde luego. Pero sigamos, pronto volveremos a Tomás, un niño travieso y activo que tiene un papel importante en el asesinato de Óliver.

—¿Qué estás diciendo, Andrés? Pienso llamar a mi abogado. —Pepa se levantó. La madre de Óliver la retuvo y la obligó a sentarse de nuevo.

—Lleguemos al final de esto, por favor —dijo—. Continúa, Andrés.

—Gracias, Dora. Usted también se beneficiaba, si me permite hablar con crudeza, de la muerte de su hijo.

—¿Cómo te atreves? —replicó la aludida, indignada.

—Su muerte, o mejor dicho, la herencia, le permite conservar lo que más valora en esta vida: su casa. ¿Era eso un motivo suficiente para asesinar a su propio hijo? Podría ser, pero no la iba a convertir en rica. La fabrica de lámparas, la fábrica que factura millones de euros al año, fue a parar al padre Carmelo.

Ahora toda la atención estaba puesta en el sacerdote. Solo Wendy mantenía una mirada de apoyo incondicional.

—El padre fue el destinatario de la mayor parte de la herencia y no en base al amor piadoso de la víctima, sino por la atracción carnal que Óliver sentía por él.

Las reacciones no se hicieron esperar. El inspector levantó la mano para pedir calma.

—Vamos, vecinos, contened vuestros cuchicheos, por favor. Si hubiera más tolerancia en este pueblo, nos ahorraríamos muchos disgustos. Pero ese es otro tema. En todo caso, el padre Carmelo trató de hacer entrar en razón a Óliver y librarle de esa obsesión que no podía corresponder. No es culpa suya si Óliver quiso dejarle la herencia, aunque hay que admitir que, la perspectiva de semejante ganancia, podría considerarse una buena motivación para acortar la vida de cualquiera. A fin de cuentas, otro colectivo mayor y más necesitado se beneficiaría de la desaparición de Óliver. Y sin embargo, si el padre llevaba en apariencia bien las demandas del señor Mas, a Wendy le enfurecía la fijación de Óliver con su amigo.

—Era totalmente enfermiza y asquerosa —dijo ella.

—Sientes devoción y gratitud por el padre Carmelo y te preocupaba mucho que las inclinaciones de Óliver perjudicaran su porvenir. —Miró al resto del auditorio—. Sé lo que piensan: Wendy vende las rosquillas que llevaron a Mas directo al cielo. Tenía opciones de hacerlo y un buen motivo. ¿La convierte eso en la asesina?

—No le deseaba nada bueno, es verdad —confirmó ella—, pero nunca pensé en matarlo. Lo juro.

—Dejemos los juramentos en suspenso por un rato y sigamos. El alcalde Ros, nuestro reelegido alcalde, no sentía menos odio por Mas, ¿verdad, Ros? Óliver estaba a punto de arrebatarle sus dos objetivos principales: Helena y la alcaldía. Ese empresario hecho a sí mismo era el único que amenazaba su reinado en Benimarte. Habían discutido varias veces y la gota que colmó el vaso llegó cuando se enteró de que Óliver se proponía desafiar su autoridad y presentarse al cargo. A su cargo. ¿Qué decir de su pretensión de cortejar a Helena?

—¿A dónde quieres ir a parar?—preguntó el alcalde con voz aguda.

—Lo verás enseguida, Ros. Y aquí es cuando traemos de nuevo a colación al pequeño Tomás. Ese niño un tanto desatendido por su madre, que siempre se busca la vida haciendo recados. Tomás llevó un paquete a Óliver de la forma más inocente. Un paquete que le entregó en mano y sería mortal.

—Él no hizo nada malo —protestó Pepa.

—Sin saber lo que hacía, entregó el paquete de las rosquillas mortales —Bierzo sostuvo la mirada recriminatoria y asustada de Pepa—. Y eso es lo que te preocupaba: que lo acusaran. —El inspector se dirigió al resto de su auditorio—. Por eso, cuando se enteró, envió a su hijo, primero con su hermana y después, por consejo de esta, a Irlanda, bien lejos. Sabía que su hijo había entregado el paquete envenenado. Tomás solo fue un mandado, es cierto, pero Pepa temió ser acusada de envenenar a Óliver. No era tan descabellado. Las rosquillas las fabricaba ella. ¿Y quién decía que el pueblo no se iba a poner en su contra por la torpeza de su hijo? ¿Quién le aseguraba que no fueran a acusarla como en el pasado? ¿Y si salía a la luz lo que sucedió con su difunto marido? ¿Y si averiguaban que Elías, su anterior marido, había muerto en circunstancias un tanto extrañas?, ¿cómo se defendería de las sospechas y los ataques?

—La gente es mala y aprovecha cualquier cosa para hacer daño. —Pepa se levantó y golpeó una silla con el puño—. ¡Mi hijo no hizo nada!

—En eso Pepa tiene razón. Nos gustan los linchamientos aquí. La gente podía acusarla rápidamente. ¿Y si no la creían? ¿Y si no creían que Tomás solo fue un mensajero de otra persona? ¿Cómo podría demostrarlo? Especialmente, teniendo en cuenta que Felicia, la cotilla de Felicia, siempre estaba vigilando. Sí, Felicia había visto a Tomás llamar a la puerta de Óliver y ofrecerle el paquete. Por eso, Pepa, tú la mataste.

Hubo un rumor clamoroso. Violeta llamó al orden y apoyó las manos en su cinturón reglamentario. Pepa apretaba los labios sin decir nada. El inspector la señaló.

—Felicia hizo sus deducciones y llegó a sus propias conclusiones. Estaba convencida de que tú habías preparado todo para vengarte de Óliver. Estaba dispuesta a contárselo a la policía y poner a todos en tu contra, fuera o no verdad. Te llamó para informarte, porque necesitaba siempre tener razón. Y tú no pudiste defenderte de sus calumnias y prejuicios. Te sentiste de nuevo como cuando te acusaban en el pueblo de tu marido y eso te llenó de rabia. Os despedisteis. La impotencia te dominaba, ¿cómo podrías defenderte si la gente se empeñaba en acusaros? Eso te atormentaba, así que regresaste a la farmacia para hablar de nuevo con Felicia y convencerla de lo absurdo de sus suposiciones. Pero ella estaba muy segura de sus ideas. No se equivocaba nunca. Así que, perdiste los estribos y la golpeaste con el taburete. Te escudaste en tu conveniente gripe y enviaste a Tomás fuera.

Todos miraban a Pepa. Alma se tapaba la boca, tratando de dominar su ansiedad.

—Fue un ataque de furia imprevisto, comprensible tal vez —dijo Bierzo—. Felicia podía ser odiosa, ¿no? Se te fue de las manos. Después lo limpiaste todo bien, demasiado bien. De hecho eso nos ayudó a atar cabos. Era una de las cosas más notorias de la escena del crimen. El taburete, el suelo, toda la rebotica brillaban como los chorros del oro. No había sangre en ningún

lado. Limpiar siempre ha sido tu manera de contenerte, tu única manera.

El grupo parecía dividido entre el alivio y el malestar. Pero Bierzo no había acabado.

—Y sin embargo, Pepa dice la verdad en una cosa: ni ella ni su hijo tuvieron nada que ver con la muerte de Óliver. Eran inocentes de ese crimen.

Más suspiros cruzaron la sala. ¿Qué implicaba aquello?

—Sigamos tirando del hilo y descubriremos al culpable de la muerte de Óliver. Veamos: Tomás había entregado un paquete, un paquete que le dio Evelina, acompañado de una nota del alcalde. Curioso, ¿no?

Irene Valverde y el alcalde Ros se miraron, midiéndose el uno al otro.

—«En nombre del alcalde y del pueblo de Benimarte. Con admiración», eso rezaba la nota. Y Óliver estuvo muy satisfecho de recibir aquel regalo. Pero, ¿qué pintaba Evelina en esto? ¿La utilizó el alcalde, aprovechando sus pocas luces, para entregar el paquete? En ese caso, ¿por qué dejar una nota con su nombre? ¿Por satisfacer su ego? No lo creo.

Bierzo hizo otra pausa.

—Una de las cosas que llamó nuestra atención es el hecho de que el asesino utilizara un veneno de efecto retardado. ¿Por qué no algo instantáneo? ¿Qué pretendía? Evelina no disponía de ningún motivo para querer matar a un hombre que no conocía y, a pesar de eso, con su acción imprudente, casi lo mata en el espectáculo de los cuchillos. Suponiendo que lo hubiera planeado todo para asesinar al hombre, habría querido matarlo dos ves, ¿no era eso demasiado retorcido?

El auditorio parecía no entender. Y Bierzo hizo un gesto pidiendo paciencia.

—Precisamente: era demasiado retorcido —dijo—. Felicia, la observadora, no solo había visto a Tomás entregar el paquete. Seguramente también había visto a Evelina trepar varios días al ficus de la calle principal.

Bierzo miró a Evelina y después a Irene Valverde. Su rostro se había vuelto inexpresivo, como si el alma se hubiera escapado de su cuerpo.

—Evelina siempre lleva las piernas llenas de arañazos —prosiguió Bierzo—. Es bastante salvaje, según dijo usted. Pero esos arañazos se los hizo con las ramas del ficus, desde donde veía la casa de Óliver perfectamente. ¿Y qué se veía de la casa? Se veía el salón donde Óliver, hombre de costumbres fijas, tomaba la merienda cada día, sin excepción, a la misma hora y del mismo modo. ¿Cuántas funciones tenía programadas en Benimarte, señora Valverde?

—Diez —contestó Ernesto Sandoval en su lugar—, pero no veo qué tiene esto que ver con los que nos ocupa. Usted ya ha dicho que esta mujer —señaló a Pepa—, mató a la farmacéutica por lo que sabía.

—No por lo que sabía —corrigió el inspector—, sino por lo que creía que sabía.

Bierzo meditó unos segundos ante la impaciencia general. Interrumpió con un gesto al agente de la señora Valverde, que estaba a punto de decir algo más y prosiguió.

—Diez sesiones… no era tan descabellado. Solo tenía que enviar a Evelina a espiar a Óliver desde el ficus. La orden era muy sencilla. Debía fijarse en el envoltorio de la rosquilla. En ese envoltorio de papel dorado tan brillante que se vería de lejos. Brillante como todo lo que atraía a Evelina, ¿verdad? Y el día que Óliver tomara ese dulce, y sabíamos que no tardaría en suceder, Evelina correría a avisarla a usted para poner en marcha el plan.

—¿Pero qué plan? —dijo Irene por fin— Ha perdido usted el norte.

—El plan de los cuchillos. El número de cambiarlos. Todo para despistar a la policía. Como mínimo, crearía confusión y, con algo de suerte, la muerte de Óliver parecería un accidente provocado por la torpeza de Evelina. Pero, a pesar de que este es un pueblo con pocos recursos policiales, si se descubría que la causa de la muerte fue el veneno, tal como sucedió, tendría una

justificación. ¿Por qué iba nadie a querer montar aquella escena tan teatral, si ya había envenenado a su víctima? Y, sin embargo, eso es lo que hizo: asesinó a Óliver Mas. Y lo hizo inyectando veneno en las rosquillas que el alcalde Ros le había obsequiado a usted como muestra de reconocimiento por su visita. Por eso llevaban la nota. Le pareció una buena manera de que Óliver las aceptara sin sospechas.

—¡Pero esa mujer estuvo en mi casa dándome el pésame! —La madre de Óliver se llevó la mano al pecho buscando más aire.

—Sí, estuvo en su casa, mostrando sus condolencias, muy compungida. Y aprovechó su visita para llevarse los restos de aquel paquete de rosquillas y el envoltorio. Por eso no encontramos nada allí. —El inspector mostró un papel amarillo brillante a su audiencia—. Nada, salvo este trozo que Óliver había tirado a la chimenea y que ella, con las prisas, no vio.

—Es absurdo —se defendió Valverde—. Yo era la única de aquí que no tenía ningún motivo para hacer eso. Se basa usted en suposiciones y no tiene ninguna prueba de lo que dice.

—Oficial Tap, ¿encontró algo en la caravana de la señora Valverde?

Violeta dio un paso adelante y mostró un rollo de papel dorado. Los murmullos recorrieron el patio de butacas.

—Eso no demuestra nada —dijo la actriz con soberbia—, ¿y qué derecho tienen ustedes a registrar mi roulotte? Esto es un atropello, un allanamiento. Utilizamos muchos materiales para nuestro espectáculo.

—¿Por qué iba a querer la señora Valverde matar a Óliver? —hablaba el alcalde. Que la estrella que había contratado fuera una asesina le llenaba de conmoción.

—Esa es la cuestión. Tenía la oportunidad y los medios, pero, ¿por qué? Nos faltaba el motivo.

—No lo había visto en mi vida —recalcó ella.

—Eso quería hacernos creer. A fin de cuentas, ¿qué tenía que ver un hombre de negocios que había pasado su vida en un pueblo, con una famosa actriz de la capital? Si no lográbamos encontrar el por qué en el presente, teníamos que recurrir al pasado,

Bierzo hizo otra pausa.

—Confieso que usted nos engañó cuando nos indujo a creer, de manera muy hábil, que Evelina tenía cuarenta años. Eso fue muy efectivo, pero no es cierto. Evelina, una mujer maltratada por la vida, demacrada, una pobre criatura casi muda, de escasa inteligencia, que podía parecer más avejentada, pero que nació hace veintiocho años en realidad, en abril de 1993.

Evelina miró a Irene Valverde, que había palidecido de golpe.

—No siga…

—Usted hizo una gran obra de caridad con ella, y, sin embargo, la despreciaba. Nadie entendía por qué se empeñaba en tener a su lado a un ser tan torpe.

—¡No es torpe! —gritó— ¡Es una víctima!

—Sí, Evelina es una víctima y usted, también. Evelina es su hija, ¿verdad, señora Valverde? Su verdadera hija biológica. Y eso nos lleva a su único y gran éxito en la vida: Escalera al interior, y a su único y gran amor: el dramaturgo Goran Markovic.

—¿Qué tiene que ver todo eso con mi hijo? —preguntó impaciente la madre de Óliver.

—¿Se lo explica usted, señora Valverde, o lo hago yo?

Treinta y nueve

—Su hijo —dijo Irene con desprecio, rememorando en su memoria—, su hijo era un monstruo despreciable.

Todos habían enmudecido y ahora reinaba un silencio reverencial en la sala. Irene parecía despojada de sus máscaras y defensas por primera vez. Su voz era distinta:

—Sí, es verdad —continuó—, lo conocía y hace veintiocho años que esperaba este momento. La guerra me arrebató a Marko, pero yo iba atener una hija y una esperanza. Él había muerto defendiendo sus ideales y no la vería nacer, pero yo la educaría, lucharía por ella y mantendría vivo el recuerdo de su padre para siempre.

»Claro que no esperaba ponerme de parto en la calle. Fue la impresión propia de aquellos tiempos de horror, cada día era una terrible angustia sin Marko. Seguía atrapada en Croacia, devastada la ciudad y devastada yo por su muerte. No veía la realidad, estaba conmocionada, pero permanecí allí, colaborando y actuando hasta el final, por el recuerdo de Marko, por los soldados. Pese a la desgracia, era una chica sana y valiente y quería salir adelante.

»Cuando rompí aguas, tuve suerte, o eso creí, de encontrarme con un soldado español, un médico de la ONU. Eso decía él. El parto se complicó, no quiso avisar a alguien más cualificado y finalmente me dejó tirada en pleno alumbramiento. La niña tenia el cordón alrededor del cuello y el muy cobarde nos abandonó a nuestra suerte. Cómo sobrevivimos fue un milagro. El bebé, sin embargo, sufrió las consecuencias de su cobardía.

»Cuando comprendí que no solo su habla, sino su inteligencia habían quedado irreparablemente dañadas, fue un terrible choque. —Irene se derrumbó con el peso de los recuerdos—. ¡Su padre era uno de los hombres más brillantes de Europa!

—Era demasiado insoportable y usted la repudió —dijo Bierzo.

—No sabía lo que hacía. Estaba sola, asustada. La di en adopción a un orfanato. Solo quería regresar a España y olvidarlo todo.

—Siguió adelante con su vida, pero nunca olvidó.

—Cuando la niña creció, fui a por ella a Zagreb. Creía que había asimilado ya todo y quería recuperarla, pero se había convertido en una extraña para mí. ¿Cómo explicar el amor de madre y el rechazo en un mismo sentimiento? Cada vez que la miraba, regresaba a aquel día de 1993 en el que Óliver Mas me arrebató mi oportunidad de ser feliz y mancilló el recuerdo de Marko. Él había convertido a nuestra hija en una deficiente sin habla.

—¿Las palabras inteligibles de Evelina son croata, verdad?

Irene asintió.

—Y usted se encargó de buscar a Óliver.

—Poco a poco entendí que jamás descansaría en la vida hasta vengarme. Lo intenté, pero ante reclamos tan fuertes y evidentes hay que ceder, de nada sirve oponerse. No podía apartarlo de mi mente, condicionaba toda mi vida, cada pensamiento. ¿Y él?, ¿qué sabía él del daño causado? ¿Acaso pensaba en ello alguna vez? ¿Tendría hijos? ¿Quién se iba a encargar de la desgraciada de mi hija cuando yo no estuviera? ¿Qué vida le esperaba? Solo podía desquitarme haciéndole pagar las consecuencias.

—Entonces lo localizó y organizó la gira.

—Convencí a Ernesto de esta absurda tournée por los pueblos con la función de los estúpidos cuchillos.

Irene dedicó una mirada de disculpa a su agente, quien le devolvió una expresión de compasión.

—Pero no le bastaba envenenarle —dijo Bierzo.

—Tiene razón, inspector, no me bastaba. Quería que me recordara y me mirara a los ojos. Necesitaba que supiera por qué iba a morir. ¿Sabe que vino varias veces a la función? Por supuesto, ni siquiera se le pasó por la cabeza quién era yo. Solo era un recuerdo escondido en la cabeza, una mujer de parto, en Croacia, hace mucho tiempo. Un episodio tan insignificante que se olvida con facilidad… Pero esa tarde recordó, vaya si recordó. —Irene señaló al escenario—. Ahí mismo, donde está usted. Le di las pistas necesarias en el número de videncia. Y le invité a subir al escenario, cuando ya sudaba y sentía los síntomas del veneno actuando en su sistema nervioso. Se dejó atar, era peor que lo avergonzara ante sus vecinos. ¿Él, un cobarde? Eso no podía permitirlo. Así que por fin nos hallamos frente a frente. ¡Cómo lo disfruté!

La madre de Óliver había roto a llorar. El padre Carmelo trataba de consolarla. Sandoval tomó de la mano a Irene. Los ojos del agente reclamaban el sinsentido de aquello, pero su fidelidad a ella era incondicional.

—Sí, Ernesto. Desde que perdí a Marko y desgraciaron a mi bebé, nada más me importó. Ni mi carrera, ni ningún logro material. Mi objetivo siempre fue saldar cuentas con el pasado. Y eso hice. —Irene miró a Evelina y le dio un beso en la frente que, por primera vez, pareció sincero —. Eso hicimos, cariño.

—En el fondo es una historia muy triste —dijo Violeta, esa misma tarde, mientras se despedía del inspector Bierzo—. Irene Valverde nunca pudo olvidar lo que sucedió, ni aceptar a su hija.

—Ni ella ni Pepa pudieron desprenderse del peso del pasado y así se privaron de un futuro. Me pregunto qué será ahora de sus hijos.

—Saldrán adelante —dijo Violeta con seguridad.

—Su fuerza le hace ser optimista, Tap, y mejor pensar así. Nadie sabe cómo hubiéramos actuado nosotros en lugar de esas mujeres ante circunstancias tan terribles. Solo sé que, como policías, estamos del lado de lo que es correcto.

Violeta no quería alargar el momento. Prefería marcharse, cerrar esa página y seguir adelante. No obstante, no pudo reprimir una última pregunta.

—¿Qué hará usted, inspector? Me refiero a ahora que todo ha quedado resuelto.

Bierzo miraba con prevención la taza de café que la señora Díaz le había preparado. La misma mirada de desconfianza, el mismo gesto previo a intentar beber un trago imposible y echar el resto por el lavabo. Pero esta vez el inspector ni siquiera trató de beber.

—Tengo mucho trabajo aquí, ya lo sabe usted. Este pueblo es pequeño, pero siempre hay cosas que hacer, ni que sea papeleo.

Violeta asintió ante su decisión.

—Al margen de eso, ya que lo pregunta, estaré preparando mi marcha. Habrá que dejarlo todo atado y bien atado para mi sucesor o sucesora.

—¿Se marcha usted?

Bierzo abrió un cajón y le mostró un billete de avión.

—¿Cree usted que el clima oceánico será bueno para mi salud?

Violeta sonrió ampliamente.

—Estoy segura de que su médico de cabecera sabrá aconsejarle mejor que yo.

Epílogo

Violeta empujó la verja de la entrada de Evergreen y se adentró unos pasos hacia el interior de la propiedad. Hasta donde pudiera llegar, ese era el plan.

Y al parecer, algo en el mundo y el cosmos, deseaba que avanzara más, porque la puerta de madera y cristal esmerilado de la casa estaba entornada, invitándola a continuar.

En el vestíbulo, de suelos de madera encerada y cortinajes color burdeos, dudó. ¿Dar marcha atrás, subir por las escaleras o seguir hasta el fondo? Era un poco tarde. ¿Y si su visita se interpretaba mal?

Se dejó guiar por un rayo de luna que iluminaba el camino y parecía guiarla, disipando sus temores.

—¿Hola?, ¿hay alguien? —preguntó al vacío.

Una puerta abierta al fondo del pasillo dejaba entrever una cortina sedosa, que ondeaba por el viento y le impedía ver más allá.

Escuchó entonces una risa divertida y un teclear constante, como de máquina de escribir antigua.

Atravesó la cortina, traspasó el umbral y fue a parar a un patio con macetas de plantas floridas y aromas a azahar, rosa y jazmín. En un balancín, junto a la pared, un gato siamés dormitaba. El teclear se hacía más presente allí. Estaba muy cerca, era indudable, pero ¿dónde…?

Se fijó en una celosía verde y se dio cuenta de que ocultaba un espacio menor dentro del patio, como un último refugio. Sin duda, de ahí provenía el sonido de las teclas. Con el corazón latiendo deprisa, se asomó. Allí, de espaldas, una figura humana trabajaba sentada a una mesa e iluminada por la humilde luz de una lamparilla de pinza. Una nube pasó por delante de la luna, restando luminosidad al encuentro de las dos. Después, el satélite las volvió a alumbrar.

El gato maulló anunciando visita. Aurora Mist se levantó, se dio la vuelta y le sonrió como si siempre la hubiera esperado. No parecía asustada, ni tampoco molesta o preocupada porque una extraña estuviera plantada en su santuario, vestida con uniforme de policía y armada con una mirada de curiosa admiración. La autora se tomó un respiro en su trabajo y la observó.

—Gracias —dijo Violeta.

Y fue como si un personaje mostrara agradecimiento a su creadora sin más pretensión.

No esperaba ninguna respuesta y no la hubo. En lugar de eso, una mirada de aceptación y la certeza de que las palabras no podían añadir nada más. El significado estaba en los libros y hablaba por sí mismo. Y en ese momento, Violeta Tap supo, sin género de dudas, que su misión en Benimarte había terminado y su papel en aquella historia, también.

Las luces tenues del pueblo, apagándose poco a poco, así lo confirmaron.

Agradecimientos

Gracias por tu interés en esta historia. La lectura le da sentido final a todo el proceso de escribir y permite que las mentes se comuniquen, más allá de la soledad del autor.
Si deseas compartir tu opinión sobre esta historia, además de la opción de dejar tu reseña en Amazon, puedes contactar conmigo en **marta.catalavila@gmail.com** y en redes sociales, en **@_mcatala**
Tus comentarios siempre son bien recibidos.

Mi agradecimiento especial a tod@as l@s que me apoyáis y alentáis a seguir escribiendo. Vuestra fe me impulsa cuando surgen las dudas y me recuerda la pequeñez de mis temores.

Nos vemos en la próxima historia.

Libros de este autor

Madame Tutú y la urna funeraria

El trabajo de Jata consiste en solucionar los problemas de sus clientes. Madame Tutú es distinta al resto. Se trata de una enigmática mujer, segura y desenvuelta a pesar de su pierna escayolada. El encargo de madame es bien sencillo. Solo ha de llevarla en coche hasta Bretaña junto a la urna funeraria que guarda los restos de su difunta madre. Todo indica que va a ser un trabajo muy fácil, pero las cosas nunca suceden como una las planea…

Algún día nuestros ojos verán

Algún día nuestros ojos verán es una selección de veinticinco relatos cortos. Los personajes que dan vida a estas páginas experimentan auténticas revelaciones y abren los ojos a aspectos desconocidos de su entorno o de sí mismos. A veces confrontados con su sombra, otras descubriendo su luz, protagonizan historias cotidianas en las qu tiene cabida la fantasía, lo onírico y lo poético.
En los límites entre el sueño y la realidad, alternando entre lo romántico y lo inquietante, fragmentos siempre cargados de asombro.

Los dulces años del fútbol

En 1989, en el transcurso de un encuentro escolar entre dos colegios muy distintos, Ana, de once años, se fija en Zárate, una niña que juega al fútbol mejor que cualquier chico de su edad. Ana siente una simpatía inmediata por ella y se inicia la amistad entre las dos. Sin embargo, por una decisión familiar, Ana se marcha a estudiar a un internado de Suiza y las chicas se alejan.
Años después, en 1994, Ana es una adolescente de dieciséis años de regreso a su ciudad en compañía de su tío. Inesperadamente, en Valencia, el fútbol la vuelve a llevar a Zárate, quien siempre ha estado en su memoria, pero ¿se acordará la joven futbolista todavía de ella?
Nuevas amistades se forjan y misterios del pasado familiar desafían a Ana, que trata de encontrar sentido a las cosas que suceden a su alrededor en esos irrepetibles años de la adolescencia.

Vendrá la noche

Durante su luna de miel en un resort del Caribe, Laura conoce a una fascinante mujer que la deslumbra con su belleza y su misterio. Incapaz de resistir el influjo de Carol, Laura se dejará llevar por los desconcertantes sentimientos que la desconocida provoca en ella, hasta el punto de replantearse el rumbo de su vida. Pero, ¿quién es realmente esa mujer esquiva y magnética? ¿qué secretos esconde? Laura descubrirá pronto que desvelarlos puede ser muy peligroso... Una historia de romance llena de misterio. ¿Qué harías si conocer a la persona que amas significara perderla?Atreverse a saber tiene un precio. Negarse a saber puede ser fatal.